

El misterio de Notting Hill

Charles Warren Adams

Ilustraciones de George du Maurier



se

Hasta hace muy poco *El caso Lerouge* (1863) de Émile Gaboriau y *La Piedra Lunar* (1868) de Wilkie Collins se disputaban el honor de ser la primera novela de detectives. Hoy, sin embargo, especialistas en el género como Julian Symons y Paul Collins conceden ese privilegiado puesto a una novela publicada por entregas en 1862 (luego, en forma de libro, en 1865), *El misterio de Notting Hill*, escrita bajo seudónimo por el abogado Charles Warren Adams. En ella, el investigador de una empresa aseguradora debe aclarar las circunstancias de la muerte de la esposa del barón R., que al parecer se envenenó con ácido prúsico después de entrar sonámbula en el laboratorio de su marido. Mediante la reunión de una serie de documentos –diarios, cartas, declaraciones, informes científicos y hasta un plano de la «escena del crimen»–, la novela plantea el misterio anticipándose a la técnica objetivista de Wilkie Collins y recrea con profusión un mundo de secretos y oscuridades en la tradición del género gótico: herencias ocultas, pasados culpables, hermanas separadas al nacer, experimentos científicos extremos, mentalidades maquiavélicas, hipnotismo, secuestro y crimen.



Charles Warren Adams

El misterio de Notting Hill

ePub r1.0

SoporAeternus 01.09.15

Título original: *The Notting Hill Mystery*
Charles Warren Adams, 1862
Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera
Ilustraciones: George Du Maurier

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

EN BUSCA DE PRUEBAS

Según dijo en 1972 el difunto Julian Symons, gran conocedor de la novela policiaca, «sin duda» *El misterio de Notting Hill* es «la primera novela de detectives». Cualquier afirmación tan rotunda siempre encontrará detractores, y esta no podía ser menos; por lo tanto, para entender su significado es útil indagar el lugar que ocupa el libro en la evolución de los relatos detectivescos.

En primer lugar, precisemos la fecha. En la portada interior del libro consta que fue publicado por Saunders, Otley & Co. en Londres en 1865, pero no fue esta la primera vez que vio la luz. Se había publicado antes, por entregas y sin firma del autor, en *Once a Week*, del 29 de noviembre de 1862 al 17 de enero de 1863, con ilustraciones de George Du Maurier (1834-1896), autor de *Trilby* (1894) y abuelo de la escritora Daphne Du Maurier, ilustraciones que se reproducen aquí por primera vez.

La década de 1860 marca el despertar de la novela policiaca. La más conocida de las primeras que se escribieron es *La Piedra Lunar*, de Wilkie Collins (1824-1889), publicada en 1868, después de su presentación por entregas en *All Year Round*, de enero a agosto de ese mismo año. El protagonista de esta novela es el oficial de policía Cuff, que tiene que encontrar un diamante indio sagrado que ha desaparecido. Es un hombre serio, concienzudo y digno de confianza, un hombre con valores morales que, además de resolver el caso tras una investigación metódica, hace todo lo posible por devolver el diamante a su verdadero lugar. Cuando se publicó *La Piedra Lunar*, la novela de detectives ya era un género consolidado, pero ¿cuáles son sus antecedentes?

La novela de Collins aparece al menos cinco años después que *El misterio de Notting Hill* y que otros muchos libros y relatos protagonizados por detectives. Puede que el más famoso sea *Casa Desolada*, de Charles Dickens (1812-1870), que en principio se publicó por entregas mensuales, entre marzo de 1852 y septiembre de 1853. *Casa Desolada* nos presenta al inspector Bucket, «del cuerpo de detectives», un personaje maravillosamente descrito que se desliza por el libro con la misma facilidad con que se escabulle por los entresijos del oscuro y peligroso Londres victoriano, indagando en los bajos fondos, observando, pensando antes de actuar y haciendo, en suma, todo lo que haría un auténtico detective. Se inspira en gran medida en una persona real, el inspector Field. Con todo, a pesar de la prominente presencia de Bucket en *Casa Desolada*, su investigación de la muerte

del señor Tulkinghorn es una de las muchas intrigas secundarias propias de Dickens y no la central del libro. No podríamos decir que *Casa Desolada* sea una novela de detectives, aunque, evidentemente, uno de sus personajes principales sea detective.

Existían ya muchos relatos cortos de investigación de crímenes, como *La señorita von Scuderi* (1819), de E. T. A. Hoffmann (1776-1822), en el que la protagonista investiga la inocencia de un hombre acusado de asesinato. La señorita no resuelve el crimen, aunque su búsqueda de la verdad desemboca en una revelación y, por lo tanto, podríamos considerarla precursora de la detective femenina.

El auténtico primer detective literario que reconoceríamos como tal es C. Auguste Dupin, creado por Edgar Allan Poe (1809-1849), que aparece en tres relatos cortos, el primero de ellos *Los asesinatos de la calle Morgue* (1841). Se considera, no sin razón, que Dupin es el verdadero antecesor de Sherlock Holmes y, aunque no se gana la vida ejerciendo de investigador, el prefecto de la policía de París reconoce que es un experto y siempre se le pide consejo en casos de delitos singulares o especialmente desconcertantes. Podemos afirmar que Poe creó el primer detective independiente moderno, pero no escribió una novela de detectives^[1].

Poe ambienta sus relatos en Francia porque este país se asociaba a la idea del detective privado desde la época de Eugène François Vidocq (1775-1857), que primero fue ladrón, después guardabosques, y organizó la primera unidad de agentes investigadores de paisano, la Brigade de la Sûreté, en 1811. En *Mis memorias*, publicado en cuatro volúmenes entre 1828 y 1829, Vidocq cuenta su vida y la formación de la Brigade. Este libro, que sin duda embellece la verdad con grandes dosis de licencias literarias, ejerció una influencia enorme en los primeros tiempos de la novela policiaca. Se tradujo al inglés casi antes de que se secara la tinta de la primera edición. Surgió entonces toda una industria basada en historias (inventadas en gran parte) de fuentes policiales: la literatura de folletín inglesa, la sensacionalista francesa y los primeros folletines estadounidenses.

Su influencia puede verse en la gran cantidad de «libros de casos basados en archivos policiales y diarios» que apareció en los años siguientes. Uno de los primeros fue obra de un autor británico ya olvidado, William Russell (1807-1877): publicó en el *Chamber's Edinburgh Journal*, con el seudónimo de Waters, una serie de relatos que pretendían ser informes en primera persona de un detective londinense. Se reunieron por primera vez en forma de libro en Estados Unidos con el título *Recollections of a Policeman* en 1852, y en Gran Bretaña con el título *Recollections of a Detective Police-Officer* en 1856. Tuvieron un éxito tremendo,

sobre todo en Estados Unidos, donde la imagen del detective privado cobró mayor popularidad aún por el bombo publicitario que rodeó la creación de la primera agencia de detectives privados a cargo de Allan Pinkerton (1819-1884) en 1850. Russell escribió muchos libros parecidos con alias diferentes, todos en el mismo estilo de falsa autobiografía de memorias vidocquianas, e inspiró a muchos imitadores.

Entre estos se encuentran *The Female Detective*, de Andrew Forrester, hijo, y *Revelations of a Lady Detective*, publicado anónimamente, pero atribuido a Bracebridge Hemyng (1841-1901) o a William Stephens Hayward (1835-1870). Ambos se publicaron en 1864. La protagonista de *The Female Detective* es la señora Gladden, más conocida simplemente como G., que es una auténtica investigadora privada. Por otra parte, la policía de Londres contrata a la señora Paschal de *Revelations of a Lady Detective* para que haga trabajos de agente secreto. Entre ambas, la figura de la mujer detective queda firmemente asentada en el mapa literario.

Otra candidata al primer puesto de detective femenina es Ruth Trail, en *Ruth the Betrayer; or The Female Spy*, de Edwards Ellis, un folletín popular publicado en 52 entregas semanales, la primera, el 8 de febrero de 1862. En realidad, Ruth no es detective. Es una agente encubierta que trabaja al margen y dentro de la ley y, a medida que transcurre el relato, deja de ser heroína y se vuelve mala. En estas obras y otras semejantes, como *Three Times Dead; or The Secret of the Heath* (1860), de Mary E. Braddon, también conocida como *The Trail of the Serpent*, suceden crímenes y hay algo de investigación, pero no son ni mucho menos novelas de detectives. Sin embargo, demuestran el interés creciente del público en el trabajo de la policía, principalmente en las actividades más espectaculares y horripilantes.

Son muchos los que creen que el verdadero padre de la novela de detectives es el escritor francés Émile Gaboriau (1832-1873). Sin dejar la tradición de Vidocq, pero más influenciado por Poe, Gaboriau creó al policía investigador monsieur Lecoq en una serie de cinco novelas. En la primera, *El caso Lerouge*, Lecoq se queda en segundo plano, a la sombra de Tabaret, prestamista retirado y detective privado, cuyas técnicas deductivas aprende y adopta; pero en las siguientes novelas se lleva todo el protagonismo. *El caso Lerouge* apareció primero por entregas en el diario *Le Pays* en 1863, después de la publicación de *El misterio de Notting Hill* en la revista ya mencionada: nos vamos acercando a la fecha que buscamos.

Antes de dedicarse únicamente a escribir, Gaboriau trabajó de secretario del escritor Paul Féval (1816-1875), famoso autor de relatos históricos y de suspense que escribió una larga serie de novelas relacionadas entre sí en torno a

conspiraciones y sindicatos internacionales del crimen. Nos resulta de especial interés *Jean Diable*, publicada en Francia en forma de libro en 1863, aunque no se traduciría al inglés hasta 2004. Apareció por entregas en *Le Siècle*, del 1 de agosto al 20 de noviembre de 1862, y la última salió justo una semana antes de que empezaran las de *El misterio de Notting Hill*. *Jean Diable* está ambientada en 1816 y el protagonista es Gregory Temple, investigador de Scotland Yard (aunque Scotland Yard no se fundaría hasta 1829). Temple se plantea la labor detectivesca como un trabajo arduo, metódico y analítico. La serie de episodios, larga y laberíntica, como en la mayoría de los *feuilletons* de la época, cuenta los intentos de Temple de condenar a un pez gordo de la delincuencia. Para los lectores franceses, el héroe no era tanto el detective inglés como el delincuente, y en el último episodio, aunque Temple encuentra por fin la clave vital que demuestra la culpabilidad de Jean Diable, este se libra de la condena. Sin duda, la novela pertenece al género policiaco y da un paso más que las basadas en archivos policiales, pues gira en torno al enfrentamiento entre un investigador de la policía y un pez gordo de la delincuencia. Se podría afirmar que es la primera novela policiaca, y no cabe duda de que es lo más parecido a una de detectives que se había publicado hasta el momento. Entonces ¿en qué se distingue *El misterio de Notting Hill*? En que es sorprendentemente distinta. En primer lugar, la investigación corre a cargo de un agente de seguros, Ralph Henderson. La novela es su informe, en el que aporta todas las pruebas que demuestran, a su satisfacción, que madame R. fue asesinada, así como el modo en que se cometió el crimen. En el informe se encuentran declaraciones de numerosos testigos, entre ellos policías, y todas se analizan meticulosamente y se valoran con método y precisión. No hay persecuciones espectaculares, ni enfrentamientos con delincuentes ni operaciones encubiertas. En este sentido, la novela destaca por su modernidad. Es como si surgiera de un terreno completamente nuevo, sin relación con las anteriores memorias de casos policiales.

Existen algunos precedentes, pero son solo relatos cortos. Wilkie Collins había escrito *¿Quién es el ladrón?* (*Atlantic Monthly*, abril de 1858), que después fue incluido en *La reina de corazones* (1859) con otro título. Es una historia bastante cómica, que, por medio de una serie de extractos de informes policiales, cuenta cómo se identificó al villano. En *Cazado* (*New York Ledger*, 20 de agosto-3 de septiembre de 1859), Charles Dickens cuenta la historia de una chica que tiene un seguro de vida y muere misteriosamente. El señor Meltham, empleado de la compañía de seguros, investiga su muerte e identifica al asesino.

Casi con certeza que el autor de *El misterio de Notting Hill* había leído estos

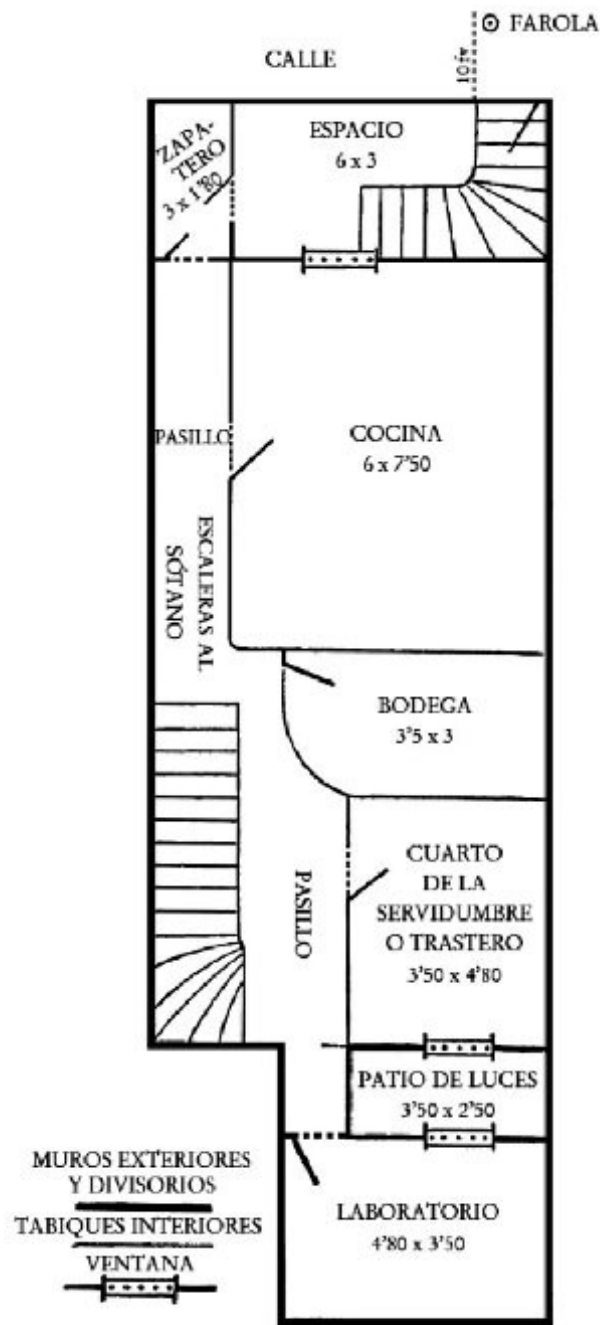
relatos y, para escribir sus episodios, recurrió tanto a las ideas como a la técnica de ambos y las llevó a un extremo desconocido hasta entonces, y que pocas veces se ha vuelto a ver. En este sentido, el libro es único y, por lo que respecta a los anales de la literatura, es también la primera novela completa de detectives en lengua inglesa.

Ahora solo nos falta resolver el misterio de la autoría. Primero se publicó anónimamente y por entregas en *Once a Week*, pero cuando salió a la calle en forma de libro, en 1865, llevaba el pie de autor: Charles Felix. Esta firma se había visto al menos en otra novela anterior con crímenes de 1864: *Velvet Lawns*, de la misma editorial Saunders, Otley & Co. Este seudónimo podía ocultar varios nombres; pero la verdadera identidad de su autor no se llegó a conocer hasta principios de 2011^[2], cuando, basándose en pruebas contemporáneas, Paul Collins, coleccionista y bibliófilo estadounidense, publicó en el suplemento de libros del *New York Sunday Times* que Felix era Charles Warren Adams (1833-1903), el único propietario de Saunders, Otley.

Los anteriores señores Saunders y Otley habían muerto hacía unos pocos años, y Adams fue incapaz de reflotar la editorial y devolverla a su época dorada de la década de 1830, cuando publicaba, por ejemplo, a Edward Bulwer (más tarde, Bulwer-Lytton) y al capitán Frederick Marryat. La editorial se liquidó en 1869. Adams fue nombrado secretario de la Sociedad Antivivisección, y fue en el desempeño de este cargo cuando salió a la luz la fama, buena o mala, que tenía hasta entonces. Mildred Coleridge, biznieta del poeta Samuel Taylor Coleridge, también formaba parte de la directiva de la sociedad. En noviembre de 1883 dio la espalda a su familia y se fue a vivir con Adams, para mayor oprobio de su padre, el primer barón Coleridge, que además también era presidente del Tribunal Supremo. Su hermano mayor, Bernard, le dijo en una carta que Adams le parecía un sinvergüenza. Esto dio pie a un juicio muy sonado por difamación en la sala civil del tribunal superior británico, que duró más de dos años y no se resolvió a satisfacción de nadie. Entretanto, Adams y Mildred contrajeron matrimonio en junio de 1885 y siguieron juntos hasta la muerte del primero, en julio de 1903.

Mildred vivió hasta enero de 1929. Me pregunto si sabía que su marido era el autor de la primera novela moderna de detectives en lengua inglesa.

MIKE ASHLEY



Planta baja de la casa del barón R. en Russell Place.
 Véase sección VII, 8.

EL SEÑOR R. HENDERSON
AL SECRETARIO DE LA COMPAÑÍA DE SEGUROS DE
VIDA...

Oficina de investigación privada
Clement's Inn
A 17 de enero de 1858

Señores:

El motivo de la presente es exponer ante ustedes las extraordinarias revelaciones que se desprenden de la investigación del caso de la difunta madame R., aunque debo pedir disculpas por el retraso en el cumplimiento de sus instrucciones del pasado mes de noviembre. Dicho retraso no puede imputarse a un exceso de negligencia por mi parte, sino a lo extensas e intrincadas que, lejos de lo esperado, han resultado ser las pesquisas que me he visto obligado a emprender. He de confesar que, a pesar de la minuciosidad y laboriosidad con que he llevado a cabo la presente investigación, el resultado no es tan concluyente como sería deseable; no obstante, estoy seguro de que un examen de la documentación que acompaño, en cuya precisión y profundidad pueden ustedes confiar plenamente, los convencerá de la singular dificultad del caso.

Las indagaciones han sido en referencia a una póliza de seguros de 5.000 libras, el máximo que permiten sus reglamentos, sobre la vida de la difunta madame R., suscrita en sus oficinas por el marido de la titular, el barón R., con fecha de 1 de noviembre de 1855. Se firmaron otras pólizas de las mismas características con las compañías... de Manchester, ... de Liverpool, ... de Edimburgo y... de Dublín, por un valor total de 25.000 libras; con fecha 23 de diciembre de 1855, 10 de enero, 25 de enero y 15 de febrero de 1856 respectivamente, y prácticamente idénticas. Estas compañías son partícipes del encargo que se me encomendó y, debido a la envidia de la presente carta y la documentación que acompaño, agradecería que hicieran asimismo partícipes de la presente respuesta a dichas compañías.

Antes de entrar en materia sería deseable hacer una recapitulación de las circunstancias que originaron la investigación, siendo la primera la mencionada coincidencia de fechas, así como el aparente deseo del suscriptor de ocultar a cada una de las compañías la firma simultánea de pólizas similares en otras oficinas. Al profundizar en el asunto, al consejo de esta compañía le llamaron mucho la atención las peculiares condiciones en que, al parecer, se celebró el matrimonio de madame R., así como la relación previa que la unía al barón R. Me centré

especialmente, pues, en estos aspectos y en los hechos que se derivaron de un eslabón muy importante de la singular cadena de pruebas que he podido reunir.

Sin embargo, el primer elemento sospechoso se hallaba en las inusitadas circunstancias que concurrieron en la muerte de madame R., sobre todo la inmediatez con que acaeció después de la firma de pólizas por un valor total tan elevado. Dicha señora falleció repentinamente el 15 de marzo de 1857 a consecuencia de un ácido potente que tomó, se supone, en estado de sonambulismo, en el laboratorio de su marido. Según las respuestas del barón en el interrogatorio preliminar, cuya copia se me ha facilitado y que acompaño a la presente, no se reconoce que madame R. fuera propensa al sonambulismo. Con todo, poco después de que el suceso fuera publicado en la prensa, una carta dirigida al secretario de la compañía, remitida por un caballero que se alojaba desde hacía poco en el mismo edificio que el barón R., llevó a sospechar que, en lo tocante a este punto, se había, cuando menos, ocultado algo, y fue entonces cuando se me encomendó el asunto.

Tan pronto como recibí sus instrucciones me puse en contacto con el señor Aldridge, el firmante de la mencionada carta. Las pruebas que presenta este caballero demuestran que, al menos pocos meses después de la fecha de la última póliza, el barón R. no solo conocía dicha propensión de su mujer, sino que deseaba ocultarla a los demás. Al menos otros dos testigos corroboran las declaraciones del señor Aldridge hasta cierto punto; pero, desafortunadamente, algunas circunstancias, como se verá, parecen dispuestas para arrojar dudas razonables sobre este conjunto de datos, máxime sobre los del señor Aldridge, que constituyen por sí mismos la base principal de la deducción. Por desgracia, otro tanto sucede con otras partes de las pruebas, como se verá con mayor claridad en cuanto se exponga el caso.

Aun así, gracias a su declaración, en combinación con otras circunstancias, descubrí lo suficiente para reconocer la necesidad de ampliar las indagaciones a otro caso insólito que había dado mucho que hablar hacía poco tiempo.

Sin duda recordarán ustedes que, en el otoño de 1856, un caballero llamado Anderton fue detenido como sospechoso de la muerte de su mujer por envenenamiento, y que se suicidó mientras esperaba el resultado de la investigación química de la causa del fallecimiento. El resultado de esta investigación fue de exculpación, pues no se hallaron restos del veneno que se esperaba encontrar. El asunto se tapó tan rápidamente como fue posible, ya que el señor Anderton estaba muy bien relacionado en la sociedad y, como es natural, sus amigos y allegados deseaban preservar el honor de su familia. Sin embargo, debo reconocer la buena disposición con que, en pro de la justicia, estos me han dado toda clase de

facilidades para llevar a cabo la investigación cuyo resultado expongo ahora ante ustedes.

Al revisar el conjunto de los hechos y en especial la serie de notables coincidencias de fechas y demás, a las que les ruego dirijan toda su atención, se deducen dos posibilidades. En la primera, es preciso pasar por alto una serie de pruebas circunstanciales tan completa y coherente en todos los aspectos que casi parece imposible no tenerla en cuenta; la segunda nos lleva inevitablemente a una conclusión tan contraria a las leyes de la naturaleza más firmemente establecidas que parece casi igual de imposible aceptarla. La primera nos deja exactamente en el punto de partida; la segunda conllevaría la imputación de una serie de delitos de la especie más horrible y complicada.

Después de mucho estudio y consideración, me veo obligado a declararme incapaz de elegir entre estas dos posibilidades. Por lo tanto, he preferido simplemente someter a su consideración los hechos del caso, tal como aparecen en las declaraciones de las diversas partes de las que he extraído la información. Las he ordenado, dentro de lo posible, tal como se presentarían en el supuesto de que, en última instancia, se considerase aconsejable llevar el asunto a juicio. No obstante, en vista de la enormidad del expediente del caso, he condensado lo esencial de aquellas declaraciones que menos dañadas podían resultar en una condensación. En cuanto a las más importantes, contarán la historia por sí mismas y, en cualquier caso, las que he resumido se pueden contrastar inmediatamente con los originales, que también acompaño a la presente.

Si se diera la circunstancia de que ustedes llegaran a las mismas conclusiones a las que me he visto obligado a llegar yo, sería preciso proseguir con las deliberaciones sobre las medidas que deban tomarse; en cuyo caso confieso que soy igualmente incapaz de dar algún consejo. En un asunto tan sospechoso, hay que considerar, sin ningún género de duda, si, en cualquier caso, no sería mejor oponerse a la demanda. Por otra parte, incluso aceptando que se hubiera cometido el total de los terribles crímenes, habría que considerar con el mismo celo si, por la naturaleza de estos, constituirían base suficiente para llevar al reo ante la justicia. No obstante, de momento, lo que nos ocupa son los hechos del caso, y es preferible dejar a un lado las consecuencias ulteriores hasta que tomen una decisión, lo cual, sin duda, se producirá cuando reciba noticias de ustedes sobre el asunto.

En conclusión, tengo que molestarlos con unas palabras sobre un aspecto que parece requerir justificación. Me refiero a la aparente prominencia que me he visto obligado a dar a los efectos del llamado «agente hipnótico». Ciertamente, los infortunados que caen víctimas de dicho engaño no dudarían en considerarlo una

solución sencilla, aunque terrible, del misterio que nos hemos propuesto resolver. Pero, aunque admito francamente que fue el fragmento de la revista *Zoïst*, citado en el expediente de las pruebas, lo que en principio me sugirió la única conclusión que he podido imaginarme hasta el momento, con su permiso, deseo hacer constar explícitamente desde el principio que estaría dispuesto a admitir que mi investigación se ha dejado engañar por una coincidencia ilusoria, antes que exponerme a la acusación de haber dado el menor crédito a semejante descaro e impostura. Aun así, no debemos olvidar que los que pasan la vida engañando al prójimo suelen acabar engañándose a sí mismos. Por lo tanto, no deja de ser plausible la idea de que el barón R. pueda haber dado crédito suficiente a la afirmación de la antedicha *Zoïst* para concebir un designio que, por medio de una ley de la naturaleza, verdadera, si bien sumamente misteriosa, pueda en realidad haberse llevado a cabo. Tal es, cuando menos, la única teoría que me permitiría de alguna manera elucidar este misterio, por lo demás insondable.

Será un honor recibir sus siguientes órdenes y a la espera de ellas quedo.

Señores, muy sinceramente suyo,

RALPH HENDERSON

EL CASO

**SECCIÓN I. EXTRACTOS DE LA CORRESPONDENCIA DE LA
HONORABLE CATHERINE B.^[3]**

1. De lady Boleton a la honorable C. B. (sin fecha, sobre noviembre o diciembre de 1832)

¡Ay, tiita, tiita! ¿Qué hago yo ahora? Hace tres noches que no cierro los ojos y ni siquiera te he escrito, mi querida tía, porque esperaba que, a pesar de todo, las cosas terminaran bien y él volviera otra vez. ¡Ay, no he dejado de estar pendiente de cualquier ruido ni de vigilar la calle hasta que mis pobres ojos no podían más! Y ahora ya hace cuatro días que se fue y, ay, tiita, estoy muy asustada porque seguro que se ha ido en busca de ese hombre tan espantoso y ¡ay, si lo encuentra! Porque sé que pasará algo terrible, porque no te imaginas cómo estaba, pobre Edward, es decir, cuando se fue. Pero no te enfades con él, de verdad, tiita, porque toda la culpa es mía, porque tenía que habérselo contado todo hace mucho tiempo, aunque, de verdad, de verdad, que jamás me importó nada y yo quiero muchísimo a mi amado Edward. Temía que...

[Aquí el manuscrito presenta varios borrones y resulta ilegible.]

... y creí que se terminaba y entonces [...] y hace solo quince días éramos tan felices y [...] pero no creas que me quejo de él, querida tía, porque no sabes hasta qué punto [...]. Pero, si puedes, ven a verme, porque me estoy poniendo muy enferma y ya sabes que solo es [...]. Dios te bendiga, tiita; ah, ven a verme si puedes.

GERTRUDE BOLETON

2. De la misma a la misma, escrita unos cuatro días después

Siento que estés tan enferma; no hagas nada por venir, mi querida tía; no sé cómo pero me las arreglaré y, si no, cualquier cosa es mejor que esta incertidumbre insoportable [...]. Sin noticias todavía, pero no puedo escribir más porque casi no veo lo que hago con la pluma y me parece que mi pobre cabeza se me abre y se me

cierra. Dios te bendiga, tiita.

G.

Abro la carta para darte las gracias por mandarme a la amable señora Ward; llegó tan inesperadamente [en un azul^[4]] como si hubiera llovido del cielo. Me pregunto si habrá visto a Ed...

[El manuscrito termina bruscamente en este punto.]

3. De la señora Ward a la honorable C. B. (acompaña la anterior)

Beechwood^[5], martes por la noche

Mi querida Catherine:

Me temo que te voy a dar noticias muy tristes de tu querida Gertrude. ¡Pobre hijita! Cuando entré en la habitación, la vi tan pálida y lánguida y con unas ojeras tan profundas que casi no pude contener las lágrimas. Dio un gritito de alegría al verme y me echó los brazos al cuello; pero un momento después volvió al escritorio y abrió la carta que te mando junto con esta, y que tenía preparada para el correo. Parece que ya no puede soportar más la tensión de tantos días seguidos y apenas había escrito dos palabras cuando empezó a perder la cabeza, como verás en la conclusión de su posdata, y, cuando intentaba escribir el nombre de su marido, se derrumbó por completo y le dio un ataque de histeria que duró varias horas. Me es grato participarte que ha recuperado la tranquilidad relativamente, aunque a veces todavía se le va la cabeza y parece que no puede cerrar los ojos, pero se queda tumbada en la cama, con la mirada perdida, hablando a veces consigo misma en voz baja y, al parecer, sin percatarse de nada. He procurado, hasta donde me atrevo, que me contara todo este triste asunto, pero no he conseguido nada, pobrecita, más que su insistencia en afirmar que ella tiene «la culpa de todo» y que «de verdad, de verdad, él no ha hecho nada malo». Parece que mi presencia la alivia mucho,

aunque, por otra parte, diría que al mismo tiempo se ha puesto en guardia para que no se le escape ningún comentario desfavorable sobre su marido, y es como si concentrara todas sus facultades en protegerlo del más mínimo reproche. Sin embargo, sospecho que realmente haya hecho algo malo; desde luego, tal como lo veo yo, toda la culpa apunta a él y solo a él. No he conseguido averiguar cómo se ha desarrollado esta triste historia, pero parece ser que sir Edward, que sin duda es un joven muy violento y además, me temo, muy celoso, empezó a recelar de ese tal señor Hawker que hace dos inviernos perseguía a la pobre Gertrude con tanto empeño, y que, después de una escena muy perturbadora, se fue de Beechwood en su busca. Dicen que el señor Hawker se encuentra en el continente y sabemos que sir Edward se fue por la carretera de Dover, que, recordarás, pasa cerca de esta casa. Esto es lo único que he podido saber con certeza hasta ahora, aunque los criados hablan más de lo debido y es tal su indignación por el trato que sir Edward dispensa a su señora que me cuesta Dios y ayuda contenerlos para que no le den rienda suelta. Si me entero de algo más, te lo haré saber inmediatamente, claro está; pero, entretanto, no puedo ocultarte lo mucho que me preocupa nuestra querida Gertrude, cuyo corazoncito debe de estar hecho añicos, y por eso temo que en cualquier momento, con lo delicada que está, la inquietud y el terror que padece le jueguen una mala pasada [...]. Ya sabes que nunca me gustó este matrimonio y, ahora más que nunca, comprendo que fue un error confiar a una niña tan joven y sensible a un hombre de temperamento tan notablemente incontrolable. ¡Pobre hija! Es evidente que no es la primera vez que sufre las consecuencias de ese humor, y, aunque saliera de esta sana y salva, tiemblo al pensar en los efectos que pueda tener sobre el niño [...]. Tengo que terminar aquí esta carta tan larga y triste, pero volveré a escribirte en cuanto haya alguna novedad; entretanto, en estos momentos no puedo dejar a Gertrude sola más tiempo. Espero que te encuentres mejor de salud. Muchos besos para el pequeño Henry, y dile que se porte bien hasta que vuelva yo.

Con mucho cariño,

HELEN WARD

4. De la misma a la misma

Beechwood, lunes por la mañana

Mi querida Catherine:

Lamento decirte que sigo sin poder darte buenas noticias de la pobre Gertrude. Desde la última carta que te mandé, en el correo del sábado por la tarde^[6], no se han producido cambios dignos de mención, aunque la pobre niña está, sin duda, más inquieta y, en todo caso, más débil, me temo. Pregunta constantemente si han llegado cartas, y diría que tiene la impresión de que se las ocultamos, como sin duda creo que tendríamos que hacer, en vista del estado en que se encuentra, en caso de que llegara alguna. No le dejo ver el periódico hasta haberlo examinado yo con detenimiento. Temo que le suba la fiebre, aunque, siguiendo el consejo del médico, no he intentado convencerla de que se quede en la cama. De todos modos, arrastra un agotamiento superior a sus fuerzas y aguardo con impaciencia la próxima visita del médico. Se pasa el día en el sofá, mirando por la ventana, que da a la calle Dover. Parece que esta mañana su inquietud va en aumento y no veo la hora de que llegue el doctor Travers.

Once en punto

Ha venido el médico y ha confirmado mis temores de que puede subirle la fiebre, aunque dice que posiblemente sea pasajera. Me ha ordenado que me acueste unas horas sin pérdida de tiempo, porque apenas he visto la cama desde que llegué y, según él, si le sube la fiebre, necesitaré todas mis fuerzas. Voy a dejar esta carta abierta para mandártela en el correo de la tarde con las últimas noticias.

Miércoles

Todo ha terminado. Casi no soy capaz ni de escribir, pero tengo que contarte lo sucedido. ¡Ay, mi querida Catherine! Jamás podré perdonarme haber dejado sola a nuestra querida Gertrude, pobrecita; aunque sé que es una tontería, porque así me lo ordenaron por su bien. Pero voy enseguida a la triste noticia que tengo que darte. Dejé a la pobre Gertrude al cuidado de su doncella, con instrucciones estrictas de que me avisara si observaba algún cambio; pero, al parecer, nuestra pobre niña se calmó de repente y al cabo de un ratito se durmió. La doncella la veló hasta las

cuatro en punto, momento en que, vencida por el cansancio, cayó también en el sueño, y al despertarse, poco antes de las cinco, se horrorizó al ver que estaba sola. Vino inmediatamente a avisarme, pero casi no había llegado yo a las escaleras cuando alguien subió corriendo a decirme que el cartero estaba en la puerta y acababa de encontrarse con la pobre Gertrude, que estaba esperándolo en la cancela. Anhelante, le preguntó si había cartas para ella y, cuando le dijo que no, le pidió el periódico; lo cogió y al punto echó a correr hacia una parte de la finca llamada la Espesura, mientras que el cartero, temiendo, a juzgar por su actitud, que le pasara algo, entró en casa a dar parte del incidente. No hace falta que te diga con cuánta inquietud me apresuré a ir a la Espesura, y allí encontramos a la pobrecita, tendida en el suelo a la orilla del lago, con el periódico fatal en la mano. Mandé que la llevaran a casa con mucho cuidado y ordené a un hombre que cogiera un caballo y fuera a buscar al médico; pero, antes de que llegara, nuestra pequeña volvió en sí, aunque solo para caer de nuevo en los primeros síntomas de la desgracia que se cernía sobre ella, pobrecita mía. Desde ese momento hasta que exhaló el último suspiro —hace una hora— no me separé de su lado. Después de soportar treinta horas del sufrimiento más terrible que he visto en toda mi vida, dio a luz a dos niñitas tan pequeñitas y débiles que da lástima verlas. Sobre todo la primera, que nació aproximadamente una hora antes que la segunda, es tan enclenque y tan débil que, según el médico, tiene pocas probabilidades de sobrevivir y, a decir verdad, sería preferible que no sobreviviera. La segunda parece más fuerte, pero ambas son muy pequeñas y están muy débiles incluso teniendo en cuenta que han nacido prematuramente.

Después, la pobre Gertrude se desmoronó rápidamente y, a pesar de que se hizo todo lo posible y ella duró todavía unas tres o cuatro horas más, finalmente se rindió por completo y, por último, expiró en silencio, tan en silencio que casi no nos dimos cuenta de que ya no estaba con nosotros. Pobrecita niña mía, siempre la quise tanto como todos vosotros [...]. Antes de terminar, unas palabras sobre el periódico que fue el infausto motivo de este terrible revés. Tal como sospechaba, allí estaba la crónica que hacía tanto que temíamos, la de la fatídica contienda de sir Edward con el señor H., cuyo recorte acompaño a la presente, porque querrás saber los tristes pormenores de lo sucedido. No puedo seguir escribiendo ahora porque estoy agotada y necesito descansar un poco. Mi más sentido pésame, ya lo sabes [...].

Con mucho cariño,

HELEN WARD



Me apresuré a ir a la Espesura, y allí encontramos a la pobrecita, tendida en el suelo a la orilla del lago, con el periódico fatal en la mano.

5. Extracto del Morning Herald del ... de noviembre de 183...

DUELO FATAL EN DIEPPE. Según la prensa parisina, hace unos días, en la vecindad de Dieppe, tuvo lugar un extraordinario duelo a muerte entre dos caballeros ingleses cuya identidad, hasta el momento, se desconoce. Al parecer, se encontraron en el patio del Hotel de L'Europe, en el que uno de ellos, cuya ropa interior lleva las iniciales «C. G. H.», se alojaba desde hacía unos días. Inmediatamente, el recién llegado increpó al primero con palabras sumamente deshonrosas, a las que el señor H. respondió con la misma vehemencia, y, puesto que la discusión fue en inglés, ninguno de los presentes entendió lo que decían. Poco después, el altercado subió tanto de tono que el propietario se vio obligado a intervenir, hasta que los dos hombres salieron juntos del hotel. Unas horas después, el señor H. volvió y pidió la factura, hizo el equipaje a toda prisa y abandonó el hotel. Más tarde sería visto en París, pero después se perdió su rastro. A la mañana siguiente a primera hora corrió el rumor de que se había encontrado el cadáver de un inglés en una viña, como a un kilómetro y medio de la ciudad, y, tras una investigación, se averiguó que la víctima era precisamente el caballero de la discusión de la noche anterior. Según el resultado del examen, el infortunado hombre cayó en una pelea justa, aunque no parece que el encuentro se celebrara con testigos. La pistola que el difunto agarraba con fuerza en la mano había sido disparada recientemente; a unos doce pasos de distancia se halló un arma similar: la que lo había matado, evidentemente. Por otra parte, la herida mortal estaba exactamente en la parte del pecho que quedaría expuesta al fuego de un adversario y, sin duda, le había alcanzado el corazón, por lo que se deduce que la muerte debió de ser instantánea. Al parecer, las armas que se utilizaron eran propiedad del difunto. Se trata de un bello par de pistolas de duelo, de gatillo suave y, a todas luces, de procedencia inglesa. En la culata se aprecia un pequeño escudo de plata con las iniciales «E. B.» y una mano con guantelete sujetando una ballesta. Las iniciales del oponente del infortunado caballero eran, como hemos dicho, «C. G. H.», y hay motivos para temer que la víctima sea un baronet joven, propietario de un extenso territorio, sobre el que hace tiempo que corren insistentes rumores a causa de su repentino viaje al continente.

Desde que nuestra última edición entró en prensa, hemos recibido datos nuevos que apuntan sin lugar a dudas a que la víctima del fatal incidente era, como temíamos, sir Edward Boleton, baronet de Beechwood (Kent); sin embargo, el motivo del duelo y el nombre de su oponente siguen siendo un misterio. El

infortunado caballero, que había contraído matrimonio hace pocos meses, deja, así pues, viuda joven. Ante la falta de heredero varón, entendemos que la baronía se extingue y el conjunto de su patrimonio pasa a algún familiar lejano. Por otra parte, parece ser que la viuda posee recursos propios dignos de consideración.

6. De la señora Ward a la honorable C. B.

Julio de 1836

Mi querida Catherine:

Me preguntas si he quedado satisfecha con el estado en que se encuentran las pequeñas de la pobre Gertrude Boleton. Si dijera que sí faltaría a la verdad, pobrecitas mías, porque todavía no se puede afirmar que se hayan fortalecido, sobre todo la pobre Gertie, que parece un lirio marchito. En cambio la menor ha mejorado un poco y espero que siga así y, sin duda, creo que las dos están mejor donde están que en cualquier otra parte. Ciertamente, es una lástima, pobrecitas, que no tengan ningún familiar cercano con quien vivir, pero convengo contigo en que, en tu estado de salud, no solo sería una carga excesiva para ti, sino que además tampoco les beneficiaría a ellas en ningún sentido. Estoy convencida de que, se mire como se mire, están mejor donde están, insisto. Parece que el aire de Hastings les sienta bien, y en la parte alta de la ciudad, donde vive la señora Taylor, es vigorizante sin llegar a ser frío. Además, la señora Taylor es una persona excelentísima y les tiene un grandísimo aprecio. Parece que se interesa particularmente por la pobre Gertie y nunca se cansa de contar anécdotas de la increíble compenetración que se da entre las mellizas. Se diría que es una compenetración más física que mental. Según la señora Taylor, tan pronto como una de ellas acusa la menor molestia, la otra también, aunque con una diferencia: que a tu tocaya, Katie, le afectan muchísimo menos los malestares de Gertie, mientras que a esta, pobre niña, la menor indisposición de su hermana la pone gravemente enferma, debido a su constitución, supongo, que es mucho más delicada. Había oído hablar de que entre mellizos suele existir una gran empatía

física, pero nunca había visto de cerca un ejemplo tan claro. Desafortunadamente, las dos son nerviosas, aunque también en este aspecto es la mayor la que se lleva la peor parte, porque en la menor se manifiesta en forma de una rapidez perceptiva extrema [...]. Como es natural, cuando crezcan, tendrá que ocuparse de ellas alguien de su misma clase, pero, por ahora, creo que esta buena mujer puede cumplir muy bien la función [...]. Volveré a Hastings el mes que viene y te escribiré cuando las vea.

Con cariño,

HELEN WARD

7. De la señora Taylor a la honorable C. B.

[Aproximadamente, enero de 1837.]

Honorable señorita;

es Mi umilde deber y siento en el alma tener que decir a la Señora que la señorita Gerterud a cogido un catarro tremendo como me temia por que la señorita katerin también lo avia tenido hace dos dias y lamento decirlo por que la señorita gerterud es mas devil que la señorita Katerin pero Espero que se ponga Buena en Seguida por que como ya le he dicho a la onorable señorita las niñas siempre cogen las mismas enfermedades lo que pasa es que la pobre señorita gerterud siempre Peor. Honorable señora a venido el medico y dice que la señorita Katerin ya esta bastante bien y dice Honorable señorita que espera que la señorita gerterud tan bien se ponga buena pronto. honorable señorita su umilde serbidora para lo que guste mandar

SARAH TAYLER

8. De la misma a la misma

[Aproximadamente, junio de 1837.]

Honorable señorita

es mi umilde deber y me alegro mucho de poder decir a la Señora que las dos niñas estan bastante bien por que la señorita Katerin se puso Mala el martes y entonces la pobre señorita gerterud también estuvo muy malita tres dias pero haora ya esta bastante bien otra bez. honorable señorita su segura serbidora para lo que la Señora guste mandar.

SARAH TAYLER

9. De la misma a la misma

Julio de 1837

Honorable señorita

es mi umilde deber decir a la Señora que por favor Venga Imediatamente porque a la señorita Katerin le a pasado algo terrible honorable señorita su segura servidora para lo que La señora guste mandar

SARAH TAYLER

10. Del señor Ward a la honorable C. B.

Hotel Marine (Hastings)

A 12 de julio de 1837

Querida señorita B.:

Desafortunadamente, cuando llegó su carta, Helen no podía salir de casa y, como el asunto parecía urgente, me pareció que lo mejor era presentarme yo. Lamento tener que darle noticias tan poco gratas. La pequeña Catherine, pobre niña, se ha perdido —se la han llevado unos gitanos, me temo— y, hasta el momento, no se ha encontrado el menor rastro de su paradero. Parece ser que la señora Taylor las llevó de excursión con unos amigos suyos a Fairlie Down, donde coincidieron con un campamento de gitanos, aunque no les prestaron atención. Llevaban la comida y, cuando terminaron de comer, se quedaron un rato a descansar, y de repente se dieron cuenta de que faltaba la niña; buscaron por todas partes, muchas horas, pero no encontraron el menor rastro de ella. Al volver al sitio en el que estaban los gitanos, estos habían levantado el campamento; su rastro pasaba cerca de donde habían comido y después se perdía en la carretera. Desafortunadamente, al principio, a la pobre señora Taylor —que está muy afectada por lo sucedido— solo se le ocurrió escribirle a usted, y el incidente no llegó a conocimiento de la policía hasta que sus amigos, que viven un poco lejos de la ciudad, empezaron a hablar del caso y corrió la noticia. Anoche, cuando llegué, habían iniciado las indagaciones, pero, por el tiempo que ha pasado, me temo que hay muy pocas probabilidades de recuperar a la pobre niña. He puesto anuncios en todas partes y he ofrecido una gran recompensa, pero hay pocas esperanzas y la policía no es más optimista que yo. Es una lástima que Catherine tenga la piel oscura, agitanada, y los ojos y el pelo negros, porque será mucho más fácil disimular sus facciones y, por si esto fuera poco, por su rápida inteligencia y su agilidad y energía será un bien muypreciado para los gitanos. No hace falta que le diga lo mucho que me aflige la nueva desgracia que ha caído sobre estas niñas, y mucho me temo que a Gertrude le afecte gravemente la pérdida de su hermana, con la que, como sabe, tiene una compenetración extraordinaria. Ahora me dispongo a ir a la comisaría a ver qué medidas hay que tomar y mañana le mandaré otra carta en el correo de la mañana.

Siempre, querida señorita B., muy sinceramente suyo,

HENRY WARD

11. De la señora Vansittart a la honorable C. B.

Academia Grove Hill House
Hampstead Heath
A miércoles, 1 de mayo de 1842

Señora:

Tengo el gran placer de atender su solicitud referente al envío de un informe mensual sobre la salud y los progresos de mi interesantísima y joven amiga y pupila, la señorita Boleton. En los aspectos morales y educativos, los avances no podrían ser más satisfactorios [...]. No obstante, en cuanto a su salud, tengo que reconocer que lamento no poder expresarme con palabras tan halagüeñas como las que, en todos los demás aspectos, me complace estar autorizada a dirigirle. Aunque el aire que respira en esta localidad de fama bien merecida es extremadamente saludable y, creo estar en condiciones de atreverme a añadir, la atención que recibe tanto de mis propias manos como de las de mis ayudantes médicos y docentes es constante, lamento tener que participarle que su estado general de salud no ha llegado siquiera a la fase de convalecencia, aunque espero que lo alcance a la mayor brevedad gracias a los beneficios de una estancia prolongada en Hampstead Heath. Según mi consejero médico, el doctor Winstanley —galeno famoso en Europa y que cuenta con mi total confianza—, la señorita Boleton no padece ninguna enfermedad especial, aunque de vez en cuando sufre períodos de quiebra de la salud difíciles de achacar a una causa concreta y que, al cabo de un tiempo, desaparecen tan misteriosamente como aparecieron. El médico confía en que el aire puro del Heath, del que, en la medida en que nos atrevemos a creer, tanto se ha beneficiado su interesante paciente, le procure a la larga una cura radical. Sin ningún género de duda, la pérdida de su hermana menor, de la que me informó usted cuando la joven ingresó en nuestra pequeña sociedad, infligió daños graves a su salud, débil por naturaleza, pero confío en que continúen paliándose sus efectos hasta desaparecer. Naturalmente, en mis conversaciones con la señorita Boleton sigo al pie de la letra sus instrucciones a propósito de no aludir en modo alguno al lamentable incidente, y he juzgado oportuno no hacer partícipes de los hechos a sus compañeras. El día 1 del próximo mes reiteraré el honor de poner en su conocimiento los progresos de mi interesante y joven amiga, y no me cabe duda de que entonces estaré en condiciones de proporcionarle un informe con buenas noticias tanto de su salud física como de sus progresos morales e intelectuales.

Entretanto, permítame, querida señora, que me declare su fidelísima
y segura servidora,

AMELIA DOROTHEA VANSITTART
A la atención de la honorable Catherine B.

12. De la señora Ward a la honorable C. B.

A 14 de junio de 1851

Mi querida Catherine:

Muchísimas gracias por avisarme con antelación del compromiso de nuestra querida Gertrude. Te felicito de todo corazón, aunque, tal como dices tú, no puedo negar que mi satisfacción sería mayor si el señor Anderton contara, entre sus muchas cualidades, con la de tener un temperamento un poquito menos nervioso y excitable. Siempre me ha parecido una persona excelente, pero, con lo delicada que es Gertrude, temo las consecuencias de esta unión para ambos. No obstante, es imposible tenerlo todo, y el caballero parece irreprochable en todos los demás aspectos: por eso reitero mi más sincera enhorabuena. ¿De verdad piensas venir a la Exposición? [...] Da muchos besos a mi querida Gertrude de mi parte y di a su *fiancé* todo lo que te parezca amable y apropiado. Como siempre, querida Catherine, recibe todo el cariño de

HELEN WARD

SECCIÓN II

1. Memorándum del señor Henderson

Entramos en la parte de la historia de la señora Anderton^[7] que comprende el período desde su boda hasta su última enfermedad. Para recoger esta información he tenido que recurrir a diversas fuentes y, por lo tanto, la encontrarán muy completa: combinada con lo visto hasta ahora en la correspondencia de la señorita B. sobre la vida anterior de esta desventurada señora, arroja mucha luz sobre dos detalles importantes que advertiremos a partir de aquí. Sin embargo, parece inevitable que las declaraciones, por su pertinencia en los aspectos fundamentales del caso, se alarguen más de lo que, en esta fase del procedimiento, sería deseable; y, por lo tanto, me he tomado la libertad de condensarlas en el presente memorándum. Si algún episodio resultare confuso, podrá consultarse en los originales que acompaño.

El señor Anderton era un caballero de buena cuna, íntimamente relacionado con algunas de las principales familias de Yorkshire, donde conoció a la señorita Boleton durante su estancia en casa de la señorita B., tía abuela de la señorita Boleton. Al parecer, tenía un carácter dulce y amable, aunque era tan tímido y retraído que intimó con muy pocas personas. Sin embargo, al parecer, todos los que podían contarse entre sus conocidos expresaron la misma perplejidad al conocer las acusaciones que se le hicieron a raíz de la muerte de su mujer, con quien siempre se había considerado, aunque en realidad se sabía muy poco debido a sus costumbres retraídas, que vivía muy felizmente. Tal como se demostró, el caso no habría llegado nunca a los tribunales, pero, de no haber sido así, la defensa habría demostrado con pruebas irrefutables que era de todo punto increíble imputar semejante crimen a una persona de carácter tan dulce y amable.

En los cuatro años y medio que duró la vida matrimonial, parece ser que ninguna nube oscureció su felicidad. La correspondencia de la señora Anderton a su tía abuela, la señorita B. (con quien estoy en deuda por casi toda la información importante que he podido recoger por parte de la familia), está llena de expresiones de afecto por su marido y de referencias al amor que él le profesaba. Acompaño copia de varias de estas cartas, en las que se puede comprobar la firmeza del cariño que se tenían. En esta serie, que abarca toda su vida de casada, no se encuentra una sola palabra que pudiera llevarnos a una conclusión diferente.

Con todo, es evidente que la salud delicada de la que adolecía la señora Anderton desde el nacimiento no había mejorado, y encontramos dos alusiones a esas misteriosas crisis en la carta de la señora Vansittart citada con anterioridad. De todos modos, parece ser que estas dos últimas fueron muy leves. Hacía algunos

años que dichas crisis aparecían con menor frecuencia y no se encuentra ninguna referencia más a ellas desde esa fecha (octubre de 1852). A pesar de todo, el estado de salud de la señora Anderton no dejó de ser muy frágil, aunque, al parecer, se probaron con ella toda clase de remedios. Entre la correspondencia adjunta se encuentran cartas escritas desde Baden, Ems, Lucca, El Cairo y otros lugares, a los que viajaron los Anderton en distintas épocas por motivos de salud de uno o del otro, puesto que el señor Anderton, como se afirma en la carta de la señora Ward del 14 de junio de 1851,^[8] también era de constitución muy delicada.

A propósito de este caballero, todas las referencias coinciden en que su debilidad principal era el nerviosismo congénito, tanto mental como físico. El segundo era manifiesto en la facilidad con que se sobresaltaba por cualquier cosa que sucediera de repente, hasta lo más simple, aunque en modo alguno podía decirse que careciera de valor; el primero, en la extremada sensibilidad a la opinión de quienes lo rodeaban y su temor a que cayera la menor sombra de duda sobre su buen nombre, del que tan orgulloso estaba, y con razón. En los documentos que acompaño encontrarán pruebas de ambas manifestaciones de su natural nervioso.

Al parecer, en el verano de 1854 el señor Anderton empezó a interesarse por el tema de la hipnosis. Habían pasado unas semanas en Malvern, donde se dice que esta ciencia está muy de moda, y habían hecho amistad con varios pacientes en los diferentes establecimientos de aguas termales; algunos de ellos instaron encarecidamente al señor Anderton a que tanto él como su mujer probaran el tratamiento mediante hipnosis.

A la larga, la solícita insistencia de estos amigos entusiastas dio su fruto y se convocó al practicante predilecto de la vecindad para que pusiera a prueba su saber con estos nuevos pacientes. Parece que el único efecto que le hizo al señor Anderton fue inducirle el estado de irritación que podía esperarse, tratándose de un temperamento tan nervioso y sensible, ante las «manipulaciones» a las que se someten los partidarios de la hipnosis. Por el contrario, en el caso de la señora Anderton, el resultado fue diferente, o como tal se consideró. No puedo decir si se debió a causas naturales que en aquel momento pasaron desapercibidas o únicamente al poder de la imaginación, que tan inusitados resultados ha dado en otras muchas ocasiones, pero lo cierto es que, poco después de haber comenzado las «sesiones», se apreció cierta mejoría, leve, pero evidente. Así siguieron las cosas hasta que el practicante partió a Alemania, país del que había salido hacía poco para hacer una breve visita en Inglaterra.

A pesar del rotundo fracaso del remedio en su propio caso, sin duda la curiosa coincidencia de la mejoría de su mujer debió de impresionar mucho al señor

Anderton, quien, por su gran sensibilidad, debía de ser, por cierto, terreno abonado para las prácticas de charlatanes de toda especie. Tenía tanta fe en la nueva cura que llegó a proponer al profesor acompañarlo a Alemania para que su mujer no tuviera que renunciar al beneficio de las «manipulaciones» a las que se había acostumbrado. Se trasladó a Londres con el propósito de hacer los preparativos, pero se vio obligado a suspenderlo todo ante la insistencia de varios amigos, que desaconsejaban el viaje porque el rigor del invierno en Dresde —la ciudad a la que tenía que ir el profesor— sería fatal para la delicada constitución de la señora Anderton.

Su consejero médico, aunque creía en el poder de la hipnosis, opinaba lo mismo y, por otra parte, para salvar el obstáculo del tratamiento hipnótico de la señora Anderton, le ofreció presentarle a «uno de los hipnotizadores más poderosos de Europa», que había llegado a Londres hacía poco y que resultó ser el que se hacía llamar barón R.

Conocer a ese hombre debió de ser lo que decidió al señor Anderton a renunciar al viaje a Dresde y, al parecer, tras una breve demostración, a la señora Anderton le resultaron más beneficiosas sus «manipulaciones» que las del practicante anterior, o así se lo imaginó. La eficacia de los «pases» y demás prácticas del barón impresionó tanto al matrimonio que el señor Anderton, que tomó entonces la decisión de pasar el otoño y el invierno en Londres, llegó al extremo de alquilar una casa amueblada en Notting Hill con la sola intención de estar más cerca del nuevo maestro. Aquí continuaron las «sesiones», a menudo dos y tres veces al día y, aunque, naturalmente, nadie en su sano juicio atribuiría el resultado de tales prácticas al barón, lo cierto es que, por un motivo u otro, la salud de la señora Anderton continuó mejorando.

Así siguieron las cosas unas semanas hasta que algunos amigos del señor Anderton empezaron a poner objeciones a lo que, como no es de extrañar, les parecía un procedimiento fuera de lugar. Debieron de hablar mucho del asunto y finalmente el señor Anderton, debido a su natural susceptible, cambió de parecer respecto a su anterior predilección por una práctica que tan evidentemente lo exponía a las habladorías. Sin embargo, el barón no estaba dispuesto a renunciar así como así a una paciente de la que obtenía con regularidad tan pingües beneficios. Cuando le comunicaron la decisión de prescindir de sus servicios, declaró al punto que no era necesario hacer las manipulaciones directamente y que, si se consideraban impropias con una persona del otro sexo, podían hacerse fácilmente a través de una tercera persona.

Una vez aceptada esta primera imposición, quedó abierto el camino para

cualquier otra ocurrencia absurda, y entonces se acordó que, para evitar situaciones que pudieran parecer indecorosas, a partir de ese momento la señora Anderton sería tratada por mediación de una tal mademoiselle Rosalie, una «vidente» empleada del barón, que se pondría «en comunicación» con la paciente y le traspasaría los efectos de las manipulaciones a las que la sometería el practicante.

No es preciso detallar ahora el *modus operandi* concreto; me limitaré a señalar esta nueva prueba de los extraordinarios poderes de la imaginación: la continua mejoría de la señora Anderton, cuyo estado de salud se fortalecía incluso más rápidamente con el nuevo tratamiento, así como la maravillosa «empatía» que se estableció al momento entre ella y la «médium» del barón.

Mademoiselle Rosalie tenía el pelo castaño oscuro, su estatura era bastante inferior a la media, tenía una figura muy bien proporcionada y dinámica, la cara pálida y los ojos oscuros. La única falta que un *connoisseur* podría achacarle sería la gran anchura de sus pies, aunque tal vez se debiera a su ocupación anterior, de la que hablaremos más adelante. Para llegar a donde nos hemos propuesto es necesario no olvidar este detalle. En esa época aparentaba unos treinta años, pero es muy posible que el ejercicio de su ocupación anterior la hubiera avejentado y, por tanto, fuera en realidad más joven. En general, el contraste entre la señora Anderton y ella era notable, pues la primera era delgada pero alta, rubia y con pies pequeños y, a pesar de su mala salud, todavía aparentaba un par de años menos de su verdadera edad. Con todo, si damos crédito a las cartas que adjunto, entre estas dos personas tan diferentes surgió enseguida una «empatía» tan grande como inexplicable. La señora Anderton percibía —o se lo imaginaba— la presencia de mademoiselle Rosalie antes de que entrara en cualquier parte; un simple roce de su mano parecía procurarle alivio inmediato y, al cabo de muy pocas semanas, alcanzó un estado perfecto de convalecencia y se encontraba más fuerte que nunca.

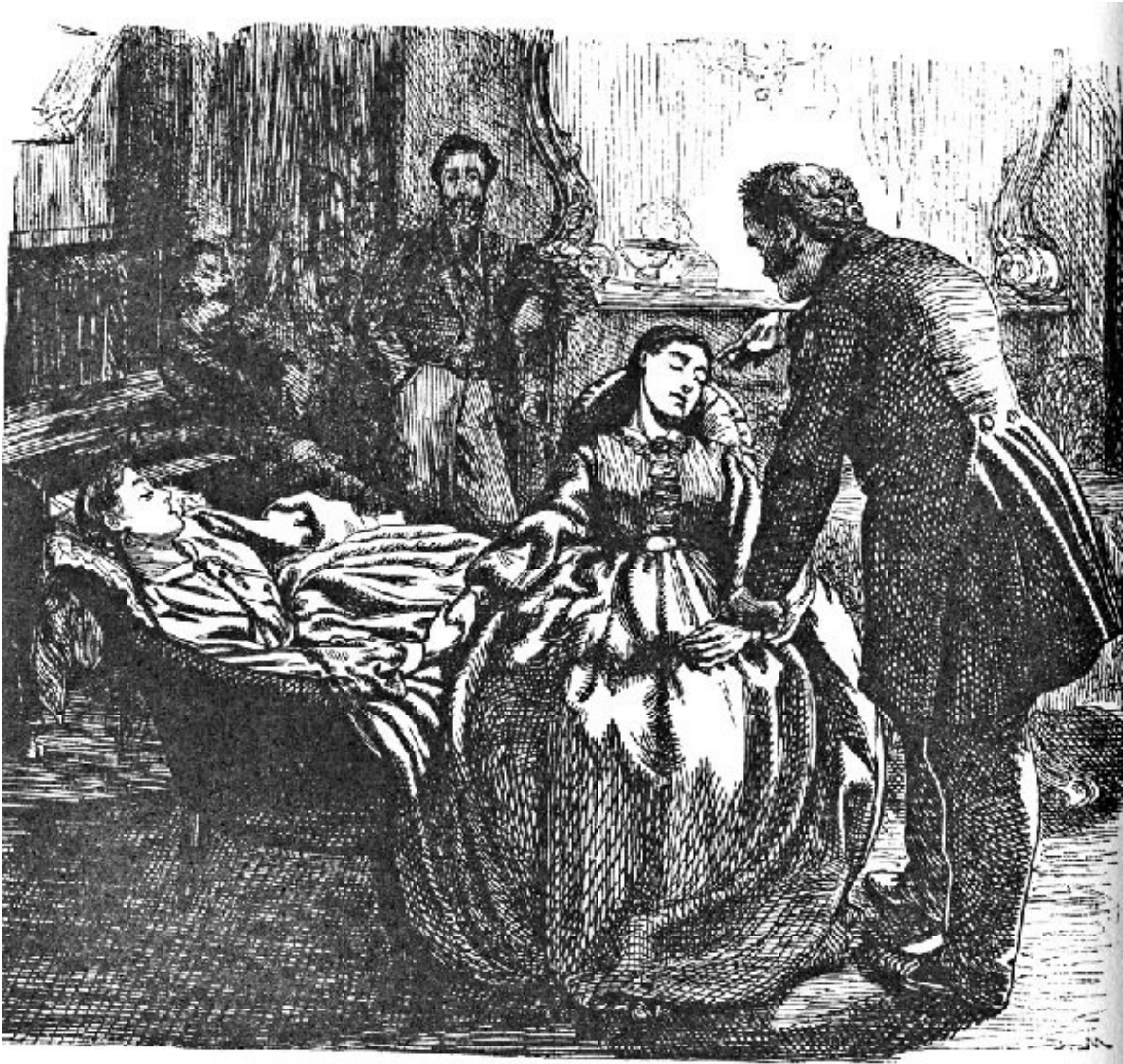
Ahora tengo que remitirme de nuevo a las declaraciones. La del señor Morton, que verán a continuación, no admite resumen debido a su gran importancia.

2. Declaración del señor Frederick Morton, antiguo teniente del Ejército Regular

Me llamo Frederick George Morton. En 1854 era teniente de la Real Artillería y resulté levemente herido en la batalla de Inkermann el día 5 de noviembre de ese año, el día siguiente de mi llegada a Crimea. Sucedió antes de incorporarme a la batería a la que estaba destinado. Me retiré del servicio cuando falleció mi padre y actualmente vivo con mi madre en Leeds. El difunto señor William Anderton y yo éramos amigos del colegio y fuimos íntimos casi quince años. Asistí a su boda con la señorita Boleton, en agosto de 1851, y después iba a menudo de visita a su casa. Cuando estaba en la academia de Woolwich, pasaba con ellos todos los días de permiso, así como gran parte de las vacaciones. Mi padre favorecía esta relación de intimidad y yo me encontraba tan a gusto en su casa como en la nuestra. Mi padre era socio menor de una de las grandes empresas manufactureras de Leeds. Por lo general, los Anderton vivían en Londres, cuando no estaban de viaje en el extranjero, y en una ocasión fui con ellos a Wiesbaden. En el año 1854 los vi muy poco, porque pasaron los primeros meses en Ilfracombe y después en Malvern, pero estuve con ellos el 13 de octubre. Recuerdo muy bien la fecha porque iba a embarcarme con rumbo a Crimea, donde me hirieron, y la orden me había llegado inesperadamente. Cuando llegó, me encontraba en casa de un amigo, adonde habíamos ido a cazar faisanes, y recuerdo que tuve que marcharme la segunda mañana; pasé la noche en casa de los Anderton y embarqué a la mañana siguiente. Tenía que haber ido a la primera partida, pero no llegué a tiempo y al final no pude salir a cazar ningún día. Embarqué un sábado, porque recuerdo que al día siguiente hubo desfile religioso. Fue la última vez que vi a Anderton. Pasé todo el invierno en Italia, por la herida y por las fiebres reumáticas; y en el verano de 1855 me mandaron a casa a cuidar a mi padre, que estuvo enfermo varios meses antes de morir, y después no podía dejar sola a mi madre. Solo recibíamos una publicación semanal y no me enteré de que lo habían detenido hasta tres o cuatro días después. Hacía tiempo que no nos veíamos, pero no porque hubiéramos discutido. Al contrario. Fuimos muy buenos amigos hasta el último momento y yo habría dado la vida por servirle. Me llevaba muy bien con la señora Anderton. Él la adoraba. Yo me reía y les decía que tenía celos de ella, y ellos se reían también. Eran la pareja más enamorada que he visto en mi vida. Él era el hombre más bondadoso y amable que he conocido, pero terriblemente nervioso y muy sensible a todo lo relacionado con su familia y su buen nombre. La única vez que discutimos fue en el colegio, cuando intenté gastarle una broma fingiendo que no me creía una cosa que había dicho: se puso enfermo. Solía decir que preferiría la muerte a manchar su buen nombre, del que estaba muy orgulloso. El día al que me refiero —13 de octubre de 1854— les mandé un telegrama diciéndoles que, de paso hacia el puerto, cenaría y

dormiría en su casa. Encontré a la señora Anderton mejor que nunca. Me dijo que se debía a la intervención del barón R. y que, desde que había llegado Rosalie, había mejorado más rápidamente que nunca. Dijo que suspendería la visita del barón para que pasáramos los tres la velada tranquilamente, pero no se lo consentí y, por otra parte, quería conocerlo, a él y a Rosalie. Llegaron hacia las nueve; la señora Anderton se tumbó en el sofá y Rosalie se sentó en una silla a su lado y le cogió la mano mientras el barón la dormía. A quien durmió fue a Rosalie, no a la señora Anderton. Esta última no se durmió, sino que se quedó tumbada, quieta en el sofá; Anderton y yo nos sentamos juntos al fondo de la salita, porque, según me dijo, podíamos «interferir en el fluido hipnótico». No lo entendí. Naturalmente, sé que era absurdo; pero no creo que Rosalie fingiera. Yo también me quedaría dormido si un hombre me hiciera esas cosas. Cuando terminó la función, la señora Anderton dijo que se encontraba mucho mejor y me dio la risa, no pude evitarlo; después, Anderton la mandó a la cama y nos quedamos los dos hablando con el barón una hora o más. No volví a ver a la señora Anderton, porque me fui antes de que se levantara, pero tenía noticia de ella por Anderton. De lo que hablamos, cuando la señora se fue a acostar, fue de hipnosis. Yo no creía en eso, desde luego, y así lo manifesté; Anderton y el barón querían convencerme de que funcionaba. Nos pusimos a fumar, pero Rosalie estaba presente y dijo que no le importaba. Daba la impresión de que siempre decía lo que quería el barón, pero, al mismo tiempo, creo que no le gustaba el hombre. No participó en la conversación. Dijo —o al menos lo dijo el barón— que no sabía hablar inglés, pero estoy seguro de que lo entendía o, en todo caso, entendía mucho. Yo sé alemán y de vez en cuando le decía algo, y ella respondía; y en un momento la vi levantar la mirada rápidamente cuando Anderton dijo algo sobre «Julie» y el barón le dijo directamente en alemán: «Tu Julie no, pequeña». Cuando se iba, le pregunté quién era Julie; acababa de decirme que era su amiga íntima y que era bailarina, pero de pronto el barón le echó una mirada y ella dejó de hablar. Eso sucedió cuando se iban. Antes, Rosalie estaba haciendo una labor de ganchillo y nosotros hablábamos de hipnosis. Querían hacerme creer en ella, y el barón contó toda clase de anécdotas sobre una «vidente» prodigiosa. Se trataba de su Julie, no de la de Rosalie. Como es lógico, todo eso me daba risa; después se pusieron a hablar de empatía, de la maravillosa empatía que se establece entre mellizos, y el barón contó algunas anécdotas extraordinarias. Y, como yo no estaba dispuesto a creérmelas, Anderton se ofendió bastante y me preguntó si no me acordaba de la hermana melliza de su mujer, la que se habían llevado los gitanos. Entonces el barón le preguntó por el suceso y él se lo contó de cabo a rabo, aunque le hizo prometer que nunca lo diría, porque temían recordárselo a su mujer y por

eso jamás hablaban de ello. Me pareció que el barón se interesaba mucho, y acercó su silla a nosotros. Hablábamos en voz baja para que Rosalie no nos oyera. Recuerdo que el barón dijo que era un caso tan curioso que tenía que tomar nota, y lo escribió todo en su libreta. Anotó las fechas y todo lo demás, pero sobre todo las fechas. Estoy seguro de que Rosalie no pudo oír nada; no habría oído nada aunque hubiera entendido el idioma. Estábamos junto a la ventana, muy lejos de ella, y además hablábamos en voz baja. Después, el barón se quedó pensativo y estuvo un rato en silencio. Anderton y yo seguimos hablando de la hipnosis y mi amigo sacó un ejemplar de una revista: *Zoïst* o algo parecido. Me leyó una historia asombrosa sobre alimentación por delegación y, como no me la creí, preguntó al barón si era cierta o no, y él dijo que desde luego, que conocía ese suceso. Cuando Anderton se dirigió a él, se sobresaltó, como si estuviera pensando en otra cosa, y le tuvo que repetir la pregunta. Sé que era algo sobre comer por delegación, porque después, cuando me hirieron y me subió la fiebre, me acordaba de lo leído y pensaba que ojalá pudiera yo tomar la medicina por delegación. Está todo en el número de *Zoïst* de aquel mes: octubre de 1854.^[9] Recuerdo que en aquel momento dije que la joven tenía mucha suerte de que el tipo no comiera nada malo, y Anderton se rio. El barón no. Estuvo mucho tiempo sin decir nada y en una actitud muy rara. Creí que mi risa lo había ofendido. Anderton se dirigió a él y el hombre volvió a sobresaltarse; incluso se le había apagado el puro. Me acuerdo porque quiso encenderlo otra vez con la brasa del mío y le temblaba tanto la mano que me lo descapulló. Dijo que tenía frío y cerró la ventana. No quiso otro puro y dijo que tenía que irse porque era tarde. Anderton y yo nos quedamos fumando un rato más. Intenté convencerlo de que dejara la hipnosis y él dijo que la señora Anderton se encontraba tan bien que le parecía que podría prescindir del tratamiento y que lo dejaría al cabo de unas pocas semanas. No supe nada más de él hasta noviembre, cuando me enteré de que se había ido de la ciudad unas semanas. Cuando estuve enfermo en Scutari, después de que me hirieran, le escribí para ver si podíamos vernos en Nápoles, y se puso en camino con la señora Anderton en diciembre, pero tuvieron que quedarse en Dover porque ella cayó enferma. Desde entonces, me escribió varias cartas; puedo proporcionarle copia de ellas, menos de los fragmentos de carácter personal. He vuelto a leer esta declaración y todo es verdad. Estoy dispuesto a jurarlo ante un tribunal si es necesario. Deseo añadir que estoy seguro de que el pobre Anderton no ha tenido nada que ver con la muerte de su pobre mujer. Eso también lo juraría.



La señora Anderton se tumbó en el sofá y Rosalie se sentó en una silla a su lado y le cogió la mano mientras el barón la dormía.

3. *Declaración de Julie*^[10]

Manchester, a 3 de agosto de 1857

Muy señor mío:

En respuesta a su petición del 11 del mes pasado, le remito, debidamente autenticada, la declaración de Julia Clark, alias Julie, alias señorita Montgomery, etc., actualmente en el teatro Royal.

Queda a su entera disposición,

WILLIAM SMITH

Soy bailarina y me llamo Julia Clark; he actuado con el nombre de Julie y otros. Ahora me llamo señorita Montgomery. Conocía a la niña llamada Rosalie. Era mi amiga íntima. Estuvimos juntas muchos años en la compañía del signor Leopoldo. No recuerdo cuánto tiempo. Ella hacía el número de la cuerda floja y ganaba dos chelines semanales más la manutención. En la compañía la llamábamos la Niña Prodigio. En realidad se llamaba Charlotte Brown. Tenía unos diez años cuando llegué yo a la compañía. No sé nada de su vida anterior. Ella tampoco. Me lo decía a menudo. Si hubiera sabido algo me lo habría contado. Pasaba por sobrina de la vieja señora Brown. La señora Brown guardaba la recaudación. Guardaba el dinero de Lotty y le proporcionaba ropa. Lotty es Rosalie. Algunas señoritas de la compañía decían que se la habían comprado a un vagabundo. Yo no lo creía, desde luego. Lo decían por envidia. Lotty hizo el número de la cuerda floja cinco años, desde que la conocí. Tenía una figura preciosa, aunque los pies muy anchos.^[11] Todas las bailarinas de la cuerda floja tienen los pies muy anchos por culpa de la cuerda. Por lo demás, tenía un cuerpo perfecto. Era nerviosa. No mucho, pero bastante. Temblaba antes de salir. Pero no de miedo. A veces estaba enferma. No muchas. A veces cogía un catarro por sentarse desnuda y sudando en el suelo húmedo, después de bailar. A medida que crecía se hacía más fuerte. A veces se encontraba mal y no sabía por qué. Le dolía la cabeza. Cuando le pasaba eso, la medicina no servía de nada, solo el brandy. El brandy le quitaba el dolor de cabeza. A veces lo bebía, pero no como algunas señoritas de la compañía. Nunca la vi emborracharse. Los dolores de cabeza no eran por la bebida. Eso seguro. Le venía el dolor y después se

le iba. El brandy se lo quitaba. Desde que dejó la compañía, solo ha estado enferma una vez, que yo sepa. Me escribió y me lo contó. Todavía tengo la carta. No tiene fecha, pero me mandaba un recorte de prensa que hablaba de ella y es de octubre de 1852.^[12] El día del mes no se ve, está cortado. Dejé el número de la cuerda floja porque se cayó. Se cayó porque era nerviosa. No estaba borracha. No había bebido. Se puso nerviosa. Se cayó una lágrima de la araña y se asustó. Nada más. Se hizo mucho daño. Se hizo un esguince en el tobillo y los médicos del hospital dijeron que no podía volver a subirse a la cuerda floja nunca más. Estuvo allí dos meses. Cuando salió, el circo había cerrado. La compañía se dispersó, menos ella y yo y el señor Rogers y el señor que hacía de payaso. El señor Rogers era el signor Leopoldo. Cogió un salón musical. Creo que fue en Liverpool. Buscó a otros dos cantantes, una mujer y un hombre, y dábamos funciones. Todas las noches, el señor Rogers hacía una demostración corta de hipnosis y Lotty era su ayudante. A Lotty se le daba muy bien. No se dormía de verdad, claro. Una noche se paralizó en pleno número. El director se enfadó mucho. Ella intentó seguir, pero se desmayó y tuvieron que sacarla de allí. Dijo que había sido por culpa de un caballero del público. La mañana siguiente vino el caballero y se la llevó. Dio cincuenta libras al signor Leopoldo. Era el barón R. Me lo dijo Lotty. Me ha escrito unas cuantas cartas. Son estas. Tienen las esquinas dobladas porque siempre las llevo en el bolsillo. No creo que haya dejado al barón, pero no lo sé. La última vez que me escribió estaba en su casa. Fue la primera semana de noviembre de 1854. La recibí en Plymouth. Es la única semana que pasé allí antes de ir a Dublín para la pantomima. Decía que se iba a casar pero que todavía no podía decirme con quién. No he sabido nada más desde entonces. Le he escrito varias veces, pero me han devuelto las cartas. No sé con quién se habrá casado. Con el barón no creo. No le gustaba nada. Estaba con él porque le pagaba bien. En parte era por eso, pero también porque decía que no tenía más remedio que hacer lo que le decía él. Decía que la hipnotizaba de verdad y que veía mientras dormía. No vivía con el barón como si fuera su mujer. Solo era su médium. Si lo hubiera hecho me lo habría contado. Estoy segura de que me lo habría contado. Estoy segura de que nunca hubo nada entre ellos, más que lo que ya he dicho. Claro que no puedo jurar que no se casara con él, pero me parece muy poco probable. ¿Por qué iba a casarse con él si tanto le desagradaba? Todo esto es verdad. Creo que el signor Leopoldo está en el extranjero.

(Firmado)

JULIA CLARK, ALIAS JULIE

Leído a la firmante y firmado por ella en presencia de William Burton, juez de paz, a 2 de agosto de 1857.

4. Declaración de Leopoldo

Nota bene: Tras superar algunos obstáculos —y solo bajo promesa expresa de inmunidad ante cualquier procedimiento legal—, se presenta la siguiente declaración sobre la relación del que suscribe con la niña Rosalie, alias Angelina Fitz Eustace, alias la Niña Prodigio, alias Charlotte Brown. A la declaración acompaña la siguiente nota:

El signor Leopoldo, actor, etc., etc., etc., presenta sus respetos al señor R. Henderson y, sabiendo que es cierto que «a lo hecho, pecho», tengo el honor de remitir la información solicitada confiando en que no guarde la promesa para nuestro oído y la quebrante para nuestra esperanza,^[13] y así se abuse de mi leal sinceridad

Señor, su más humilde servidor,^[14]

(Firmado)

THOMAS ROGERS

Declaración del signor Leopoldo, actor; profesor de esgrima y elocución; artista ecuestre, acróbata y funámbulo; propietario y director único del Gran Circo Olímpico, etc., etc., etc.

Yo, signor Leopoldo, actor, etc., etc., etc., por la presente depongo y declaro que la niña Charlotte Brown, popularmente conocida como la famosa Niña Prodigio, me fue transferida y entró en mi famosa Compañía Olímpica en el mes de julio de 1837, en Lewes (condado de Sussex), donde a la sazón se hallaba el famoso Circo Olímpico actuando con gran éxito y agotando las localidades. Y el que suscribe jura y dice que yo, el antedicho signor Leopoldo, actor, etc., etc., etc., por los servicios de la mentada Charlotte Brown, popularmente conocida como la famosa Niña Prodigio, pagué a la persona o personas que decían ser el padre o padres de la mentada Charlotte Brown, popularmente conocida como la famosa Niña Prodigio, un total de cinco libras (5 libras), y que dicha persona o dichas personas eran de la tribu popularmente llamada gitana o egipcia. Y el que suscribe jura y dice que yo, signore Leopoldo, actor, etc., etc., etc., no puede saber si la susodicha Charlotte Brown, popularmente conocida como la Niña Prodigio, era en realidad la hija de la persona o personas, gitana o gitanas, antedichas, ni si se llamaba Charlotte Brown ni ningún otro particular de los antedichos y depuestos, sino únicamente que su ropa llevaba las iniciales C. B., iniciales que significan y representan el nombre de Charlotte Brown.

Por nuestra mano lo firmamos a día cuatro de enero del año de gracia de mil ochocientos cincuenta y ocho.

(Firmado)

THOMAS ROGERS

5. Declaración de Edward Morris, funcionario de la sección de testamentos del Colegio-Residencia de Notarios

Me llamo Edward Morris. Soy funcionario de la sección de testamentos del Colegio-Residencia de Notarios y mi deber es ayudar a quienes desean consultar

testamentos depositados en nuestras oficinas. El 14 de octubre de 1854, el barón R. vino a la oficina y consultó varios testamentos. Uno de ellos era el del señor Wilson, cuya copia acompaño. Recuerdo ese testamento en particular porque tuve un altercado con el barón debido a su empeño en copiar algunos párrafos del documento. Quería hacer un resumen y le dije que estaba prohibido; solo podía copiar la fecha y el nombre de los testamentarios. Insistió y le dije que tenía que dar parte. Entonces se echó a reír y dijo que le daba igual; se dio un golpecito en la frente diciendo que tomaría nota mentalmente. Leyó algunos párrafos dos o tres veces y me lo devolvió. Y entonces dijo: «Ahora verás, amigo mío», y volvió a reírse, y tuve que seguir el texto mientras él repetía varias páginas del testamento de memoria. Cuando terminó, se rio de nuevo y me preguntó si ya podía copiarlo. Le dije que no, y volvió a reírse; se puso a escribir un rato en una libreta y de vez en cuando me miraba y se reía. Me enfadé porque se reía y también porque me retenía allí y yo quería irme. Tenía permiso para irme una semana a la isla de Wight a ver a mi tía. Quería llegar esa misma noche, porque el día siguiente era mi cumpleaños. Perdí el tren por su culpa y, como el día siguiente era domingo, llegué tarde. Por eso me acuerdo de la fecha. Y del año me acuerdo porque mi tía acababa de ir a la isla de Wight el noviembre anterior y murió en la primavera de 1855. Estoy seguro de que era el barón. Lo reconocería en cualquier parte. Es un hombre de baja estatura, fornido, con la piel de un color subido y pelirrojo bastante claro. Tiene las manos grandes y gruesas, blancas, cuidadas, y una cabeza inmensa. Viste de negro y lleva unas gafas grandes de color azul claro. No creo que sea porque tenga la vista débil. De eso estoy convencido, porque, cuando se quita las gafas, se le ven los ojos más extraordinarios del mundo. No puedo describirlos, solo que son muy grandes y brillantes. No tuve ocasión de vérselos lo suficiente para averiguar el color, pero eran muy oscuros, negros, creo, y lo dejan a uno sin respiración cuando los mira; por lo demás, no tenía nada especial. Aquel día lo reconocí cuando le pregunté su nombre porque lo había visto antes en una conferencia sobre hipnosis.

6. Memorándum del señor Henderson

Acompaño a la presente testamento completo del cual lo siguiente es resumen:

El señor Wilson, de la empresa Price & Wilson, Calcuta, que murió en 1825, deja la cantidad de 25.375 libras en bonos del Estado al tres por ciento a su sobrina Gertrude Wilson (de casada, lady Boleton) y a sus hijos, si los tuviere, o a sus herederos en línea sucesoria, tanto si son hembras como varones. En ausencia de dichos herederos, el dinero se devolverá a los fideicomisarios que designe, de entre los principales mercaderes de Calcuta, el gobernador general de la India en ejercicio, con el propósito de fundar, con ciertas condiciones, una institución en las montañas para los hijos de quienes no pudieren permitirse devolverlos a Inglaterra.

El testamento también especifica que, si la heredera fuere mujer y muriera estando casada, el marido se quedaría con un interés vitalicio del capital.

SECCIÓN III

1. Extractos del diario de la señora Anderton

13 de agosto de 1854. Ya estamos aquí por fin, en Notting Hill. Jane se ríe de nosotros por venir a la ciudad precisamente cuando todo el mundo se va; pero en mi opinión, y estoy segura de que también en la de mi querido William, esta es la época más agradable para nosotros. Pobre Willie, cada vez le afecta más lo que pueda decir cualquiera de él y está muy triste y preocupado por la discusión sobre el viaje a Dresde. Mañana, el nuevo maestro. ¿Cómo será?

14 de agosto. Conque ¡así es el nuevo maestro! Creo que en mi vida me había asombrado tanto. ¡Que ese hombre bajito y gordezuelo sea el hipnotizador más poderoso de Europa...! Y la verdad es que es poderoso, porque no había terminado de hacerme el primer pase cuando noté un destello en todo el cuerpo. Además, tiene un no sé qué, cuando se le ve más de cerca, que me confunde mucho. Lo cierto es que no es el hombre común y corriente que parece, aunque no sabría decir por qué estoy tan segura.

25 de agosto. Ahora estoy muy satisfecha. ¡Cómo pude pensar que el barón era un hombre común y corriente! Lo cierto es que a primera vista no parece lo que es. Es un hombre con el que no me gustaría discutir. Me da la impresión de que no tendría mucho reparo en matar a cualquiera que lo ofendiera o se interpusiera en su camino. ¡Con qué tranquilidad cuenta esos experimentos horribles que se hacen en las escuelas de medicina y las torturas que infligen a los pobres pacientes de los hospitales! Willie dice que todo eso son tonterías y que los médicos siempre hablan de ciencia; pero este hombre tiene algo diferente, lo noto, no sé por qué. Pero su tratamiento me sienta muy bien.

1 de septiembre. Cada vez estoy mejor, pero no puedo evitar esta sensación tan rara y cada vez más fuerte que me produce el barón. No hay duda de que es un hombre extraordinario. ¡Con qué contundencia pone la mano sobre cualquier cosa, aunque solo sea un momento! Y ¡con qué soltura parece despreciar cualquier cosa que se cruce en su camino! Esta mañana, estaba yo en la ventana cuando le vi llegar, y me asusté mucho al ver que casi lo arrollan. Pero no tenía por qué haberme asustado, porque mi caballero sencillamente siguió andando sin apresurarse, mientras que el pobre caballo se sobresaltó tanto que casi fue a parar al otro lado de la calle. ¿Le vería los ojos, esos ojos verdes tan asombrosos, y por eso casi se desboca? Porque ¡qué ojos tiene! Es difícil vérselos, pero cuando se los ves... ¡Ay!

A pesar de todo, su tratamiento me sienta muy bien.

11 de septiembre. Bien, hemos acordado que el barón no volverá a hipnotizarme directamente. ¿Lo siento o me alegro? Sea como fuere, espero que la gente deje de molestar a mi pobre William...

13 de septiembre. Primer día de mademoiselle Rosalie. Parece bastante simpática; pero me resulta raro estar tumbada en el sofá mientras hipnotizan a otra persona en mi lugar.

15 de septiembre. Este nuevo plan empieza a hacer efecto. Tengo la impresión de que la hipnosis me afecta más incluso que cuando el barón me la hacía a mí directamente, y de esta forma disfruto de todas las ventajas sin tener que soportar las desventajas. Es delicioso. Hoy he echado un vistazo a mis diarios de Malvern. Parece mentira que al principio esto me gustara tan poco y que ahora no pueda vivir sin ello.

29 de septiembre. Creo que pronto podremos prescindir completamente de los servicios del barón. Estoy segura de que Rosalie y yo nos las arreglaremos muy bien solas. ¡Qué maravilloso es esto de la hipnosis! ¡Es increíble que el simple roce de la mano de otra persona quite todos los males y sane y fortalezca tanto! La verdad es que si no hubiera llevado siempre un diario, tendría muchas ganas de hacerlo ahora, para tener un recuerdo de los efectos maravillosos de este remedio tan extraordinario. Esta mañana me levanté con un dolor de cabeza muy fuerte. Sin ganas de desayunar. Ojos cargados, pulso débil. El pobre William ya no sabía qué hacer, cuando, ¡mira qué bien!, llegaron mademoiselle Rosalie y el barón. El caballero hace un par de pases, la señorita me pone en la frente su mano de mono, pequeña y seca, y ¡presto!, el dolor de cabeza desaparece y enseguida pido chocolate y tostadas.

30 de septiembre. Día gris. Dolor de cabeza otra vez esta mañana; estaba mirando ansiosamente por la ventana con la esperanza de ver aparecer a mi «buen angelito» de pelo castaño cuando entra el barón y me dice que no puede venir, que ha pasado toda la noche en vela con una señora moribunda y está tan agotada que teme que me haga más daño que beneficio. Seguro que ella no está tan agotada como yo, pobrecita. Pero la verdad es que, a pesar de la satisfacción de hacer tanto bien, ¡qué vida la suya!

1 de octubre. Rosalie ha vuelto. Fin del dolor de cabeza. Todo brilla, como el sol de octubre en la calle. Le he cogido mucho aprecio a esta muchacha. ¡Cuánto me gustaría que hablara algo más que alemán! [...]

4 de octubre. Esta pobre muchacha me está calando en lo más hondo de una forma extraordinaria. Empiezo a soñar con ella por la noche [...].

6 de octubre. Otra vez dolor de cabeza esta mañana, y recado de Rosalie, que no puede venir. ¡Qué fastidio que todo pase al mismo tiempo! [...]

12 de octubre. Creo que no tardaré en saber cuándo trabaja demasiado la pobre Rosalie. Otra vez dolor de cabeza hoy, y tenía el presentimiento de que no podría venir [...].

20 de octubre.^[15] Y ahora el barón nos va a dejar. Bien, me alegro de verdad de poder prescindir de él tan fácilmente. Hoy vino Jane Morgan y, claro, reírse de la hipnosis no favorece. De todos modos, no pudo negar que me encuentro muchísimo mejor; y así es, menos el dichoso dolor de cabeza, que siempre me ataca cuando la pobre Rosalie está muy cansada y no puede quitármelo; lo cierto es que estoy fuerte y sana.

31 de octubre. Evidentemente, algo malo pasa entre la pobre Rosalie y el barón. Se nota que ha llorado; y yo estoy igual: como si hubiera llorado, pero supongo que será por empatía. Muy poco satisfecha con la sesión de hoy. Es como si la pobre Rosalie me hubiera pasado parte de su depresión. ¡Ay, si hablara inglés o yo hablara alemán! Porque podría averiguar qué es lo que le pasa. A lo mejor pierde el trabajo cuando se marche el barón. Nota: preguntárselo a él mañana.

1 de noviembre. No. Dice que, por supuesto, irá con él a Alemania y «espera que a ella le siente bien». ¿A qué se referirá? Dice que Rosalie se encuentra muy bien, pero hace insinuaciones misteriosas, como si le pasara algo muy malo. ¡Cuántísimo me gustaría hablar alemán!

3 de noviembre. La misma tirantez entre el barón y Rosalie. Estoy segura de que pasa algo y de que ella quiere contármelo, pero teme al barón. Es curioso que nunca nos deje a solas, la verdad. Nota: Pedir a William que mañana nos lo quite de en medio un ratito, aunque no sé de qué servirá, porque no tenemos forma de entendernos [...].

4 de noviembre. ¡Qué día memorable! Estoy muy cansada por la emoción, pero no quiero acostarme hasta consignarlo todo en el diario. En primer lugar, ha sido la última vez que veo a Rosalie, al menos, hasta que vuelvan del continente. No puedo dejar de darme cuenta de que a William no le disgusta mucho que ella se vaya. ¡Pobrecito mío! Creo de verdad que está bastante celoso de mis extraordinarios sentimientos por ella. Y en realidad es extraordinario que una mujer que lleva una vida tan diferente y de la que no sé nada me haya calado tan hondo. Supongo que se debe a la hipnosis, que es una cosa muy misteriosa, desde luego. De ser así, he tenido muchísima suerte de que no me pasara con el barón. ¡Puaj! Ahora empiezo a entender de verdad las objeciones que me parecían tan tontas y pesadas hace tres o cuatro meses, antes de que llegara Rosalie. Y, sin embargo, a fin de cuentas, no creo que a pesar de la hipnosis o lo que sea haya que temer que le coja demasiado aprecio al barón. Es más comprensible tenerle miedo. Rosalie se lo tiene, es evidente, y, a decir verdad, yo también, un poco, porque, si no, hoy no me habría afectado tanto su actitud. Hoy era la última «sesión» con Rosalie y estaba dispuesta a deshacerme de él un ratito para ver si podía entenderme un poco con ella. Llegaron a las dos, como de costumbre y, como no quería perder la oportunidad, había convencido a mi querido William de que se quedara esperando en su estudio y llamara al barón cuando pasara por delante, con la esperanza de que Rosalie llegara sola a mí. Pero ha sido inútil, porque el barón plantó su rechoncha figura entre ella y las escaleras y, cuando —creyéndome tan lista— la llamé desde arriba y le dije que subiera, él lo utilizó como excusa para dejar a mi pobre William y subir directamente delante de ella. Me fastidió tanto que casi pierdo los modales. Bueno, naturalmente, el barón tenía muchísima prisa y nos pusimos a trabajar sin demora en la hipnosis. Cuando terminamos, los dos procuramos entretenerlos con un poco de conversación, y le hice señas a William para que se llevara al barón a otra parte. Estaba poniéndome nerviosa y no paraba de repetir mentalmente las dos palabras de alemán que me había enseñado Jane Morgan a propósito por la mañana. Pero dio igual y empecé a ponerme muy nerviosa. Y estoy segura de que Rosalie entendía lo que quería yo, porque ella también empezó a inquietarse, y eso me puso más nerviosa todavía. Al final, el barón dijo que tenía que irse y se levantaron los dos para despedirse. William habría desistido, pero dice que lo miré con una expresión tan implorante que no lo pudo resistir y, con otro esfuerzo, le dijo al barón si podía acompañarlo un momento a su estudio para hacerle una consulta. Dijo que no, que no tenía tiempo, pero que respondería a lo que necesitara allí mismo. Entonces, William me pidió que me fuera con Rosalie a la salita de al lado, pero el barón tampoco lo consintió, aunque, riéndose, dijo que no confiaba en la discreción de

una dama, pero que, si dejaba a Rosalie con ellos, no entendería una sola palabra de lo que se dijera. Tampoco funcionó esta vez, y, por último, William, con más presencia de ánimo y determinación de las que me habría imaginado en él, lo agarró por el ojal de la solapa y se lo llevó inmediatamente hasta la ventana del fondo, y empezó a hablar con mucho interés en voz baja para distraerlo. Supongo que era porque sabía que se trababa de una estratagema, pero el caso es que el corazón me latía muy deprisa cuando solté las dos palabras: «*Gibst' was?*^[16]», y vi que a ella le pasaba lo mismo. Le sorprendió que le hablara en alemán y, desde luego, a mí me pasó otro tanto cuando vi que me contestaba en inglés, con cierto acento, bien es cierto, pero en inglés llano: «Haga como si no le hablara. Soy...», y se calló de repente y se puso muy pálida, y ¡a mí se me fue toda la sangre al corazón en un solo latido! Levanté la cabeza y vi que el barón nos miraba fijamente. La pobre Rosalie se asustó muchísimo y declaro que yo también. Fuera como fuere, ninguna de la dos volvió a atreverse a decir una palabra, y al cabo de un momento el barón consiguió quitarse de encima a mi pobre William y marcharse. Y así termina mi pequeño romance con Rosalie. Estoy segura de que le pasaba algo. Porque ¿para qué se iba a molestar en aprender un poquito de inglés si no tenía nada que decirme? Y ¿por qué...? Pero no puedo quedarme aquí toda la noche dándole vueltas a una cosa que, al fin y al cabo, me atrevería a decir, no es nada. Ya son las doce de la noche.

6 de noviembre. ¡Qué raro! Desde luego, Rosalie y el barón ocultan algún misterio. Estoy segurísima de que esta mañana los he visto juntos en un coche de alquiler, pero zarpaban el sábado por la noche y llegaban a París ayer. Quizá al final se les hizo tarde, aunque al puente de Londres se llega de sobra en una hora y media y, si hubieran perdido el tren, supongo que ayer habrían venido aquí. En cualquier caso, podían haberse ido esta mañana temprano. Es muy raro [...].

7 de noviembre. No creo que haya habido en el mundo un marido como el mío. Ayer se le ocurrió preocuparse pensando en lo inquieta que estaría yo por haberme quedado sin hipnosis... ¡Como si me importara algo perder cualquier cosa, teniéndolo a él conmigo! Así que no se conformó hasta que se le ocurrió que fuéramos los dos a Haymarket a ver *Paul Pry*^[17] y a los bailarines españoles. Hacía muchísimo tiempo que no me reía tanto. No me gusta ese baile tan violento, así que salimos enseguida, nada más terminar la absurda y breve farsa *Cómo pagar el alquiler*. ¡Cuánto nos reímos con ella y con las tonterías del monito Clark! Wright también está inimitable en *Paul Pry*. Mi querido William, ¡qué bueno es conmigo! [...]

5 de diciembre. Íbamos a ir otra vez al teatro cuando llegó la noticia de la enfermedad del pobre Harry Morton. Mi queridísimo William: ¡qué bueno es con todo el mundo! Y tan dispuesto. Si algo le toca el corazón o el honor, ni el propio duque reaccionaría tan rápidamente y con tanta resolución. La noticia llegó cuando estábamos vistiéndonos, y mañana vamos a Nápoles a ver al pobre señor Morton, a cuidarlo un poco.

6 de diciembre. No hay otro como Willie. Después de la prisa que nos hemos dado para prepararlo todo, no ha querido que embarcáramos con tan mala mar. Hemos alquilado dos habitaciones pequeñas por días, porque Willie no soporta los hoteles, con tanta gente, y seguro que yo tampoco, y vamos a esperar aquí hasta que el tiempo mejore lo suficiente para embarcar.

9 de diciembre. Seguimos aquí; pero en las últimas tres horas el viento se ha calmado casi por completo y espero que podamos embarcar mañana por la mañana. Mi querido William está muy preocupado; lo convencí para que me llevara a una conferencia y, cuando estábamos allí, el viento se calmó y estamos haciendo el equipaje desde entonces. ¡Las doce! Y William me está llamando. Tengo que dejar de una vez esto del señor... ¡Dios del Cielo! ¿Qué pasa? Me encuentro mal... muy mal...

2. Declaración del doctor Watson

Me llamo James Watson y soy médico desde hace unos treinta años. En 1854 ejercía en Dover. La noche del 9 de diciembre de ese año me avisaron con urgencia para que fuera a ver a una tal señora Anderton, que se había indispuerto repentinamente al volver de una conferencia en el salón del Ayuntamiento, a la que asistía acompañada de su marido. Trajo el recado una criada de la casa en la que se alojaban. En el camino hacia la casa, la criada me dijo: «La señora está agonizando y el pobre señor no sabe ni lo que hace». Cuando llegamos a la casa, el señor

Anderton sostenía a su mujer en brazos. Parecía muy alterado y gritaba: «Por el amor de Dios, dese prisa... ¡Creo que ha contraído el cólera!».

[*Nota bene:* El siguiente párrafo de la declaración del doctor Watson, íntegramente dedicado a los síntomas de la señora Anderton, aunque se excluyen algunos detalles y otros se describen con terminología no médica dentro de lo posible, solo interesará al profesional de la medicina y resultará desagradable para el profano. Por lo tanto, puede pasarse por alto, teniendo en cuenta simplemente que los síntomas son los que se observarían en un caso de envenenamiento por antimonio.]

La señora Anderton estaba en el sofá de su tocador, semidesnuda y envuelta en dos o tres mantas, pues parecía temblar de frío. En la habitación ardía un buen fuego, pero a pesar del fuego y las mantas, tenía las manos y los pies helados. Pregunté al señor Anderton por qué no la habían llevado a la cama, a lo que respondió que había estado en la cama hasta hacía unos pocos minutos, pero de pronto empezó a vomitar con tanta violencia que no habían podido volver a moverla. Casi nada más llegar yo se presentaron los mismos síntomas otra vez, aunque parecía que ya no le quedaba nada en el estómago. El nuevo acceso continuó con incesante violencia más de una hora, a pesar de que ya no tenía nada en el estómago, acompañado por otros trastornos internos y fuertes calambres, tanto en el estómago como en los brazos y piernas. Inmediatamente mandé a un criado a mi casa a buscar una bañera portátil que casualmente había alquilado para mi mujer y, tan pronto como la trajeron, metimos en ella a la señora Anderton, a una temperatura de 36°, tras añadir previamente 340 gramos de mostaza. Mientras esperábamos a que prepararan el baño, le administré treinta gotas de láudano en una copa de vino llena de brandy caliente y agua, pero los síntomas, lejos de mitigarse al menos, continuaron casi sin tregua. Además se añadieron fuertes dolores y una considerable hinchazón del «epigastrio». La siguiente dosis de opio tampoco dio resultado ni se apreció mejoría en los síntomas que producen el ácido prúsico y la creosota. Al sacar a la paciente del baño caliente, la colocamos cuidadosamente en la cama y poco después empezó a transpirar en abundancia, pero sin alivio de los síntomas anteriores.

[Aquí retoma el relato.]

Entonces empecé a sospechar que había ingerido alguna sustancia nociva, sobre todo porque, hasta el momento en que comenzaron los síntomas, la paciente gozaba

de una salud extraordinaria. A continuación hice un examen pormenorizado para comprobar si se detectaba presencia de arsénico y, con ayuda del señor Anderton, inicié una búsqueda exhaustiva para ver si había en la casa algún preparado que contuviera dicho veneno irritante o cualquier otro. Sin embargo, no hallamos nada semejante, ni las pruebas que a la sazón estaba en condiciones de aplicar dieron resultado alguno que confirmara mis sospechas. Hay que destacar que, habida cuenta de todo esto, era imposible que fuera un caso de envenenamiento deliberado, porque la entrega y el cariño del señor Anderton por su mujer queda fuera de toda duda y las personas de la casa no la conocían de nada. Otro dato concluyente en contra de esta suposición es el tiempo transcurrido desde la última ingesta de alimento. La señora Anderton había cenado a las seis de la tarde y, entre dicha hora y las doce de la noche, cuando le sobrevino el ataque, no había comido nada más que una galleta y una copa de jerez con agua, cuyos restos se encontraban en la mesa del tocador cuando llegué. Desde ese momento, recogí muestras de todo, así como de los restos del jerez con agua, y los mandé a analizar a un químico científico, sin resultados positivos. Por lo tanto, la única conclusión posible era que los síntomas se debían a causas naturales, aunque desconocidas. Tal vez cogiera frío de repente al salir de un sitio caliente al aire nocturno, aunque esto no concordaba con la circunstancia de que no se quejara de frío ni una sola vez en el largo trayecto hasta casa ni con la de que, cuando le sobrevino el ataque, estuviera tranquilamente en su tocador escribiendo su diario, como de costumbre. Otra circunstancia sospechosa, que ella misma manifestó después, era que notó un fuerte sabor metálico en la boca, síntoma que a veces ocasiona, junto a los otros que concurrieron en su caso, la administración de dosis excesivas de antimonio en forma de tártaro emético. No obstante, nunca se le había prescrito dicha medicina ni existía la menor posibilidad de que hubiera podido ingerirla por error. Con todo, a petición del señor Anderton, le administré los remedios que se aplican en estos casos, como vino de Oporto, infusión de corteza de roble, etc., pero le hicieron tan poco efecto como los anteriores. Lo cierto es que la irritación extrema del estómago, que todo lo rechazaba en cuanto la paciente lo tragaba, impedía que los remedios ejercieran todo su efecto. En tales circunstancias, no intenté repetir la administración de las medicinas ni probar con ninguna otra, y me limité a prescribir, cuando la irritación del «epigastrio» remitiera un poco, un tratamiento que ha dado buenos resultados en ocasiones similares y que consiste en administrar agua de seltz a cucharaditas, una cada vez. El estómago suele aceptarla cuando rechaza todo lo demás, y el presente caso no me decepcionó. Una hora después de empezar este tratamiento, la violencia anterior de los síntomas empezó a remitir, y

el día siguiente por la tarde el caso se redujo a una gastroenteritis común, aunque fuerte, que entonces empecé a tratar como de costumbre. Estos últimos síntomas también remitieron mucho antes de lo que esperaba, aunque la paciente se sumió en un acusado estado de postración y experimentaba sudoración nocturna muy copiosa. Entonces empecé a administrarle tónicos y recurrí, aunque con gran precaución, a una dieta más vigorizante. La paciente siguió mejorando, aunque la sudoración continuaba, y no se puede decir que se hubiera recuperado completamente del grave episodio sufrido cuando, en el mes de abril de 1855, se trasladaron a Dover por recomendación mía para cambiar de aires. No he vuelto a verla desde entonces. Me es imposible achacar el ataque que sufrió a alguna causa que no sea el frío, pero reconozco que es una hipótesis que se apoya únicamente en que no encontré ninguna otra.



Quando llegamos a la casa, el señor Anderton sostenía a su mujer en brazos. [...]. La señora Anderton estaba en el sofá de su tocador, semidesnuda y envuelta en dos o tres mantas, pues parecía temblar de frío.

3. Extractos del diario de la señora Anderton (continuación)

20 de enero de 1855. Por fin vuelvo a mi buen amigo marrón.^[18] Querido mío, ¡qué placer volver a verte la cara! Aunque hoy hay muy poco que contar; solo un par de palabras para decir que ya ha pasado todo. ¡Ay, qué paciencia se necesita!

25 de enero. Es el cumpleaños de mi querido marido y, gracias a Dios, ya puedo comer otra vez con él. ¡Ah, qué amable ha sido todas estas semanas agotadoras de inquietud e impaciencia! ¿Por qué el sufrimiento nos hace tan irritables? Bien sabe Dios que he sufrido. Aquella noche horrible creí que moriría. El simple recuerdo me da escalofríos. Y además, aquel sabor horrible, de plomo, de muerte... ¡era lo peor! Bien, gracias a Dios ahora estoy mejor, aunque muy débil. Me canso incluso de escribir estas cuatro líneas [...].

12 de febrero. ¡Qué débil estoy todavía! Por primera vez, hoy he salido a pasear por el muelle con mi querido William, pero casi no habíamos llegado al final y estaba tan cansada que he tenido que sentarme, mientras el pobre William iba a buscar una litera para llevarme a casa.

13 de febrero. Hoy me he sobresaltado bastante. Estaba contándole al doctor Watson lo cansada que estaba ayer, lo débil que me encuentro todavía y lo enferma que había estado [...] y por fin se le escapó que, en aquel momento, había llegado a pensar que me habían envenenado. Me asusté mucho, y entonces intentó cambiar de conversación, pero yo no podía dejar de pensarlo y volvía sobre ello una y otra vez y me preguntaba quién podía querer envenenar a esta pobre mujer. Y seguimos hablando; y, al final, el doctor Watson dijo una cosa que insinuaba que al principio había sospechado de... ¡William! ¡Mi querido William! ¡Mi preciosísimo marido! ¡Ah! Creí que me ahogaba en ese instante. No sé lo que dije, pero sé que no pude haber dicho gran cosa, y el pobre William intentó pasarlo por alto riéndose y dijo: «¿Qué otra persona podía sacar provecho de algo así? ¿Acaso no me quedaría yo con esas miserables 25.000 libras? Y, aparte de mí, no hay nadie más que la institución benéfica de la India, pero ellos no pueden haberlo hecho, porque la institución no existirá hasta que desaparezcamos nosotros»; pero vi que se estremecía solo de pensarlo y tuve la sensación de que me hervía la sangre en las venas. Y después, ese hombre —¡ah, cuánto me alegraré cuando lo perdamos de

vista otra vez!— intentó convencerme de que en realidad no lo había pensado. ¡Desde luego que no! Y enseguida comprendió que era imposible y bla, bla, bla; y al final casi rompí a llorar de rabia y me fui corriendo de la sala. Y... y... me echaría a llorar ahora mismo solo de pensar en que se digan esas cosas de mi queridísimo William... Y me echaré a llorar, seguro, si sigo pensando en esto, así que ya no escribo más esta noche.

15 de febrero. Nada de diario ayer: no sé si podré escribir. Y a mi pobre Willie, aunque intentó reírse, la acusación lo hirió profundamente, lo sé. ¡Cielo santo, si a ese hombre se le llega a ocurrir denunciarlo! Se habría muerto del disgusto. Lo sé a ciencia cierta, y además preferiría morir mil veces. Bueno, tengo que dejar de pensar en eso. Solo quiero dar gracias a Dios una vez más, porque ya pronto nos iremos.

7 de abril. ¡En casa otra vez, gracias a Dios! Pero qué lento, ¡qué lento es esto que llaman convalecencia! ¡Ay! ¿Algún día volveré a estar tan bien como el año pasado, antes de aquel día horrible en Dover?

3 de mayo. Bien, vamos a irnos de Inglaterra una temporada, a Alemania, a probar los baños. Casi lo agradezco. Es que he tomado mucho cariño a esta casita lujosa, aunque no sé por qué. Es una cosa tan increíble y caprichosa como el cariño que le tomé a Rosalie. ¡Ah, pobre Rosalie! ¿Dónde estará y cuándo volverá? No sé por qué, pero sigo pensando que era una buena influencia para mí. Pero, como iba diciendo, aunque le he cogido mucho cariño a esta casita, me alegro mucho de ir a otra parte una temporada, a ver si el cambio de aires me sienta bien. Si por lo menos se me pasaran estos sudores insoportables por la noche... Por su culpa me quedo sin fuerzas, tan débil y apagada. ¡Ay! Daría lo que fuera por volver a estar bien, aunque solo fuera para olvidar aquella vez para siempre.

7 de julio. Sanos y salvos en Baden Baden; y muy pronto todavía para la avalancha de ingleses juerguistas. ¡Qué sitio tan bonito! Afirmo que ya me encuentro mucho mejor...

11 de septiembre. Casi estoy bien del todo. Conversación bastante agradable hoy con mi querido Willie sobre el tonto del doctor Watson; primera vez que hablamos del tema entre nosotros, desde aquel día, cuando me enfadé tantísimo. Pobre hombre, ni siquiera valía la pena montar en cólera contra él. Hoy nos hemos enterado de que ha cometido un error terrible en el sitio nuevo al que ha ido y que,

por falta de práctica, ha matado a una pobre anciana. Eso fue lo que nos llevó a hablar de su manía con el veneno y ¡ah, qué bien! Cuánto me alegré al ver que mi querido Willie ya lo ha superado. Estuvimos bastante rato hablando y, al final, me prometió no volver a decir a nadie nunca más ni una palabra sobre la cuestión.

10 de octubre. De nuevo en casa por fin, en nuestra preciosa casita. Y me encuentro otra vez tan bien y tan fuerte como hace un año. Y mi querido William también. ¡Qué contento está! Parece que la sombra ha pasado ya. Quiera Dios que no vuelva.

30 de octubre. Día lleno de acontecimientos. Toda la mañana en Crystal Palace, y nada más volver a casa, ¿quién aparece de pronto? Ni más ni menos que ¡el barón R.! Hace justo un año que se marchó, pero no ha cambiado un ápice. No creo que este hombrecito bajo y cuadrado, de rostro bermejo e impenetrable y manos grandes y blancas, cuyos asombrosos ojos verdes son difíciles de ver, pero cuando los ves siempre desearías no haberlos visto, pueda cambiar algún día. Me temo que no lo traté con mucha cordialidad. Y debería, porque me ha ayudado mucho; pero, cuando lo vi, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Mi querido William se dio cuenta y me preguntó si me encontraba mal, pero me eché a reír y le dije: «No, es que alguien ha pasado por encima de mi tumba^[19]», y, sin poder evitarlo, creí ver que al barón se le ponían los labios blancos; también capté una mirada de esos ojos terribles que parecía que me leyeran hasta el último pensamiento. Aunque, por otra parte, tal vez todo fue cosa mía, porque al momento se puso a hablar con su voz grave y serena como si nada pudiera inquietarlo jamás. Así pues, Rosalie no volverá. Esto está claro se mire como se mire, aunque no entiendo bien qué es lo que le ha pasado. Por lo que sé, parece que la pobre muchacha casó con mala fortuna, y eso debía de ser el malestar que había entre ellos el año pasado, cuando se marcharon. El barón insinuaba algo peor aún, pero no quiso hablar abiertamente y era imposible arrancarle una palabra más que no quisiera decir. Pobre Rosalie, espero que no le haya pasado nada malo.

1 de noviembre. Otra visita del barón, que viene a despedirse antes de volver... ¡con su mujer! Qué raro me parece que no supiéramos nada de ella hasta ahora, y tampoco ahora sabemos si estaba casado antes o si se ha casado recientemente. La verdad es que este hombre es muy misterioso, y precisamente ahora le da por hablar en enigmas. Sin embargo, no admite que nosotros respondamos con evasivas. Creí que nunca terminaría de interrogarnos al pobre William y a mí sobre mi última recaída, pero al final me sacó —a mí, no a William, querido mío— lo

que había dicho el tonto del doctor Watson. De todos modos, no me arrepiento de habérselo contado, porque fue un alivio oírle decir con tanta rotundidad que eso era absurdo, y estoy segura de que a William también lo alivió. El barón se expresó con mucha firmeza sobre los peligros de insinuar semejantes ideas, y sobre todo advirtió a mi querido William de que no se lo contara a nadie. De todos modos, sé que él jamás se lo contaría a nadie, pero así se habrá quedado más tranquilo.

3 de abril. ¡Qué día tan agradable y qué cansada estoy! Nunca había visto Richmond tan precioso; mi querido William y yo hemos disfrutado muchísimo en ese parque tan bonito. Pero ¡ay, qué dormida estoy! Ni una palabra más.

5 de abril. Otro día precioso: toda la mañana paseando por el parque de lord Holland y, por la noche, un poco de música en nuestro querido saloncito. ¡Qué contenta, contentísima...! ¡Dios mío! ¿Qué pasa? Otra vez ese horrible sabor metálico, y ¡ay!, qué mal me encuentro...

6 de abril. Gracias a Dios, parece que el ataque ha pasado. ¡Ay, qué miedo me da! Y gracias a Dios también porque he podido ocultar a William lo peor y no se ha enterado de lo horriblemente parecido que ha sido a la otra vez.

20 de abril. De nuevo este malestar horroroso, y lo que es peor... ¡ay, muchísimo peor!, este sabor a plomo. Hoy es peor que el otro día. Ayer no me moví de la cama. Mi pobre William está muy preocupado. Quiera Dios que no me vuelva a pasar.

6 de mayo. Otro ataque. ¡Que Dios me ayude! Si esto sigue así, no sé qué será de mí. Estoy cada día más débil. ¡Pobre Willie! ¡Qué mal lo ha pasado estos tres últimos días! De todos modos, el médico dice que se me pasará. ¡Dios lo quiera!

25 de mayo. Más malestar, más trastornos, más asqueroso sabor metálico. Hasta el médico está cada vez más desconcertado, y sé que William no para de pensar en lo mal que lo pasé hace un año. Gracias a Dios, hasta ahora he podido ocultarles, a él y al médico, este sabor asqueroso que tanto impresionó al doctor Watson. ¡Ay! ¿Cuándo acabará esto?

10 de junio. No puedo librarme de una sospecha horrorosa. ¿Qué puede significar? He repasado el diario y he comprobado que el ataque se repite cada quince días. El 5 y el 18 de abril, el 3 y el 21 de mayo, y ahora otra vez, el 7 de este mes. Y este horrible sabor metálico que tengo casi siempre en la boca; y con cada

ataque me debilito más y más. ¡Ay, Dios! ¿Qué puede ser?

26 de junio. Otros quince días: otro ataque. Aquí hay gato encerrado, no puede ser de otra forma. Pero ¿quién podría... quién haría una cosa así? Gracias a Dios, todavía puedo ocultar a mi pobre William el peor síntoma de todos, este sabor metálico horrible que ya no se me va de la boca en ningún momento. Mi precioso William, ¡qué tierno, qué bueno es conmigo! [...]

12 de julio. No podré soportarlo mucho más. Cada vez que se repite el ataque, me quita una parte de la poca, poquísima, fuerza que me queda. Que Dios me ayude, creo que tengo que irme [...]. Hoy ha venido el barón y a mi pobre niño se le iluminó la cara de esperanza un momento, un momento. Tuvo una larga discusión con el médico, hasta que consintió en consultar el caso con él, pero al final me han cambiado las medicinas. De todos modos, ha debido de pasar algo grave, porque nunca había visto al doctor Dodsworth tan serio.

1 de agosto. Creo que se acerca el final. El último ataque me ha debilitado como nunca, estoy escribiendo en la cama. Ya no me levantaré más de aquí. Mi pobrecito Willie [...]. Llevo tres días en cama, pero solo como de su mano.

17 de agosto. Creo que esta será casi la última vez que escriba en el diario. Dentro de quince días estaré tan débil que no podré sujetar la pluma... si es que todavía estoy aquí, claro.

5 de septiembre. Otro ataque. Es curioso cómo soporta el dolor este cuerpo agotado. ¡Ojalá todo hubiera terminado ya! Pero mi pobre, mi pobrecito niño [...]. Él también está muy cansado: no se aparta nunca de mi lado, ni de noche ni de día [...]. Como lo que me dan sus manos, pero ya no me sabe a nada... a nada más que a plomo [...].

27 de septiembre.^[20] Adiós, marido mío, mi amor, mi precioso William. Piensa en mí... No tardes en venir conmigo. Que Dios te bendiga... Que Dios te consuele... querido mío... mi amor.

[Con letra del señor Anderton.]

Mi amor murió este día.

12 de octubre de 1856

W. A.

SECCIÓN IV

1. Memorándum del señor Henderson

En el siguiente certificado^[21] verán que consta que la mujer es de «Acacia Cottage (Kensington)». La coincidencia de su nombre con el de la «médium» del barón, según declaración de Julie y Leopoldo, confirmó mi sospecha de que el barón se había casado en realidad con Rosalie, pero con ese otro nombre, aunque Julie opinara firmemente que ese matrimonio no era posible. Aun así, podía ser que, a fin de cuentas, se tratara de una simple coincidencia y, por lo tanto, hice las pesquisas que me parecieron más pertinentes para dilucidar la cuestión. Fue ardua labor la de encontrar la casa, que hace dos o tres años estaba integrada en la numeración ordinaria de la calle de viviendas similares en la que se encuentra; pero finalmente conseguí identificarla. La patrona era una mujer anciana y estaba bastante sorda; además le fallaba la memoria y en la primera visita no pude sacarle información alguna, únicamente que «ella había tenido muchos inquilinos y no creería yo que podía acordarse de todos». Sin embargo, en la segunda conseguí que me hiciera el favor de enseñarme los libros de registro y, al consultar los meses de octubre y noviembre de 1854, en el apartado de entradas encontré un pago de dos libras con cincuenta chelines a nombre de la señorita C. Brown, por tres semanas de alquiler, desde el 18 de octubre hasta el 8 de diciembre.^[22] Una hojeada más detallada a los libros me reveló que, en esos mismos días, el otro inquilino había pagado mucho dinero por la chimenea, mientras que la señorita Brown, a pesar de que ocupaba la sala de estar principal, no había encendido el fuego ni una sola vez en todo el tiempo que se alojó allí, aunque a principios de noviembre de ese año hizo mucho más frío que de costumbre. Invariablemente, había también otros pagos menores en los demás casos, pero no en el de la señorita Brown; y, al final, cuando le señalé estos detalles, la anciana consiguió recordar que las habitaciones las había alquilado un caballero para una señorita que iba a dar clases de dibujo. El caballero pagó tres semanas de alquiler por adelantado y le pidió que sobre todo reservara las habitaciones para la señorita, porque no sabía cuándo llegaría exactamente. También le rogó que, si se recibían cartas o recados a su nombre, se los remitiera inmediatamente a una dirección que le dio. Tras una profusa búsqueda, encontró dicha dirección, que resultó ser la tarjeta satinada que verán a continuación.

CERTIFICADO

1854 Matrimonio celebrado en la iglesia parroquial de Kensington, en el condado de Middlesex

N.º	Fecha	Nombre y	Edad	Estado	Cargo o	Residencia	Nombre del	Cargo o profesión del
-----	-------	----------	------	--------	---------	------------	------------	-----------------------

	apellidos	civil	profesión	padre	padre	
61 6 de noviembre de 1854	Carl Schawartz	Mayor de edad	Soltero	Windermere Vilas, Notting Hill Acacia Cottage	Carl Schawartz	Caballero
	Charlotte Brown	Mayor de edad	Soltera	Caballero	Desconocido	Desconocido

Matrimonio celebrado por el firmante en la iglesia parroquial según los ritos y ceremonias de la Iglesia oficial, previas amonestaciones, firmado

J. W. EDWARDS, B. A.

Los contrayentes: CARL SCHWARTZ y CHARLOTTE BROWN

Los testigos: THOMAS JONES y FREDERICK COLMAN

Este documento es una copia del que se encuentra en el registro matrimonial de esta iglesia. Doy fe con mi firma, a 7 de noviembre de 1854.

R. JOHNSON

2. Cartas y recados para la señorita Brown, para remitir inmediatamente a la atención de:

Barón R.

Oficina de Correos de Notting Hill

La anciana señora declaró asimismo que no había vuelto a ver al caballero y que a la señorita no llegó a verla nunca. Lo cierto es que, después de que le pagara, no volvió a saber nada de ninguno de los dos; y, como nadie había preguntado por la señorita Brown, se le había olvidado el incidente por completo.

Siendo todo esto suficiente para corroborar la identidad de madame R., el siguiente paso consistía en averiguar lo que hizo el barón entre el día en que se casó y la muerte de su mujer, que, como saben, acaeció en Londres unos dos años después; por otra parte, las pólizas de seguros, como recordarán, se contrataron a mediados de ese mismo período de tiempo. La información procurada por el doctor Jones, el profesional médico que firmó en sus oficinas el certificado del seguro de madame R., me dio la primera pista necesaria, y creo que en la siguiente declaración encontrarán pruebas en cualquier caso suficientes que justifican, si no corroboran por completo, las sospechas que me llevaron inicialmente a esta investigación. Lo cierto es que es una lástima que también ahora —igual que en el caso del señor Aldridge, cuya carta dio pie a mis primeras sospechas—, las pruebas que aporta esta testigo, que son de interés principal, seguramente tendrían poco peso ante un tribunal. A pesar de todo, es mi deber ponerlas a su disposición; y ahora, dejo que su declaración, así como otra más que he podido recoger, hablen por sí solas.

3. Declaración de la señora Whitworth

Me llamo Jane Whitworth. Soy viuda y me gano la vida alquilando apartamentos amueblados en Bognor (Sussex). La temporada alta en Bognor es cuando se celebran las carreras de Goodwood, pero en otoño e invierno viene muy poca gente. El 6 de noviembre de 1854, alquilé toda la última planta de mi casa a una señora y un caballero, que llegaron esa misma noche a una hora tardía. Dieron un nombre extranjero que no recuerdo. El apellido era raro, alemán o similar. Al principio no me lo dijeron, hasta que se lo pregunté yo. No sé si es que el caballero quería ocultármelo por alguna razón. Le dije que lo necesitaba para la factura, se echó a reír y me contestó que lo mismo daba, que valía cualquier nombre. Entonces le dije que qué hacía si llegaban cartas, y él dijo: «¡Ah, no, no llegará ninguna carta!», y siguió leyendo el periódico. Me fui abajo y, mientras bajaba las escaleras, tocó la campanilla y volví, y entonces me dio su apellido voluntariamente. Esto fue al final de la primera semana, cuando me puse a preparar la factura. Dijeron que

pensaban quedarse unas semanas. Fue el caballero quien lo dijo. La señora no intervino en el asunto y parecía muy apagada y muy temerosa de su marido. Llegué con él al acuerdo de que les cobraría treinta chelines semanales por el alquiler. Y podrían quedarse todo el tiempo que quisieran. Pero no la semana de las carreras, naturalmente. La semana de las carreras siempre está reservada. También llegamos a un acuerdo sobre el régimen de comidas. Tenía que darles de comer, a la señora, al caballero y a la criada, por dos libras con quince chelines a la semana. El vino, la cerveza y los licores aparte. No es lo que solemos hacer. A veces sí lo hacemos así, pero no muchas. El caballero dijo que era porque su mujer no se encontraba bien y no se la podía molestar. La criada la trajo él. Bueno, era una doncella. No venía con ellos. El caballero fue a buscarse una a Brighton. No es lo que se suele hacer, desde luego. Yo no lo había hecho nunca y así se lo dije. Me dijo que era muy exigente con sus criados. Y que jamás viviría en un sitio en el que los criados no dependieran directamente de él [...] y no pudiera despedirlos cuando quisiera. Le dije que eso no me gustaba [...]. No era normal. Dijo que lo sentía, pero que no podía alquilar el apartamento si no era así, y entonces dejé de discutir. Después bajó conmigo y me dio a entender que era cosa de su mujer. Al principio creí que ella no estaba bien de la cabeza. Lo creí por lo que me contó él. Le dije que me asustaba tenerla en mi casa, pero se echó a reír y dijo que no me preocupara. Entonces supuse que sería cosa del temperamento de la señora. Parecía que él se lo tomaba muy bien. Siempre fue amable conmigo. No sé cómo trataría a otras personas. Siempre me pagaba puntualmente y siempre me trataba bien. Es lo mejor que puedo decir de él. Fue a buscar a la criada unos días después de llegar. No es que yo despidiera a la mía, es que en esa época no tenía ninguna. Cuando terminó la temporada, no tenía muchas probabilidades de que llegaran nuevos inquilinos, así que despedí a mi criada y me las arreglaba yo sola. El caballero tuvo que conformarse con una asistenta hasta que encontró a la doncella. Fue a buscar una a Brighton. Yo le recomendé a dos o tres de Bognor, pero no le convencieron. La que encontró él era una chica de unos veinte años. Se llamaba Sarah no sé qué más. A mí no me pareció nada del otro mundo. A veces me daba la impresión de que el té y el azúcar se acababan muy rápido. Nunca la sorprendí cogiendo nada. Era muy callada y bien educada. Estuvo un mes con el caballero; casi un mes. La echó porque puso una dosis de medicina a la señora en el arruruz para que vomitara. La señora se puso mala de verdad. Creíamos que se iba a morir. Estaba malísima, tenía un cólera tremendo. Eso fue el 9 de diciembre.^[23] Me acuerdo por mis libros. El caballero mandó a comprar brandy y varias cosas más y está todo apuntado en mi libro. La mañana siguiente mandó a comprar otra cosa en la botica.^[24] Pero antes le había administrado él una medicina. No sé qué era. Tenía

muchas sustancias químicas y otras cosas. Las guardaba en un cuarto privado. Vino un médico a ver a la señora, pero no al principio. No vino hasta el lunes. Le dije que mandara llamar a un médico, pero me dijo que él era médico. La mujer siguió muy mala y el domingo por la noche se lo volví a decir. Me dijo que, si por la mañana no estaba mejor, mandaría llamar a uno. Yo quería que avisara al doctor Pesketh o al doctor Thompson, pero él no. Siempre he oído hablar muy bien de los dos. El doctor Pesketh tiene fama de ser de lo mejorcito. Pero ahora ya está muerto. El doctor Thompson también es muy bueno, pero puede que el doctor Pesketh tuviera más experiencia. No creo que el caballero los conociera de nada, a ninguno de los dos. Mandó llamar a un tal doctor Jones, que se alojaba en el Steyne. Creo que vivía en Londres. Mientras estuvo en Bognor cuidó a la señora. Se marchó al cabo de una semana. Solo estuvo quince días en total. El caballero supo de él por un amigo que tengo en el Steyne. Me pidió que me enterase de si había algún médico de Londres por aquí. Dijo que los médicos rurales no eran buenos. La señora mejoró, pero muy despacio. Estuvo enferma unas cuantas semanas. Cuando se recuperó lo suficiente, se fueron. Él era muy atento con ella. Nunca la dejaba sola ni un minuto. Pero ella no parecía quererle mucho. Creo que le tenía miedo, pero no sé por qué. La trataba con mucho cariño y con los mejores modales. A veces parecía que a ella le irritaban tantos buenos modales. Daba la impresión de que fuera a echársele encima. Pero nunca hizo nada. Era como si él siempre pudiera pararle los pies. No sé cómo lo conseguiría; no le decía nada, solo la miraba, que ya era bastante. Supuse que ella habría hecho algo malo y por eso la había llevado a Bognor, para quitarla de en medio. No sé exactamente por qué pensé eso. Era por cómo se llevaban entre ellos y por lo que me decía él. Nunca me dijo que ella hubiera hecho algo malo. Lo digo por las cosas que decía él. Yo hablaba muy poco con la señora. Me parecía muy desagradecida, con lo amable que era él. Además, casi nunca estaba sola. Solo una vez, cuando el caballero salió a comprar algo. Se quedó sola casi una hora. Estuvo un rato escribiendo. Me pidió papel y pluma para escribir, porque en la salita no había. Por lo general había de todo para escribir, pero el caballero había mandado retirar la escribanía. Dijo que seguro que se caería al suelo. Presté las cosas a la señora y me dio dos cartas para el correo. No me dijo nada, solo me pidió que las llevara al correo inmediatamente. Una era para Notting Hill. Me di cuenta porque una hermana mía vive allí; la otra era para un teatro. Me pareció que eso no estaba bien. Es mejor que no diga lo que pensé. Bueno, que debía de tener relación con alguien de allí. Indecorosa, seguro. La carta no iba dirigida a un hombre, sino a la señorita no sé qué, pero eso podía ser para disimular. Pensé que a lo mejor por eso trataba así a su marido. Me enfadé mucho. Las mujeres no tienen que meterse en

esos líos. Y menos todavía teniendo un marido tan bueno. Eso no se lo dije. No me fijé en la dirección hasta que bajé abajo. Guardé las cartas y se lo dije al caballero cuando volvió. Me parece que le molestó mucho. Cogió las cartas y me lo agradeció inmensamente. La carta dirigida al teatro la quemó en la chimenea sin abrirla siquiera. La otra, dijo que la llevaría él al correo. No sé si la mandó o no. Supongo que sí, claro está, porque aquella noche, cuando subí, vi que ella había llorado y no volvió a dirigirme la palabra nunca más. Hablaba inglés bastante bien. Cuando hablaba con el caballero, solía hacerlo en una lengua extranjera, pero sabía hablar inglés perfectamente. En cuanto a la joven Sarah, no sé qué sería de ella. Creo que entró de criada otra vez en Brighton. Sé que el caballero le dio una carta de recomendación. La trataba muy bien. Era el hombre más agradable y bien educado que he conocido en mi vida, y creo que su mujer se portaba muy mal con él.

4. Declaración del doctor Jones, de Gower Street (Bedford Square)^[25]

Soy médico, resido en Gower Street (Bedford Square). A principios de diciembre de 1854 tenía un constipado muy fuerte y, como no conseguía curarme, fui a pasar quince días a la costa para cambiar de aires. Elegí Bognor, porque hacía dos o tres años que pasaba allí las vacaciones. Me alojé en el Steyne. Pocos días después de llegar, recibí el recado de acudir a ver a una señora que estaba muy enferma en un alojamiento de otra parte del pueblo. Al principio dije que no, porque no deseaba inmiscuirme en el terreno de los colegas de la localidad. Entonces vino un caballero que se presentó con el nombre de barón R. Me informó de que la señora en cuestión era su mujer, que estaba en verdadero peligro por una dosis excesiva de tártaro emético que le había administrado la doncella. Insistió en que acudiera con urgencia, porque, dijo, el estado de su mujer le preocupaba muchísimo y, en semejante situación, no podía fiarse del todo de los médicos rurales. Tanto insistió que al final consentí en acompañarlo a su alojamiento.

Encontré a la paciente en un profundo estado de agotamiento y bajo los efectos de algún tóxico irritante. Por lo que me dijo el barón, los síntomas habían remitido en gran medida, pero el trastorno seguía, acompañado de dolores fuertes y sudoración abundante. También me explicó que, puesto que era muy aficionado a la química, tras descubrir desde el primer momento la causa de la enfermedad de su mujer, la había estado tratando él mismo, en vez de confiarse a la suerte de un médico rural. Describió el tratamiento, que me pareció indicado. Tan pronto como dio con el motivo del trastorno, lo primero que hizo fue inducirle el vómito cuanto fue posible sumergiéndola en agua tibia y, después, caliente, con una pequeña dosis de mostaza. Cuando el estómago se hubo vaciado por completo, le administró dosis grandes de infusión saturada de té verde, del que disponía en gran cantidad para su propio consumo, y, por último, cuando llegué yo, le estaba dando dosis considerables de decocción de quina: el profesor Taylor recomienda ambos remedios en casos de envenenamiento por antimonio. Por sus efectos, no me cupo duda del origen de los síntomas; pero, por deseo del barón, procedí a hacer con él los análisis de costumbre; analizamos también, con precaución, un poco del arruruz en el que supuestamente se había diluido el antimonio tartarizado. En ambos casos aplicamos las pruebas de rigor; verbigracia: ácido nítrico, ferrocianuro de potasio e hidrosulfito de amonio; en los tres verificamos sin la menor duda la presencia de antimonio. Sin embargo, parece que la cantidad no era mucha. Por lo que logramos determinar, en el arruruz, del que solo comió tres partes, no había más de un grano^[26], dos a los sumo, de antimonio tartarizado. No puedo justificar una reacción tan violenta por una cantidad tan pequeña. He administrado a menudo dosis mucho mayores en casos de inflamación de los pulmones y nunca ha sucedido una cosa igual. Un par de granos no constituyen ni mucho menos una dosis anormal cuando se toma como emético; pero el antimonio puede tener efectos diferentes según la constitución de cada cual. Después de verificar personalmente la presencia del tóxico sospechoso, faltaba por saber quién se lo había administrado. A decir del barón, no había duda de que había sido cosa de la doncella, que había tenido una discusión con la señora unos días antes. Así pues, la culpamos a ella, pero, antes de hacerlo, examinamos un frasco que contenía un preparado de tártaro emético que, según dijo el barón, tenía para su propio uso a causa de algunas molestias digestivas. Creo que era adicto a los placeres de la buena mesa y tomaba un emético de vez en cuando. El frasco no estaba en su sitio de costumbre, sino en una mesa, al lado del neceser donde solía guardarlo. En la etiqueta decía: «Emético. Una cucharadita según prescripción». Le hice observar que debería poner «veneno», le pareció bien e inmediatamente escribió la palabra en letras grandes en un papel y lo

pegó en el frasco. Después pesamos el contenido del frasco, del que el barón solo había tomado tres dosis, y, al comparar el resultado con lo que quedaba, dedujimos que únicamente faltaba un grano y medio de antimonio tartárico. Normalmente, la doncella era la única persona, aparte del barón, que tenía acceso al apartamento; inmediatamente la llamamos y la acusamos de habérselo administrado a madame R. en el arruruz al que nos referíamos antes. Le aconsejé que la denunciara sin tardanza, pero el barón señaló, muy justamente, que no teníamos pruebas que demostraran que la joven hubiera hecho algo que pudiera atentar contra la vida de la señora y que, al carecer de motivo para cometer semejante delito, la única conclusión justa era que todo había sido una simple broma. Eso fue lo que le dijo a la doncella, y con toda amabilidad. Al principio, ella lo negó todo y fingió que le sorprendía mucho semejante acusación. Sin embargo, el barón la miró fijamente y le advirtió: «¡Ten cuidado, Sarah! Recuerda lo que te dije hace tres días». Entonces la muchacha dejó de negarlo, pidió disculpas y añadió que esperaba que el barón la perdonase. El barón contestó que de ninguna manera podía seguir teniéndola a su servicio, y ella le rogó que no la echara sin una carta de recomendación. En ese momento intervine, porque me parecía un gran error mandarla con otra familia, después de la bromita que había gastado a la señora. Ella insistió en que no lo había hecho con mala intención y guardó silencio; el barón le dijo que lo pensaría. Desde aquel día, atendí a madame R. hasta que volví a Londres; se estaba recuperando visiblemente. No llegué a hablar con ella, porque parecía muy reservada e incluso muy poco sociable. El barón la trataba con singular solicitud. Un par de días después, hablando del ataque, me confesó que, si su mujer hubiera muerto, la pérdida habría sido grave también en el aspecto pecuniario, porque, si vivía, heredaría una fortuna considerable. Le pregunté por qué no le hacía un seguro de vida y él respondió que sin duda se lo haría enseguida, pero que nunca había pensado en ello. Unos dos meses después, de paso por la ciudad, vino a verme y me contó que se disponía a pasar unos meses en el extranjero. Le sugerí los baños alemanes y, como respondió que allí iban muchos ingleses, le aconsejé Griesbach o Rippoldsau, en la Selva Negra, porque allí no suelen ir ingleses. De todos modos, como era muy pronto para ir a cualquiera de esos dos balnearios, le recomendé que fuera al sur de Francia hasta que empezara la temporada en Alemania. No volví a verlo hasta octubre de 1855, cuando vino de nuevo a verme con madame R., que se había recuperado perfectamente y, por tanto, cuando se me pidió opinión profesional, pude extenderle un informe muy favorable para la Compañía de Seguros... y también, unas semanas después, para la Oficina de Seguros... de Dublín. Creo que madame R. gozaba de una gran fortaleza, y no puede haber mejor

prueba que su total restablecimiento de una enfermedad tan grave en el transcurso de unos pocos meses o incluso semanas. La sensibilidad al antimonio era un detalle anecdótico que no afectaba a su estado de salud general. El profesor Taylor, en su obra sobre venenos, destaca claramente que los efectos del antimonio y otras medicinas son de carácter «idiosincrático» y actúan según el organismo de cada cual: «en dosis medicinales normales, pueden resultar un veneno en vez de curar», afirma. En estos momentos tengo conmigo un ejemplar de su obra y dice: «La experiencia cotidiana nos enseña que una dosis normal de opio, arsénico, antimonio y otras sustancias puede causar efectos mucho mayores a algunas personas». Y de nuevo, cuando se refiere a la probable «dosis mortal», dice: «Esa característica idiosincrásica siempre es variable, pues, como es sabido, incluso en las mismas condiciones de salud, edad, etc., unas constituciones son más sensibles que otras a los efectos de los compuestos de antimonio». Por lo tanto, no consideré, ni considero ahora, que la sensibilidad de madame R. a esa medicina constituya una amenaza para su vida, máxime en vista de la inmensa vitalidad que demostró con su pronta y total recuperación. En cuanto al sonambulismo, el barón no mencionó que madame R. tuviera esa tendencia. Lo cierto es que en ningún momento insinuó que la señora hubiera podido envenenarse sola de esa forma. Por otra parte, la doncella reconoció que lo había hecho ella. La forma en que murió madame R. no me induce a dudar en modo alguno de mi opinión anterior, porque un incidente de esas características podía haberle sucedido a cualquiera —aunque no es lo normal ni mucho menos— que tenga la costumbre de andar dormido, una tendencia que no he tenido fundamentos para determinar en el caso de madame R. He podido precisar este aspecto en mi declaración porque sentí la necesidad de escribir un memorándum especial en mi diario para recoger las interesantes características del caso, y de ahí he extraído todo lo anterior. Por lo tanto, estoy en condiciones de confirmar todo o cualquier parte de lo dicho bajo juramento.

5. Declaración de la señora Throgmorton

La señora Throgmorton presenta sus respetos al señor R. Henderson y desea

informarle de que la joven Sarah Newman, que continúa a su servicio y siempre a entera satisfacción en todos los sentidos, llegó a su casa en la Navidad de 1854, con una carta de recomendación del barón R., que a la sazón residía en Bognor y a cuyo servicio había estado unas semanas en calidad de doncella y camarera. La recomendación del barón era sumamente convincente, pero, cuando la señora Throgmorton quiso conocer el motivo por el que había prescindido de Sarah Newman, el barón le dijo que era porque había gastado una broma tonta a su anterior señora, administrándole un emético sin autorización, proceder muy reprehensible y motivo por el cual la señora Throgmorton no se mostró dispuesta a recibirla en su familia. Sin embargo, en conversaciones posteriores con el señor anterior de Sarah Newman, la señora Throgmorton llegó a tener la impresión de que, en realidad, la falta había sido principalmente de madame R., aunque, como es natural, un buen caballero no puede hablar tan abiertamente de su mujer, y entonces la señora Throgmorton se avino a aceptar a Sarah Newman por un período de prueba, puesto que parecía sinceramente arrepentida de su mala conducta, y, desde entonces, siempre ha demostrado grandes aptitudes en todos los aspectos para las labores de sirvienta. La señora Throgmorton confía en que esta información sea del gusto del señor Henderson, que se ha interesado por el bienestar de Sarah Newman y en quien tiene gran interés la propia señora Throgmorton.

Cliftonville

6. Declaración del señor Andrews

Señor:

En respuesta a su carta del pasado 25 de abril, deseo informarle de que, en el verano de 1854, la joven Sarah Newman estuvo, en efecto, a mi servicio en Brighton uno o dos meses, pero fue despedida en septiembre del mismo año, creo, por varios hurtos de poca importancia. Era una joven muy interesante y nos engañó por completo, pero uno de nuestros hijos la descubrió por casualidad y, tras hallar pruebas fehacientes de sus actos de delincuencia, fue despedida sin carta de

recomendación. Yo la habría denunciado, porque incluso me parecía un deber con cualquier otra persona a la que pudiera robar en el futuro; pero mi mujer, que le había cogido cariño, me convenció de que no lo hiciera. Dos meses después, un caballero de apellido alemán —que no recuerdo— vino a vernos para conocer los motivos del despido, y le informé del caso. Me interrogó a fondo sobre lo que opinaba de la joven y declaró que estaba filantrópicamente dispuesto a darle una oportunidad de reformarse en el caso de que hubiera alguna posibilidad de reforma. Le di mi opinión sinceramente, por ejemplo, que la joven era una delincuente recalcitrante; pero mi mujer deseaba que se le diera otra oportunidad y no me cabe duda de que el caballero la contrató. Por lo que recuerdo, era un hombre fornido y cordial de aspecto agradable, e iba acompañado de una señora que se quedó en el carruaje y que, según dijo, era su mujer. Creo que ese nombre que dice usted, el barón R., es el mismo que dijo él, o algo parecido, al menos, aunque no estoy completamente seguro.

Suyo afectísimo,

CHARLES ANDREWS

P. D. Mi mujer me ruega que le pida que, en caso de saber algo del paradero de su protegida, tenga la amabilidad de comunicárnoslo.

Señor R. Henderson, etc., etc., etc.
Clement's Inn, W. C.

7. Declaración de Sarah Newman

Nota bene: Para conseguir esta declaración fue preciso vencer grandes dificultades y hay que considerar si tiene algún valor. La joven, como es natural, estaba muy preocupada por las posibles consecuencias de su confesión y no pude convencerla de que hablara hasta que, por una parte, le prometí que la señora Throgmorton no la despediría, y, por otra, la amenacé con dar parte a la policía si

no confesaba toda la verdad. En cuanto a mí, no me cabe la menor duda de que la declaración, tal como se la presento ahora, es veraz y, como verán, está corroborada en varios de sus aspectos más relevantes. Lo que considero más dudoso es si podría presentarse ante los tribunales y, en tal caso, qué valor se le podría dar.

R. H.

DECLARACIÓN

Me llamo Sarah Newman. Serví tres meses en casa del señor Andrews, en Brighton. Me despidió por hurtar té y azúcar. El señor Andrews quería denunciarme, pero mi señora no se lo consintió. Mi señora me habría permitido seguir a su servicio, pero el señor dijo que no. Ella siempre me trató muy bien, aunque yo fui desagradecida por hurtarle. Jamás volveré a hacerlo. El ama que tengo ahora también me trata muy bien. Jamás le he robado ni un alfiler. Declaro por lo más sagrado que no he vuelto a hurtar nada a nadie y que jamás volveré a hacerlo. Desde entonces, he deseado muchas veces decírselo a la señora Andrews, pero no sabía dónde estaba. No se lo dije cuando me fui de su casa. Estaba enfadada por culpa del señor. Me quedé sin trabajo dos meses. Nadie quería contratarme porque no tenía carta de recomendación. Por fin, una amiga de Bognor me dijo que conocía a un caballero y conseguí hablar con él. Era el barón. Vino a verme un día que estaba en Brighton. Insistió en saberlo todo: con quién había trabajado y por qué había dejado al señor Andrews. Fue muy considerado y dijo que era terrible que una pobre muchacha se hundiera en la ruina por culpa de un paso en falso. Me dijo que si le prometía no volver a robar nunca más me pondría a prueba unos días. Se lo prometí de todo corazón y al final me llevó a Bognor. No sé si hizo averiguaciones sobre mí. Creo que no. No me dijo nada de eso. Me hice el propósito de cumplir mi promesa y así fue, la cumplí, casi. Es decir, solo cogí una cosita pequeña y, la verdad, no me pareció que fuera robar. Nunca había nada guardado bajo llave. El barón siempre insistía en dejar abierto el armario de té y todo, por si le hacía falta algo. Nunca cogí nada. Podía haber cogido muchas cosas, pero no cogí nada. A veces pensaba que dejaba cosas por ahí intencionadamente, para tentarme, pero eran imaginaciones mías, seguro. A veces encontraba algún penique, pero nunca toqué nada. Al final, cogí una cosa. No me pareció que

fuera un robo. Fue un poco de mermelada de naranja. Me gustan mucho las cosas dulces. Un día había un frasco de mermelada de naranja encima de la mesa. Ellos ya habían desayunado y se habían ido. No pude evitarlo. Era muy apetecible. Solo metí el dedo, nada más. Ni siquiera la probé. Entonces entró el barón y me sorprendió. No dijo nada. Se limitó a cerrar la puerta y se acercó directamente a mí. Yo me asusté tanto que no podía moverme. Me agarró por la muñeca y me levantó la mano. Me eché a llorar. Me dijo que de nada servía llorar; lo había engañado y tenía que despedirme. Me dijo que su deber era entregarme a la policía. Le dije que no había cogido nada, que solo quería probar la mermelada. Dijo que, con mi carácter, nadie me creería. Me hablaba con amabilidad, pero con firmeza, y yo estaba muy asustada. Le rogué que no se lo dijera a nadie y me dijo que me daría otra oportunidad, pero que tendría que irme. Le dije que si me despedía sin carta de recomendación me tirarían al río. Le rogué que me dejara seguir a su servicio, pero dijo que era imposible. Entonces le pedí que no revelara el motivo por el que me echaba. Dijo que no podía evitarlo. Se lo rogué otra vez con mucha insistencia. Al final dijo que lo pensaría. Dijo que procuraría buscar otro motivo para justificar el despido, pero que tenía que irme al día siguiente sin remedio. Me advirtió de que si inventaba una excusa para despedirme no podía llevarle la contraria. Se lo agradecí mucho. Es un caballero bueno y amable y le estaré eternamente agradecida. No me fui al día siguiente. La señora enfermó y tuve que quedarme. Se puso malísima. Hice todo lo que pude por ella. Tenía la esperanza de que al barón se le olvidara el asunto y me dejara quedarme. Dos o tres días después me llamó. Estaba con otro caballero. Era el médico. Me acusó de haber dado algo a la señora para que se pusiera enferma. Yo no le di nada a la señora, nunca. Nunca discutí con ella. Siempre me trataba muy bien, aunque a mí no me gustaba mucho, no sé por qué. Creo que era porque no quería al señor. Dije que yo no le había dado nada a la señora, y no le había dado nada. Nunca había visto el frasco, no sé dónde lo guardaba. No sé leer. Vi que el señor me miraba y me dijo no sé qué sobre dos o tres días antes. Entonces comprendí que estaba inventándose una excusa para despedirme. Por señas, me indicó que debía darle la razón. El otro caballero se puso muy severo, pero, claro, él no sabía nada. Lo que dijo el barón sirvió de excusa para despedirme. Y ya está. El verdadero motivo fue la mermelada. Si pregunta al barón, él se lo confirmará. Espero que le diga lo mucho que le agradezco la amabilidad que tuvo conmigo.



Entonces entró el barón y me sorprendió. [...] Se limitó a cerrar la puerta y se acercó directamente a mí. Yo me asusté tanto que no podía moverme.

SECCIÓN V

1. Memorándum del señor Henderson

Llegados a este punto de los misteriosos sucesos, debo pedirles de nuevo que presten particular atención a las coincidencias de fechas y demás datos de los que, como he dicho antes, depende por completo la solución que, a mi parecer, es la única posible.

Debido a la extensión de las siguientes declaraciones, me he visto obligado a ordenarlas en diferentes secciones, cada una de las cuales incide más directamente en una u otra fase del caso en particular. Para ello, como habrán apreciado, he presentado en primer lugar los antecedentes de la historia de la señora Anderton, así como —creo que podemos afirmar sin temor a equivocarnos—, los de madame R. Establecer de esta forma, desde el comienzo, el primer eslabón de la cadena de conexiones entre estos dos casos extraordinarios —inexplicables como son cada uno por separado— nos servirá, no puedo por menos que imaginarme, para elucidar el uno en función del otro y viceversa. La segunda sección nos ha puesto al corriente de la historia de la señora Anderton y de madame R. hasta el momento en que se cruzan los hilos de sus singulares destinos, al tiempo que ha ilustrado de qué modo llegó el barón a darse cuenta de la posible relación de su mujer con la señora Anderton y del beneficio que la primera obtendría tras la muerte sin descendencia de su hermana y del señor Anderton. La tercera sección se refiere al primer episodio de la enfermedad de madame R., hasta la fecha y circunstancias a las que me pareció más conveniente dirigir la atención de ustedes.

En la cuarta sección de las pruebas han revisado las circunstancias que concurrieron en la enfermedad mortal de la señora Anderton, que llevaron a la detención de su marido bajo sospecha de asesinato y, por último, a su suicidio mientras esperaba el resultado de la investigación. Me ha parecido oportuno omitir aquí gran parte de las pruebas relacionadas con esta fase del caso para incluirlas en la sección dedicada más específicamente al proceder y la muerte del señor Anderton, y que presento a continuación de la que vamos a iniciar ahora. Por lo tanto, hasta aquí, el relato de la última recaída de la señora Anderton se ha reducido al que hace la infortunada señora en su diario, con la nota, al final, en la que su marido deja constancia de su fallecimiento. No obstante, he emparejado con esto un informe extraído en parte de entradas anteriores del mismo diario y en parte de la declaración del médico que la atendió en un episodio previo de una enfermedad muy semejante en general a la que finalmente se la llevó y, al parecer, tan inexplicable como esta. Confío en que se vea con claridad el motivo por el que yuxtapongo los primeros ataques tanto de madame R. como de la señora Anderton.

Ahora deben ustedes centrarse en el segundo achaque de madame R., que se produjo muy pocos meses antes de su defunción en lo que no puedo calificar sino de las más sospechosas circunstancias.

Al adentrarnos en esta parte del caso, comprobarán a cada paso que es de una importancia extrema dar a las fechas de los diversos incidentes una relevancia profunda y exacta, y sobre ellas requiero nuevamente su máxima atención. En principio, tenía la idea de remitirles las coincidencias a las que me refiero en forma de tabla, pero, después de pensarlo, me pareció un método inapropiado porque sería presentárselas desde un punto de vista que, tengo que confesar, me resulta sumamente insatisfactorio. Por consiguiente, he preferido limitarme a verificar la exactitud de las fechas y demás datos y dejar a su criterio las comparaciones pertinentes. En muchos momentos, no ha sido esta tarea fácil, en particular a la hora de determinar con seguridad la fecha exacta (el 5 de abril de 1856) en la que empezaron a manifestarse los síntomas del segundo achaque de madame R.; tuve ahí unas dificultades que solo ha compensado la importancia del resultado.

Por lo tanto, debo pedirles que comparen escrupulosamente las siguientes declaraciones con los últimos párrafos del diario de la señora Anderton, así como con la declaración del doctor Dodsworth. Al establecer esta comparación verán que, aparte de los aspectos a los que me he referido a propósito de las diversas fechas, se observan varias discrepancias entre los hechos tal como sucedieron y tal como el barón se los presentaba al señor y a la señora Anderton. No es necesario que los destaque aquí, porque hablarán por sí solos al examinar las declaraciones; no obstante, ténganlos en cuenta también en general, porque parecen ser muy relevantes en otros aspectos del caso.

Por último, les pido que tengan presente la relación que se supone que existía entre el barón y su mujer antes de contraer matrimonio. Y a continuación, como he dicho, procedo a exponerles las declaraciones a propósito del segundo achaque de esta última.

2. Declaración de la señora Brown

Me llamo Jane Brown. Soy viuda y mi pobre marido querido trabajaba de oficinista en la ciudad, pero no sé en qué casa. Lo sabía, pero se me ha olvidado. Tengo muy mala memoria. Vivo en Russell Place. La casa es de mi propiedad, no es de alquiler. Mi pobre marido querido me la dejó en herencia. Algunas veces la alquilo. No siempre, solo cuando se trata de inquilinos tranquilos. El año pasado^[27] alquilé el primer piso y el segundo al barón R. El bajo se lo alquilé al doctor Marsden. Hace unos años que lo tiene alquilado. No vive ahí. Tiene una consulta cerca de Londres. Viene a Russell Place los lunes y viernes a ver a sus pacientes. Antes vivía con nosotros, en vida de mi pobre marido querido. El barón R. alquiló el resto de la casa, menos el desván. Yo vivo en el desván. No me acuerdo de cuándo vino el barón. Fue entre febrero y marzo. Estoy segura de que no me acuerdo. No sé cómo acordarme. No llevo las cuentas. Mi pobre marido querido siempre llevaba las cuentas. Yo no las he llevado desde que murió. Seguro que pierdo dinero por no llevarlas, pero no puedo evitarlo. No se me da bien. Estoy casi segura de que fue en febrero o marzo. Creo que a principios de marzo, más o menos.^[28] En ese momento no tenía ningún inquilino más. Hasta que mi hijo se fue de casa otra vez. En ese momento ya no estaba en casa. Vino en marzo o abril. Supongo que en marzo. Vino de Melbourne y desembarcó en Liverpool. Pasó unas semanas en casa. No sé cuántas. Se fue otra vez en abril, aunque tal vez fuera mayo. Estoy casi segura de que fue en mayo como máximo. No tan tarde, creo. La señora Troubridge se lo podría decir. Richard se casó con su hija. Richard es mi hijo. Se casó con Ellen Troubridge. Eso fue cuando estuvo en casa el año pasado. Llevaban muchísimo tiempo prometidos. Volvió a propósito para casarse. Le habían prometido algo en Melbourne y tenía que volver inmediatamente. Trabajó para pagarse el pasaje de Melbourne hasta aquí. No sé en qué barco vino. No creo que se embarcase con su verdadero nombre. No me acuerdo por qué. Porque no quería que se supiera o algo así. No sé por qué no quería que se supiera. No tengo la menor idea de qué nombre se puso. No me acuerdo de cuándo vino a casa ni de cuándo se fue otra vez. No sé cuándo salió de Melbourne. Trajo un periódico a casa. Solo queda un trocito. Cuando estaba en casa, siempre estaba conmigo, menos los sábados y domingos, porque se iba a Brighton a ver a Ellen. Ella trabajaba allí en una tienda. Iba en el tren especial de los fines de semana y se quedaba con la madre de ella desde el sábado hasta el lunes. Por lo demás, siempre estaba conmigo. No tengo nada más que contarle de mi hijo. El otro inquilino era amigo suyo. Se habían conocido en Australia. Le invitó a venir a la boda. Se celebró en nuestra casa. Fue un lunes, y él llegó el sábado anterior. Vinieron todos juntos de Brighton. El barón nos prestó sus habitaciones. Se fue a alguna parte para que su señora cambiara de aires. Creo que

había estado enferma, pero no estoy segura. En mi casa se puso enferma varias veces y en mi casa murió. No me acuerdo de cuándo se puso enferma por primera vez. Fue cuando mi hijo estaba en Inglaterra. Sé que estuve hablando de eso con él. Él no estaba en casa en ese momento. Estaba yo sola. Me acuerdo porque me asusté mucho. No había nadie más, ni siquiera una criada. Generalmente siempre tengo una criada, pero en ese momento llevaba dos o tres meses sin criada. Venía una asistenta unas horas al día. Es que mi criada se había emborrachado. Se la tuvo que llevar la policía y al principio me daba miedo contratar a otra. Pero no me acuerdo de cuándo fue. Debió de ser antes de que llegara el barón. No estoy segura. De lo que estoy segura es de que fue antes de que madame R. se pusiera enferma. Eso lo sé seguro porque me acuerdo muy bien de lo mucho que me asusté. Creo que la atendió el doctor Marsden. Se llevaba muy bien con el barón. Todo el mundo lo apreciaba. Era muy buen hombre, y muy atento con su mujer. A ella no la apreciábamos tanto. No alborotaba nada, pero parecía que no quería a su marido. Más bien parecía que le tuviera miedo. A veces me daba la sensación de que no estaba muy bien de la cabeza. El barón siempre la trataba bien. Era bueno con todo el mundo. Solo una vez le oí decir algo malo de alguien. Fue a propósito del joven Aldridge. Era el amigo de Richard que estuvo en casa con nosotros.^[29] Hizo ruido y molestó a madame R. Una noche llegó bastante bebido y el barón me pidió que lo echara de casa. Dijo que, si el señor Aldridge no se iba, tendría que irse él. Naturalmente, lo eché enseguida. Dijo que era por despecho. Yo sabía que no era cierto, desde luego. Dijo que no estaba borracho, pero la policía lo encontró caído al pie de la puerta de casa. No me acuerdo de lo que dijo. Decía no sé qué tonterías del barón. No sé de ningún motivo por el que pudieran haber discutido. Recuerdo que una vez dijo algo de que madame R. andaba dormida. No sé qué fue. No creo que eso tuviera que ver con la discusión. No, claro, seguro que no. El barón se quejó de que lo molestaba. Nada más. Pero no recuerdo que a mí me molestase nunca. Su habitación estaba al lado de la mía. A lo mejor me molestó alguna vez, pero no me acuerdo. Cuando me molestaron de verdad fue aquella noche, cuando volvió bebido a casa. Tal vez molestara a madame R., pero yo no me enteré porque estaba dormida. A veces tengo el sueño muy profundo. No me acuerdo de cuándo sucedió esto ni de cuándo se fue de casa. No me acuerdo de la fecha exacta de cada cosa. Esas cosas siempre las hacía mi pobre marido querido. Era un hombre muy preciso. Yo no llevo libros ni registros de ninguna clase que pueda consultar. Y no tengo nada más que contarle sobre este asunto.



Dijo que no estaba borracho, pero la policía lo encontró caído al pie de la puerta de casa.

3. Declaración de la señora Troubridge

Me llamo Ellen Troubridge. Mi marido es un hombre de mar. Es capitán de un barco carbonero pequeño. Vivimos en Shoreham, cerca de Brighton. Tengo una hija que se llama Ellen. Está casada con un hombre llamado Richard Brown, que está en Australia. Se fue a Australia en 1856. No recuerdo la fecha exacta. Fue en abril o mayo. El barco se llamaba Maria Somes. Zarpó de Gravesend. Mi hija se casó el 14 de abril, poco antes de que el barco se echara a la mar. Llevaban tres o cuatro años de novios. Él volvió únicamente para casarse con ella. No recuerdo cuándo exactamente. Tuvo que ser un mes antes de la boda o algo así. Quería sacar la licencia de matrimonio para que todo fuera más rápido, pero le dije que era un derroche. Publicó las amonestaciones el primer domingo que pasó aquí. Creo que fue el primero, aunque no estoy segura del todo. Mi hija trabajaba en esa época. Estaba en una tienda de Brighton. Durante la semana dormía en casa de una amiga y los sábados venía a casa con nosotros a pasar el domingo. Brown siempre venía el sábado, en el tren barato, el especial de los fines de semana. Iba a Brighton a buscar a Nelly y paseaban juntos por Shoreham. El lunes por la mañana a primera hora la acompañaba a la tienda y después se iba a la ciudad. Solo venía los fines de semana. Eso no estaba bien. Nelly solo estaba en casa el domingo. Él quería que se fuera a vivir con su madre, pero ella no quería dejar la tienda hasta que se terminara el contrato. Yo no le dejaba quedarse en Brighton. No quería que empezaran las habladurías. Que yo sepa, el resto de la semana lo pasaba en su casa. La boda se celebró en casa de la señora Brown. Tenía un inquilino [...] extranjero, creo. Se fue de la ciudad dos o tres días y le dejó sus habitaciones. Después de la boda, el joven Brown y mi hija fueron a pasar unos días en Southend. No sé cuánto tiempo exactamente. Una semana o quince días. El sábado antes de que se marcharan, fuimos todos a Gravesend, a verlos y a despedirnos de ellos. El barco tenía que zarpar el domingo. Fuimos todos a Rosherville y pasamos la noche en Gravesend. Tengo allí unos amigos que nos dejaron camas. La señora Brown volvió el domingo, pero yo me quedé. Estaba con nosotros un joven llamado Aldridge. Era amigo de Brown. No me gustaba mucho. Volvió a la ciudad con la señora Brown. Creo que se hospedaba en su casa. No consigo acordarme de qué día exactamente llegó el joven Brown. Tuvo que ser en marzo, creo.

4. Declaración del doctor Marsden

Me llamo Anthony Marsden. Soy médico y anteriormente residía en Russell Place, en casa de la señora Brown. Hace unos tres o cuatro años, mi salud empezó a resentirse del aire de Londres y me trasladé a las afueras. Compré un consultorio pequeño en la vecindad de Saint John's Wood y renuncié a la mayoría de mis pacientes. No obstante, no deseaba dejarlos por completo y alquilé un par de habitaciones en casa de la señora Brown, donde abrí consulta para poder seguir atendiendo a mis pacientes de los alrededores. Iba a la consulta los lunes y viernes por la mañana. Hacía ya algún tiempo que la había abierto cuando el barón R. alquiló los pisos primero y segundo. Al principio no me agradó. Me parecía un impostor. Sin embargo, parecía que él deseaba conocerme, y descubrí que, en cualquier caso, era un hombre muy versado en materia de ciencia. Hablábamos a menudo de hipnosis. Parecía que él creía en la hipnosis firmemente. Si no hubiera estado yo tan convencido de que eso es imposible, no podría asegurar que no hubiera llegado a convencerme. Existen muchos fenómenos que no puedo explicar, aunque, naturalmente han de tener alguna explicación. Parecía un gran químico y a veces investigábamos alguna cosa conjuntamente. En la parte de atrás de la casa había un cuarto, en el sótano, que le hacía las veces de laboratorio. Me invitó a utilizarlo y así lo hice a menudo. Siempre tenía algún experimento en marcha y había iniciado varios proyectos ingeniosos. En el laboratorio había una gran variedad de sustancias químicas y medicinales. Alguna vez, en casos de pacientes pobres, le pedía que les hiciera un preparado u otro y nunca se negó. Cuando lo conocí, estaba enfrascado en una serie de experimentos con metales, sobre todo mercurio, antimonio, plomo y zinc. Debía de tener muestras de todas las combinaciones que se hacen con ellos. Creo que buscaba un específico para tratar esa enfermedad tan extendida entre los pintores a la que ahora llaman «cólico de plomo». El laboratorio estaba en la parte de atrás de la casa, bastante aislado de las demás dependencias. Estaba separado de la vivienda por un patio de luces y se comunicaba con la cocina y los lavaderos por un pasillo estrecho. Este pasillo estaba cerrado con una puerta de cristal y, al fondo, una puerta de madera daba al laboratorio. Estas puertas siempre estaban cerradas, aunque no con llave, por lo general. Le dije al barón que me parecía conveniente cerrarlas con llave, pero contestó que nunca iba nadie allí. La puerta del laboratorio se cerraba con un sistema de contrapeso. La de cristal tenía un muelle. Yo iba a menudo al laboratorio, a veces cuando no estaba él. Podía ir cuando lo deseara, aunque no estuviera el barón. No tenía intención de ocultarme nada de lo que hacía. Todo estaba allí

expuesto. Atendí a madame R. durante casi toda su enfermedad. Fue bastante larga y de unas características muy singulares. No estoy completamente seguro de la fecha en que comenzó. No me consultaron en el primer momento y no lo anoté en mi libreta. El barón solo me hizo algunas preguntas como entre amigos al cabo de dos o tres días. Eso es seguro. Puede ser que fuera el tercero, pero no estoy completamente seguro, aunque al menos era el segundo. Quiero decir con esto que al menos transcurrió un día completo entre la noche en que madame R. enfermó y el día en que el barón me consultó. No podría jurar que fuera más de uno, pero casi seguro que sí. Por los síntomas que describió el barón, recuerdo que llegué a la conclusión de que era un caso de cólera, pero la mujer se había recuperado casi por completo cuando me lo contó y no le prescribí ningún tratamiento. Unos quince o veinte días después sufrió otro ligero ataque, y también esta vez la atendió el barón. Cuando fui a la ciudad, me puso al corriente del tratamiento que le había aplicado y me pareció totalmente acertado. Con todo, el ataque se repitió más de una vez, creo, y entonces fue cuando me pidió que fuera a verla y la pusiera en tratamiento. La primera vez que la vi como médico fue el 23 de mayo de 1856.^[30] Habían pasado dos días desde el tercer o cuarto ataque, que se produjo la noche del 21 de mayo. En cuanto me hice cargo del caso empecé a tomar notas en mi diario, del que acompaño algunos extractos [véase 5, a continuación] en los que algunos días anotaba la evolución del caso. La atendí a lo largo de toda la enfermedad. Como se verá en mi diario, los ataques se sucedían cada quince días, más o menos. Eran cada vez más violentos, hasta el 10 de octubre de 1856. Aquella vez, la mujer estuvo tres o cuatro días casi *in articulo mortis* y perdí toda esperanza de recuperación. Tanto es así que otra recaída más habría resultado mortal. Afortunadamente, al parecer la enfermedad completó su curso y, quince días después, los síntomas más graves no se reprodujeron. A partir de esa fecha, madame R. fue mejorando poco a poco, pero sin recaídas, hasta llegar a un estado de convalecencia del que, sin duda, habría salido completamente curada, de no haber sido por el desafortunado incidente que puso fin a su vida. El caso de madame R. fue muy difícil. Al parecer, padecía «gastritis» crónica, pero la reincidencia de la afección en forma de crisis agudas a intervalos regulares era una circunstancia muy anormal. Lo cierto es que el caso presentaba los síntomas más característicos del envenenamiento crónico por antimonio que describe el doctor Meyerhofer en *Archivo Heller, 1846*, y a los que se refiere el profesor Taylor en su obra *Venenos*, página 539. También se observaban grandes coincidencias generales con los casos de M'Mullen y Hardam que cita el profesor Taylor en la misma página y registrados en los informes de octubre de 1857 del hospital Guy. A medida que transcurrían los sucesos, aproveché la

oportunidad de señalar estas coincidencias al barón con la mayor delicadeza posible y le pregunté si sospechaba algo. Al principio casi le hizo gracia, pero, después de consultar un poco más, empezó a considerar el asunto con mayor seriedad. Repasamos con detenimiento los casos en cuestión; el barón traducía los del doctor Mayerhofer para que los entendiera yo, puesto que yo no sé alemán. A instancias suyas nos dispusimos a hacer los análisis pertinentes e iniciamos el examen en el laboratorio del barón. Él ponía mucho celo en tener siempre al día su surtido de medicinas y nunca tiraba los frascos ni nada. Así pues, quedaban restos de todos los remedios que había preparado para ella. Hicimos pruebas para ver si estos, y todos los demás, contenían arsénico o antimonio, pero no hallamos rastro ninguno. El barón se encargó de hacer los análisis, en los que tenía gran interés. Es posible que yo los hubiera podido hacer solo. Son cosas que no forman parte de mi estilo de ejercer la medicina, en cuyo caso ni yo me fiaría de mis manipulaciones. En cambio del barón me fie, porque sabía que era un experto químico práctico y hacía esa clase de operaciones a diario. Me limité a hacer de observador de los resultados y a compararlos con los que reseñaba el profesor Taylor. No me molesté mucho en comprobar la pureza de las pruebas químicas que se hicieron ni si las sustancias utilizadas eran en realidad lo que suponíamos que eran. Es decir, cuando se sacaba un líquido incoloro, que aparentemente presentaba todas las características del ácido nítrico, de un frasco que tenía una etiqueta en la que decía: «Ác. Nít», yo daba por sentado que se trataba de ácido nítrico. Y lo mismo con los demás agentes químicos. En ningún momento se me ocurrió pensar otra cosa. Tampoco tomé precauciones especiales para identificar las sustancias que analizábamos. Sin duda, algunas podían haber sido cambiadas por otras, pero, en tal caso, solo el barón habría podido hacerlo. Tal vez fuera el caso que, bajo la poca supervisión que ejercí yo, el barón falseara las pruebas de los análisis, y también que cambiara algunas sustancias y me engañara sometiéndolas a análisis verdaderos. Es decir, el barón podía haberlo hecho así. Nadie más pudo haberlo hecho, dadas las circunstancias, o, al menos, con su consentimiento directo. Yo no tenía motivos para sospechar algo así, ni los tengo ahora. Me parece completamente injustificado. Todas las circunstancias que tuve ocasión de observar contradicen semejante suposición. El barón adoraba a su mujer; le daba generosamente toda clase de consejos profesionales y le proporcionaba también enfermeras, medicinas y todo lo que necesitara; tantas eran las precauciones que tomaba para cuidarla que inevitablemente habrían puesto de manifiesto, si se hubiera dado el caso, cualquier intento de administrarle veneno. En la fase más grave del trastorno, él no tuvo ocasión de intentar semejante crimen, porque siempre insistía en que tanto los

alimentos como las medicinas se las preparasen y se las dieran las enfermeras; después de que le sugiriera la posibilidad del envenenamiento, hizo todo lo posible por averiguar si era el caso; y, por último, madame R. no murió, aunque gracias a la investigación que hicimos habían desaparecido todas las sospechas. Semejante acusación me parece totalmente insostenible e imposible de deducir de ninguna de las circunstancias del caso.

5. Extractos del diario del doctor Marsden^[31]

23 de mayo. Madame R.: náuseas, vómitos, tendencia a diarrea, sudoración abundante y debilidad general. Pulso débil, 100. Ánimo deprimido. Ardor de estómago: abdomen blando al presionar. Lengua descolorida.

26. Madame R.: ligera mejoría: menos náuseas y menos dolor.

30. Madame R.: sigue mejorando.

2 de junio. Madame R.: mejora.

6. Lo mismo.

9. Síntomas recurrentes el sábado por la noche.^[32] Aumento de las náuseas, vómito amarillo, con bilis. Pulso débil, 105. Irritación y leve estrangulamiento de garganta. Lengua sucia.

13. Leve mejoría de los síntomas. Continúa el tratamiento.

16. Lo mismo. Lengua ligeramente más limpia. Pulso 100.

20. Continúa la mejoría. Pulso ligeramente más firme.

23. Lo mismo.

24. Visita especial. Recrudescimiento de los síntomas anoche. Gran aumento de náuseas y vómito: muy amarillo, con bilis. Irritación de garganta y lengua sucia. Abdomen muy blando al presionar. Diarrea leve. Cosquilleo en brazos y piernas.

27. Ligera mejoría.

30. Igual, pero ligera. Pulso más firme.

3 de julio. Sigue mejorando, sobre todo la garganta. Sudoración preocupante todavía. Disminución cosquilleo.

6. Sigue mejorando. Pulso algo más firme, 110.

(10 al 20. Ausente. En Gloucestershire.)

20. Ligera recuperación. El barón dice que tuvo otro ataque poco después de la última visita, pero que la recuperación ha sido más rápida.

24. Continúa la mejoría, pero no tan rápida. Pulso 110.

27. Recaída ayer. Síntomas generales como antes, mucho más fuertes. Garganta y boca irritadas y con aftas. Sudoración. Dolor abdominal. Se queja de sabor metálico en la boca. Pulso débil, 115. Preguntar ¿antimonio? Hablar con el barón.

31. Análisis: satisfactorio. Ligero alivio de los síntomas.

3 de agosto. Sigue la mejoría. Pulso 112, más firme.

7. Lo mismo.

10. Vuelven los vómitos y demás. Aumenta la gravedad general de los síntomas. Paciente muy postrada.

24, 28, 31. Ligera mejoría.

4 de septiembre. Sigue mejorando, pero poco.

7. Recrudescimiento de los síntomas, estado grave. Vómito muy amarillo, mucha bilis. Diarrea. Pulso débil e irregular, 120. Sudoración violenta. Leve desorientación. Constricción e irritación de garganta extremas. Ligero temblor

convulsivo en brazos y piernas. Mucho agotamiento y postración.

10, 14, 18. Ligerísimo alivio de los síntomas.

21. Aumento de la violencia de los síntomas. Pulso 125. Gran postración.

25, 28. Ligerísima mejoría. Pulso 125. Desorientación.

1, 4, 8 de octubre. Síntomas ligeramente menos graves.

11. Recrudescimiento de todos los síntomas. Pulso 132, débil e irregular. Rostro arrebolado y pálido. Mucho temblor convulso de brazos y piernas. Pérdida parcial del habla. Postración total. Casi no sobrevive a la noche.

12, 13, 14. Visitas especiales. Sin cambios perceptibles.

15. Ligería mejoría del pulso, 136.

Nota bene. A partir de aquí, mejoría lenta pero continua.

6. Memorándum del señor Henderson

Debido al carácter impreciso de las pruebas presentadas en lo relativo al tiempo, comprobarán inmediatamente la dificultad que entraña determinar la fecha exacta del primer ataque de madame R. Sin embargo, según la visión del caso que ya entonces me inclinaba a adoptar, era un detalle de menor importancia, y preferí no gastar esfuerzos en deducirla, si era posible, de las fechas consignadas en las declaraciones con tanta imprecisión. Creo que en este sentido he hecho bien; pero, en la medida en que el proceso se ha complicado, les ruego que sigan mis pasos uno a uno.

A primera vista, la dificultad de seguir el rastro de la verdad se vio aumentada en gran medida por el hecho de que en la casa no había nadie más que la señora

Brown, en cuya memoria, aunque nos hubiera proporcionado alguna clave, no se podía confiar. No obstante, reflexionando sobre ello, empecé a pensar que me había equivocado al considerarlo así y, por último, concebí la esperanza de que, convenientemente manejado, ese mismo hecho podía ser útil en vez de un obstáculo para la investigación. Y este fue el razonamiento que seguí.

La señora Brown solo parece estar segura de dos cosas: de la presencia de su hijo en Inglaterra y de que ella estaba sola en casa el día que nos ocupa. Por lo tanto, las únicas posibilidades de fijar la fecha parecen ser: primera, establecer con precisión el límite de tiempo en el que se dieron esas dos condiciones a la vez; segunda, determinar por eliminación el día o días en que no pudieron darse ambas condiciones al mismo tiempo.

El resultado ha sido mucho más completo de lo que cabía esperar al principio de la investigación.

Primero: el período de tiempo en el que debía centrar la investigación.

Evidentemente, dicho período se limitaba a la estancia de Richard Brown en Inglaterra, y, por lo tanto, dirigí mis primeros esfuerzos a determinar la fecha exacta de su llegada y de su partida.

1. En Liverpool descubrí que los únicos barcos que habían llegado de Melbourne en el mes de marzo de 1856 eran los siguientes:

BARCO	CAPITÁN	PROPIETARIO	LLEGADA
James Baines	M' Donald	James Baines & Co.	4 de marzo
Lighting	Enright	“	24 “
Emma	Underwood	Pilkington Brothers	27 “

De estos, el James Baines salió de Melbourne el 28 de noviembre, y el Lighting, el 28 de diciembre. No he podido constatar la fecha exacta de salida del Emma, pero carece de importancia para el caso.

El fragmento de periódico que guardaba la señora Brown no tenía fecha ni, en principio, ninguna pista para poder averiguarla. Con todo, el último párrafo empieza así:

¡BUEN TIEMPO! Hace cuatro días que los termómetros no bajan de 32° a la sombra. ¿Qué les parecería a nuestros amigos ingleses ponerse a cantar vill [...] ideños con este [...].

Faltan fragmentos, pero las palabras incompletas son, sin duda, «villancicos navideños», por lo que podemos deducir sin temor a equivocarnos que el periódico

correspondía a una fecha posterior a la partida del James Baines, el 28 de noviembre. Por lo tanto, James Brown tuvo que llegar en el *Lighting* o en el *Emma*; el primero en llegar atracó en Liverpool la noche del 24 de marzo. Así pues, la fecha más temprana por la que debe empezar nuestro examen es el 25 de marzo.

2. Según la señora Troubridge, madre de la muchacha con la que se casó Richard Brown durante su estancia en Inglaterra, la joven pareja embarcó en el *Maria Somes* rumbo a Sydney. La señora Brown no supo decirme la fecha en que zarpó el barco, pero, tras una consulta en los archivos de *The Times* de mes de abril de 1856, averigüé que zarpó de Gravesend el 23 de ese mismo mes. Por lo tanto, el período de tiempo que tenemos que analizar queda acotado al intervalo entre el 25 de marzo y el 25 de abril de 1856.

3. Como sabemos por la declaración de la señora Brown, en ese período, Richard Brown siempre estaba en casa, menos los sábados y los domingos, que fueron respectivamente el 29 y 30 de marzo y el 5, 6, 12, 13, 19 y 20 de abril.

4. El doctor Marsden hace constar específicamente en las pruebas que aporta que no vio a madame R. hasta al menos «un día completo» después de que comenzara el ataque. Las visitas del doctor Marsden son los lunes y viernes. Por lo tanto, madame R. no pudo tener el ataque un domingo, lo cual reduce los días en que este pudo producirse al 29 de marzo y el 5, el 12 y el 19 de abril.

5. Según las pruebas que aporta la señora Troubridge, la señora Brown y toda la compañía pernoctaron en Gravesend un sábado, el de la víspera de la partida del *Maria Somes*. Por lo tanto, la señora Brown no se encontraba en la ciudad el 19 de abril, con lo que ahora las fechas se reducen al 29 de marzo y el 5 y el 12 de abril.

6. Según la declaración de la señora Brown, el sábado y domingo anteriores a la boda, Aldridge, el amigo de su hijo, durmió en su casa. La boda se celebró el 14 de abril. Por lo tanto, el 12 de abril la señora Brown no estaba sola. Así pues, los únicos días en que pudo suceder el acontecimiento que nos ocupa son el 29 de marzo y el 5 de abril.

Llegado a este punto, pasé un tiempo pensando que me encontraba en un callejón sin salida: una gran contrariedad, porque, en cuestión de fechas un error de una semana podía perjudicar la fiabilidad de todo el planteamiento. Parecía que la única posibilidad de determinar la fecha dependía de fijar el día exacto en que se despidió a la doncella, y, poco después, se me ocurrió que tal vez pudiera hacerlo consultando los registros policiales del tribunal al que la llevaron. Y allí encontré:

7. Que la falta que se denunciaba se había cometido el domingo, 30 de marzo. Por lo tanto, el 29 la muchacha todavía estaba en casa de la señora Brown. Y así, el único día en el que pudo comenzar el primer ataque de madame R., que tuvo que ser

durante la estancia de Richard Brown en Inglaterra y una noche en que la señora Brown estuviera sola en casa, solo podía ser el 5 de abril.

Creo que enseguida comprenderán la importancia de fijar esta fecha.

SECCIÓN VI

1. Memorándum del señor Henderson

Hemos llegado a una fase de este extraordinario caso en la que es preciso que se fijen en el testamento del señor Wilson. Como hemos visto, dicho testamento otorgaba 25.000 libras a la señorita Boleton (después, señora Anderton), con un interés vitalicio para su marido en caso de fallecimiento. A la muerte de este, y a falta de descendencia en su matrimonio con la señorita Boleton, el dinero pasaría a su hermana, a quien, como he dicho antes, creo que podemos identificar sin temor a equivocarnos como la difunta madame R. Sea como fuere, parece evidente, tanto por las circunstancias de la boda del barón como por los comentarios que le hizo al doctor Jones en Bognor en relación con la pérdida pecuniaria que sufriría si moría su mujer, que el propio barón quería conservar esa relación conyugal y estaba muy dispuesto a ello, y que los diversos seguros de vida que suscribió a nombre de madame R. —que sumaban precisamente la gran cantidad de 25.000 libras— eran para cubrir el riesgo de que ella muriera antes que su hermana. Por el momento, no necesitamos tener en cuenta nada más. La trascendencia que podamos adjudicar al grado de misterio en el que con tanto esmero se ha procurado envolver todo el asunto, tanto la boda como las pólizas de seguros, será, naturalmente, objeto de consideración cuando revisemos el conjunto de circunstancias del caso. Baste ahora destacar que, sin duda, el barón consideraba a su mujer hermana de la señora Anderton y tenía intención de participar en el legado del señor Wilson por medio de ella. Así pues, únicamente la vida del señor y la señora Anderton se interponía entre dicha herencia y la familia del barón, y, por tanto, deducimos que tenía un interés directo en que murieran.

Tras el fallecimiento de la señora Anderton, en las circunstancias que hemos especificado en secciones anteriores del historial, solo la vida del señor Anderton obstaculizaba los designios del barón, y es importante tenerlo en cuenta para considerar, como haremos seguidamente, las diversas circunstancias que concurrieron en la muerte de dicho caballero.

Las características de la cadena de pruebas de la que depende, como he dicho varias veces, la única hipótesis que puede dar cuenta de los misteriosos sucesos que conforman el objeto de nuestras indagaciones no son puramente circunstanciales, sino también, al mismo tiempo, tan delicadas y complicadas que, si fallara una sola, se vendría abajo todo el caso. Si no se pudieran esclarecer perfectamente, paso a paso, desde el comienzo hasta el final y hasta en sus últimos detalles, las diversas partes que lo conforman, tomadas por separado, no serían más que un caos de coincidencias, muy singular en muchos aspectos, no cabe duda, pero sin ningún

elemento sospechoso de consideración. Por este motivo me he propuesto, como ya he dicho, exponerles cada parte del historial por separado. Hasta aquí, nos hemos ocupado por entero de la muerte de la señora Anderton, de la coincidencia de la enfermedad de madame R. y de otras circunstancias cuya importancia en los hechos se verá más adelante. Ahora debemos considerar las singularísimas circunstancias del lapso de tiempo en el que transcurre la segunda vida —la del señor Anderton— que se interponía entre el legado del señor Wilson y madame R.

Para esta indagación propongo aportar como prueba los informes judiciales de los cadáveres de la señora y el señor Anderton. El resultado final de los primeros fue, como ya saben, el veredicto de «muerte por causas naturales», aunque en primera instancia dicho veredicto se aplazó quince días para llevar a cabo un examen más exhaustivo del cadáver, plazo que el señor Anderton cumplió en régimen de arresto domiciliario. En cuanto a los segundos, superadas algunas dudas, el juez dictó el veredicto de «enajenación mental transitoria, inducida por un trastorno mental extremo debido al fallecimiento de su mujer, así como a las sospechas al respecto, que posteriormente resultaron infundadas». No obstante, puesto que en esta fase nuestro interés se centra en la conducta del barón y no en la del señor Anderton, he omitido algunas partes que no están directamente relacionadas, pero a cambio he añadido otras a los testimonios del doctor Dodsworth y otras personas que pueden servir para aclarar mejor el motivo de nuestra investigación. Por lo tanto, paso a presentarles este otro aspecto del caso, que hace hincapié en los procedimientos del barón R.

2. Declaración del doctor Dodsworth

Atendí a la difunta señora Anderton a lo largo de la enfermedad que concluyó con su defunción el día 12 de octubre de 1856. La primera vez que me mandó llamar el señor Anderton fue la noche del 5 de abril^[33] de ese mismo año. Al parecer, padecía un ligero brote de cólera, pero no encontré ninguna causa a la que se pudiera atribuir. Asimismo, nada indicaba que se tratara de envenenamiento: ciertamente, esta causa era prácticamente imposible debido al tiempo transcurrido

entre la última ingesta de alimento y el momento en que comenzó la crisis, que era de al menos tres o cuatro horas; porque, en tal caso, los síntomas habrían comenzado mucho antes. Esta es solo la impresión que tengo después de considerar las circunstancias, porque en aquel momento no se me ocurrió la posibilidad del envenenamiento, ni se me ocurriría ahora si tuviera que considerar un caso similar. Prescribí los remedios habituales para la enfermedad que supuse que aquejaba a la señora Anderton. Hicieron su efecto, pero tardaron más de lo que esperaba. Más bien fue como si los síntomas remitieran por sí solos. Fui a visitarla varias veces, porque, a raíz del ataque, se debilitó mucho más de lo que es de esperar en circunstancias normales. Aproximadamente quince días después sufrió un ataque parecido al anterior. Sin embargo, los síntomas eran más graves y aparecieron otros de características más alarmantes. De estos, los más destacados eran náuseas, vómitos, sudoración abundante y tendencia creciente a la diarrea. La paciente también manifestaba una gran tristeza y desánimo, pues estaba casi convencida de que se le acercaba la muerte. Unos quince o veinte días después los síntomas se recrudecieron. En los ataques anteriores, tenía la lengua pegajosa y seca, pero ahora aparecía sucia, cubierta de una gruesa capa mucosa, y el flujo de saliva aumentó considerablemente. El estado de la lengua empeoró a medida que la enfermedad avanzaba, así como el de la boca y garganta, que presentaban gran irritación, con constricción de la segunda. El abdomen estaba distendido y muy blando al tacto; el hígado también se encontraba muy lleno y blando. Pulso débil y rápido, cada vez más débil a medida que avanzaba la enfermedad, hasta llegar por último a 130 o 140, y el desánimo y la tristeza más acusados. La paciente parecía cada día más débil, y a cada ataque, que se repetía periódicamente a intervalos de quince días, reaparecían los mismos síntomas, pero más graves que la vez anterior. El señor Anderton estaba profundamente afectado. Desde el momento en que los síntomas se agravaron, casi nunca se iba de su lado y siempre le administraba personalmente las medicinas y le daba la comida con sus propias manos. Que yo sepa, durante la mayor parte del proceso, la señora Anderton no aceptaba nada de nadie, más que de su marido. Incluso oí que se lo decía a él poco antes de morir. Apenas tomaba alimento las últimas dos o tres semanas, y tragaba las medicinas con dificultad. El motivo principal de esta dificultad eran las fuertes náuseas que le provocaba todo intento de tragar, y el dolor y la inflamación de garganta, que estaba sumamente irritada, lo empeoraban todo; por eso le resultaba tan doloroso tragar cualquier cosa. Con el avance de la enfermedad, los vómitos se teñían cada vez más de bilis, hasta ser de un intenso color amarillo. La opresión del corazón iba en aumento, hasta el punto de casi impedirle respirar. El corazón y los pulsos fueron perdiendo

fuerza gradualmente y, hacia el final, se le paralizó la parte inferior del cuerpo casi por completo, las piernas se le quedaron rígidas y toda ella, de cintura para abajo, estaba muy hinchada y fría. También manifestaba sudoración fría abundante, así como sensación de quemazón e irritación en la mitad superior del cuerpo e incapacidad absoluta para conciliar el sueño. Una característica notable del caso, a pesar del insomnio general, era que cada recaída venía precedida por un sueño profundo y reparador de varias horas, del que, al parecer, la despertaban los síntomas más activos de su dolencia. Probé con todos los remedios indicados para dichos síntomas, pero sin efectos permanentes, y me desorientaban mucho las anomalías del caso, sobre todo la intermitencia y el recrudecimiento de los síntomas a cada nueva crisis. Hablé con el señor Anderton de estas dificultades y le pregunté si deseaba una segunda opinión. Ante la perentoriedad de sus ruegos, accedí con reservas a ver al barón R., quien, según se me dio a entender, es titular de varios diplomas oficiales de diferentes universidades extranjeras, aunque su práctica de la medicina es de carácter un tanto irregular. La primera vez que lo consulté fue el 12 de julio.^[34]

[A continuación, el doctor Dodsworth relata pormenorizadamente cómo llegó a convencerse de las grandes aptitudes del barón, así como de sus conocimientos de química, y por último cedió a consultarle.]

Sin embargo, después de examinar a la paciente y de hablar de la naturaleza de los síntomas y de los remedios prescritos, no resultó fácil que el barón expresara su propia opinión. Con todo, parecía estar completamente de acuerdo con el procedimiento seguido hasta entonces y, después de algunos comentarios más, nos despedimos. La consulta la tuvimos en el tocador de la señora Anderton y, al pasar por delante del aguamanil cuando se disponía a salir, el barón cogió sin previo aviso un frasquito que se encontraba allí y, volviéndose bruscamente hacia mí, me preguntó: «¿Usted habría probado esto?». Al cogérselo de la mano, vi que contenía tintura de tanino, un preparado muy utilizado para los dientes. Me sorprendió un tanto la repentina pregunta, respondí negativamente y no se habló más de ello. No obstante, de camino a casa me acordé de la forma tan rara de preguntar del barón y volví a sorprenderme, y, pensando en el asunto, de pronto me vino a la cabeza que el ácido tánico era el antídoto del antimonio y que los síntomas de envenenamiento por antimonio tartárico, que acababa de destacar el profesor Taylor en el caso Rugeley^[35], tenían muchos aspectos en común con los que a la sazón sufría la señora Anderton. En un primer momento, esta suposición parecía justificar toda la parte misteriosa del caso; pero las dificultades volvieron al pensarlo mejor, porque parecía imposible que alguien, a excepción del propio señor Anderton, le hubiera

podido administrar el veneno, y me parecía aún más imposible sospechar de él, habida cuenta del inmenso y evidente cariño que se profesaba el matrimonio. Sin embargo, después de pensarlo más profundamente, me propuse aplicar unos días el tratamiento que me había sugerido el barón y le administré grandes dosis de quina, además de otras medicinas de la misma clase. Al principio, debido a la mejoría de la paciente, las sospechas parecieron confirmarse y aproveché la ocasión para preguntar al señor Anderton, con toda naturalidad y en presencia de la enfermera y una criada, si había en la casa tártaro emético o vino antimonial. La forma en que respondió disipó toda idea de que al menos alguno de los presentes tuviera conocimiento de algo semejante a lo que había insinuado el barón y, un par de días después, cuando volví a ver a dicho caballero, le pregunté qué había querido decir con esa insinuación. Sin embargo, negó que sus palabras hubieran apuntado a lo que me sugirieron a mí y afirmó que, en general, él sabía de antemano que esas medicinas resultaban beneficiosas en casos similares y que esperaba que surtieran efecto en el caso presente. A pesar de todo, había algo en su actitud, sobre todo la importancia que daba a que se vigilara la dieta de la paciente durante el tratamiento, que me hacía creer que no estaba tan convencido como pretendía, sino al contrario, que seguía sospechando del señor Anderton, pero, por la amistad que los unía, deseaba ocultarlo. El recuerdo de otra actitud semejante del barón, a la que unos días antes no había dado la menor importancia, vino a confirmar esta impresión. Tal como quedamos, seguí con el tratamiento de quina y con la firme idea de tomar medidas para investigar el asunto si el ataque se repetía; para ello di en privado instrucciones a la enfermera, pues sabía que podía confiar en ella totalmente, de que no se retirase ni un solo objeto de la habitación hasta que yo viera a la paciente. La quina siguió haciendo efecto diez o doce días, hasta el momento en que vinieron a llamarme con toda urgencia en plena noche, pues le había rebrotado la enfermedad y con mayor virulencia que la vez anterior. Después de hacer cuanto estaba en mi mano por aliviar el trastorno inmediato de los síntomas, busqué la ocasión de hacerme con una muestra suficiente de las sustancias que se suelen analizar en estos casos y sin demora las mandé a analizar químicamente. Sin embargo, no se encontró rastro de antimonio, arsénico ni ningún otro tóxico semejante y, como al parecer el ácido tánico había perdido sus virtudes, finalmente llegué a la conclusión de que su aparente eficacia se debía a algún otro factor desconocido, y que, por tanto, las sospechas del barón eran completamente infundadas. Seguí con el tratamiento anterior, con las variaciones ocasionales que aconsejaba la experiencia, pero sin lograr detener el avance de la dolencia, cuya naturaleza, me inclino a creer, debía de ser congénita y probablemente heredada, además, porque, según me contó

el señor Anderton, la madre de la paciente había padecido una enfermedad interna, aunque no se acordaba de cuáles eran los síntomas. Hacia el final, la debilidad hacía delirar a la paciente casi constantemente y la causa inmediata de la muerte fue postración y agotamiento total del sistema. Deseaba que el señor Anderton permitiera hacerle un análisis post mórtem para esclarecer la verdadera naturaleza del mal, pero parecía tan sumamente sensible a la cuestión y se encontraba en un estado de depresión nerviosa tal que tuve que desistir. Me pareció que el barón no estaba de acuerdo con esta idea y le dijo algo. Poco después llegó la orden judicial para hacer la investigación y asistí al análisis, que fue ejecutado por el señor Prendergast. No se hallaron restos de antimonio en ninguna parte del cuerpo ni en su interior. El informe del señor Prendergast, que suscribo en su totalidad, muestra el resultado del análisis. Habida cuenta de esto y de todas las circunstancias del caso, afirmé y afirmo que el señor Anderton era completamente inocente del delito que se le imputaba.

[En respuesta a las pesquisas que el señor Henderson remitió al doctor Dodsworth en distintas ocasiones, este declaró:]

1. Cuando pregunté al barón sobre la tintura de tanino a la que había aludido, le planteé llanamente si se debía a alguna sospecha de envenenamiento. A lo que él respondió negativamente con la misma llaneza, pero con cierta vacilación, que me llevó a pensar que, efectivamente, tenía alguna sospecha.

2. Informé al barón de que había administrado quina y otros remedios similares, así como del efecto que habían surtido. Él sonrió y la conversación terminó.

3. El barón no estuvo presente en el examen post mórtem. Lo deseaba, pero el señor Prendergast se opuso tajantemente y me vi obligado a impedírselo. Sin embargo, le prometí que le mandaría por telegrama el resultado del análisis, que se efectuó en Birmingham, donde a la sazón residía el señor Prendergast. Acompaño copia del telegrama. El barón se ofreció a extraer los intestinos y otras vísceras, pero tampoco fue posible, porque el señor Prendergast me había encomendado especialmente que no permitiera acercarse al cadáver, una vez abierto, a nadie más que yo y un estudiante o cirujano de uno de los grandes hospitales, que nos prestaría la ayuda necesaria. Me pareció una precaución muy razonable y la seguí estrictamente.

4. Tal como pensé, al principio la exclusión molestó al barón, pero lo atribuí a su interés en el caso. En aquel momento no solicitó que lo informara por telegrama, pero más tarde me escribió a propósito de la cuestión.

5. El motivo de la precaución del señor Prendergast era, naturalmente, evitar

que el cadáver fuera objeto de manipulaciones.

6. Estas manipulaciones se refieren a las que pudieran destruir los restos del veneno.

7. Lógicamente, habría sido posible introducir restos de veneno en el cadáver; pero la única intención de semejante procedimiento habría sido culpar a un inocente de un asesinato que no había sido tal, y eso era lo que se pretendía evitar por encima de todo prohibiendo acercarse a cualquiera, incluso a sus amigos.

8. Ciertamente, de haberse podido hacer tal cosa en este caso, el señor Anderton habría sido acusado casi irremediamente de la muerte de su mujer.

9. El otro incidente al que me he referido, que me llevó a sospechar de su verdadera opinión, sucedió como sigue: una mañana, estábamos consultando en la habitación del señor Anderton. Yo quería cerrar una carta y el barón me encendió una vela con un papel que sacó de la papelería. Al hacerlo, pareció que le llamaba la atención algo que había en el papel, y lo estiró y me lo enseñó. Solo se veían unas pocas letras, porque el papel estaba roto y además quemado. Las letras eran EME... TAR... y un resto de otra T. Debajo se veía la parte superior de una P mayúscula. Sin embargo, en ese momento no le di mayor importancia y lo olvidé.

10. No me cabe la menor duda de que el papel salió de la papelería. El barón lo dijo. No le vi sacarlo, pero vi que se agachaba a sacarlo. Físicamente, no es imposible que lo sacara de su propio bolsillo, pero no veo por qué había de hacerlo. El único motivo que podría justificarlo es que quisiera arrojar sospechas sobre el señor Anderton, pero lo único que deseaba, evidentemente, era disipar al máximo toda sospecha.

11. El barón no me dio motivos para suponer que sospechara algo. Por el contrario, insistía una y otra vez en el afecto del señor Anderton por su mujer y, sobre todo, en cómo se volcaba en cuidarla al no permitir que nadie, sino él, le diera la comida y las medicinas.

12. Debo reconocer que, en la práctica, el efecto de esta actitud fue sin duda el contrario: hacerme pensar en las sospechosas circunstancias del caso con más insistencia, tal vez, que si me las hubieran señalado directamente con hostilidad. Por otra parte, es imposible que el barón contara con ello y tengo que añadir que esta clase de insinuación excede, a mi parecer, los límites de una investigación legítima.

3. Declaración de la señora Edwards

Soy enfermera. Atendí a la pobre señora Anderton todo el tiempo que duró la enfermedad. La pobre señora se encontraba muy abatida. Llevaba tiempo esperando una muerte que no acababa de llegar. Era como si creyera que le habían echado una maldición. No creo que tuviera la menor sospecha de que la estuvieran envenenando. Estoy segura, pobre señora, de que a nadie se le ocurriría hacer semejante cosa; todo el mundo la quería muchísimo. El señor Anderton la adoraba. Es el marido más bueno que he visto en mi vida. Yo habría hecho lo que fuera por él, trataba maravillosamente a su pobre mujer. Creo que no la dejó sola ni un minuto. A veces me impacientaba porque, como digo, no me dejaba hacerle nada a su mujer. Es decir, no me dejaba darle las papillas ni las medicinas. Es que no comía nada más que papilla casi siempre. No podía saborear nada y la carne le hacía vomitar. Creo que en los dos últimos meses o más no dejó que nadie le diera de comer, solo lo que le daba el propio señor Anderton. Siempre le llevaba la medicina con la puntualidad de un reloj y todo lo que salía de la cocina pasaba antes por su habitación, si es que no estaba con la señora, y se lo llevaba él en persona. A veces le costaba muchísimo que comiera un poquito. Creo que la pobre mujer solo comía por él y no habría podido hacerlo por nadie más. Al menos las últimas semanas. Estaba tan mal... Y todo le revolvía el estómago. El señor Anderton siempre dormía en un colchón en la habitación de la señora, para estar más cerca. Ponían el colchón en el suelo, al lado de la cama, y nadie habría podido acercarse a ella sin despertarlo. El señor tenía el sueño ligero. Por lo general, lo despertaba el menor ruido, y le dije muchas veces que si seguía así se iba a morir y entonces qué haría la pobre señora. Conseguí convencerlo un par de veces de que saliera un rato a la calle y me repitió mil veces que no la dejara sola ni un momento hasta que volviera él. Cuando se iba a su estudio, me decía que no me moviera de su lado y, si quería yo salir por algún motivo, tenía que avisarle. Entre unos y otros, la señora Anderton nunca se quedaba sola más de una hora, hasta las últimas seis semanas, cuando se puso tan mal que tuvimos que llamar a otra enfermera. Entonces seguimos haciendo lo mismo, pero entre los tres. Tuvimos que hacerlo así porque yo no podía más y empezaba a debilitarme. Sin embargo el señor Anderton siguió haciendo lo mismo de siempre, no sé cómo podía; pero se derrumbó por completo cuando la señora murió. Creo que desde ese momento el pobre hombre perdió un poco la cabeza. Recuerdo que un día el médico le preguntó si tenía tártaro emético en casa. Dijo que no, pero que lo compraría si era necesario. Y no pasó nada más, que yo sepa. Volví a acordarme de eso por una cosa que sucedió después de la

muerte de la pobre señora. No fue nada muy llamativo, pero el caso es que encontré en el dormitorio de la señora un papelito que tenía impresas las palabras «Tártaro emético». No había nada más en el papelito, pero debajo se veía escrita la palabra «Veneno». Lo guardé y se lo enseñé al barón. No sé por qué lo hice; supongo que porque estaba en casa en ese momento. Después se lo enseñé al abogado, que se quedó con él. Yo no tenía ninguna sospecha de nada, ninguna en absoluto. No sé por qué lo guardé. Lo hice sin pensar, bastante a lo tonto. Al señor no se lo enseñé porque estaba tan enfermo que no quise molestarlo. Fue solo por eso.

Todo lo anterior es lo que dije cuando me interrogaron. No tengo nada que añadir. Estoy segura de que el señor y la señora Anderton se querían muchísimo. Nunca había visto una pareja tan enamorada. El barón los apreciaba mucho a los dos. Me parecía que a la señora Anderton le desagradaba bastante el barón. Era como si le tuviera miedo o algo así, aunque no sé por qué me lo parecía, porque nunca me dijo que se lo tuviera. El barón iba a menudo a visitar al señor Anderton para hablar con el médico, pero, que yo sepa, solo vio una vez a la señora. Creo que sabía que a ella le desagradaba y procuraba guardar las distancias a propósito. Era un caballero muy bondadoso. A mí me trataba con especial amabilidad y educación. Muchas veces me comentaba lo mucho que adoraba el señor a la señora. Siempre decía algo sobre la costumbre del señor de darle las medicinas y lo que fuera. Recuerdo que un día dijo que no sería nada fácil darle a la señora algo perjudicial sin que se enterara él, o algo parecido. Era como si nunca se cansara de alabar al señor, y estoy segura de que el señor lo merecía. Le enseñé a él el papel que había encontrado como podía habérselo enseñado al señor, si no hubiera estado tan hundido. Aquel día, el barón estaba en casa; acababa de salir de la habitación de la pobre señora, donde había hablado con el doctor Dodsworth, y había ido al salón a escribir algo. Después me mandó a la habitación a ver si se había dejado allí un guante. Al buscar el guante fue cuando encontré el papel. Estaba debajo de la cama. Al principio lo cogí pensando que era un gran descuido haberlo dejado allí, porque acababan de arreglar la habitación de la pobre señora, después de su muerte, y entonces vi lo que tenía escrito. El guante estaba también en el suelo, cerca del papel. La cama no tenía faldones. Se los habían quitado por comodidad. No me acuerdo de lo que dijo el barón exactamente cuando le enseñé el papel, pero fue algo que me hizo pensar que a lo mejor me traería complicaciones. Por eso se lo enseñé al abogado. Mi hermano había ido a consultarle una vez por un asunto de un dinero que teníamos que haber cobrado. El abogado llevó el papel al juzgado, y así fue como empezaron los interrogatorios. Me enfadé mucho, y el barón también. Me dijo que cómo había podido hacer semejante tontería. No sé qué fue lo que me

impulsó a llevárselo. Creo que algo que dijo el barón, pero él no me aconsejó que se lo llevara al abogado, creo que quería que lo quemara. Le dije que si lo quería él, pero contestó que le daba miedo o algo parecido. Creo que fue eso lo que me hizo pensar en enseñárselo al abogado.

4. Memorándum del señor Henderson

La declaración de la otra enfermera, documento que se acompaña a la presente, simplemente corrobora la de la señora Edwards con respecto a los asuntos de los que llegó a tener conocimiento. Por lo tanto, no me ha parecido necesario incluirla aquí.

El informe del señor Prendergast, documento que también acompaño, resulta un tanto prolijo y es de carácter puramente técnico. Dice lo siguiente:

1. Que, tras el examen de rigor, el cadáver de la señora Anderton presentaba en todos los aspectos las características exactas de un caso de envenenamiento por antimonio.

2. No obstante, estas características aparentes podrían ser también el resultado de una «gastritis» crónica o «gastroenteritis», aunque ninguna de estas dos enfermedades era de prever según algunos aspectos de la enfermedad.

3. Tras un análisis sumamente estricto y pormenorizado, no se halló el menor rastro de antimonio ni de arsénico; ni en el contenido de los diversos órganos ni en los tejidos.

4. También se analizó una muestra de la última medicina que había tomado la difunta, con los mismos resultados negativos.

5. Por la duración del período en el que debió de llevarse a efecto el envenenamiento, de haberlo, y las pequeñas dosis en que tuvo que ser administrado, existiría alguna posibilidad de que, de haber sido este el caso, se hubieran hallado algunos restos en los tejidos, aunque tal vez no en el estómago, etcétera.

6. Además, en caso de envenenamiento, los síntomas se habrían manifestado con mayor crudeza en un periodo breve de tiempo desde el momento de la ingesta de la comida o las medicinas en las que se hubiera administrado el veneno.

7. Por lo tanto, se concluye que, a pesar de las características aparentemente sospechosas que presentó el cadáver en la disección, la muerte no es atribuible a un veneno, sino a una manifestación anormal de «gastroenteritis crónica», de cuya peculiar sintomatología puede dar cuenta hasta cierto punto la constitución excepcional de la difunta.

5. Declaración del sargento de policía Edward Reading.

Soy sargento del departamento de investigación de la Policía Metropolitana. En octubre de 1856 me encontraba de servicio en Notting Hill. Tenía la misión de vigilar a un caballero, un tal Anderton. Estaba en arresto domiciliario por orden de un juez de instrucción, acusado de haber asesinado a su mujer, pero no podía ser trasladado por enfermedad. Me destinaron a su domicilio para evitar que se fugara. Yo no estaba en su habitación. Al principio sí, pero era inútil, así que hablé con mi jefe y me dio permiso para quedarme en la recámara. Lo hice para que la cosa fuera más llevadera. Siempre procuro que las cosas sean lo más llevaderas posible, sin faltar a mi deber, sobre todo tratándose de un caballero. Para ellos es más difícil que para los comunes, porque no están acostumbrados. En este caso, el detenido lo soportaba muy mal. Estaba muy débil y enfermo... demasiado para salir de la cama, por lo visto. Se quedaba tumbado con la mirada perdida en una esquina de la habitación, murmurando para sí algunas veces, pero yo no lo entendía. Nunca hablaba con nadie. Solo habló una vez, para pedirme que le dejara ver el cadáver. No pude negárselo, pero lo acompañé y me quedé en la puerta. Casi no podía ni andar de lo débil que estaba. Al cabo de una media hora, me pareció que estaba todo demasiado tranquilo y eché un vistazo dentro. Lo encontré tumbado en el suelo, se había desmayado, y lo llevé a su habitación otra vez. No volvió a hablar más, solo estaba allí tumbado, como he dicho. Lógicamente, tomé toda clase de precauciones. La habitación del detenido tenía dos puertas, una que daba al rellano y otra a la recámara en la que estaba yo. Cerré la puerta exterior y le clavé dos o tres tornillos por fuera. La ventana estaba muy alta para escapar por ahí, pero, de todos modos, nuestros hombres la vigilaban desde la calle. Por la noche cerraba la puerta de mi

dormitorio y abría la de comunicación con el otro. De vez en cuando me relevaba el sargento Walsh,^[36] pero prefería hacerme cargo yo de todo. Me gusta encargarme de mi trabajo, y se trataba de un caso muy interesante. Nada más llegar a mi puesto, hice una inspección completa de la casa, documentos y demás. No encontré nada incriminatorio. Encontré un diario de la señora que había sido asesinada, con una nota al final escrita por él: por lo visto, se llevaban muy bien entre ellos. También encontré muchas recetas y notas referentes a la enfermedad de la señora, pero ningún papel como el que encontró la enfermera, ni rastro de polvos o drogas de ninguna clase. Entré con la enfermera en el dormitorio de la víctima y le pedí que me indicara el lugar exacto en el que había encontrado el papel. Según ella, lo encontró debajo de la cama, en el lado de la derecha. El guante estaba allí mismo, pero no debajo de la cama. No sé por qué, pero algo no me encajaba. El asunto del papel me pareció bastante raro y poco plausible. He visto algún caso semejante de pistas falsas, así que me puse a hacer preguntas. Es mi forma de proceder: hago toda clase de preguntas sobre todas las cosas, para ir tanteando el terreno. Por lo general, de esa forma, siempre descubro algo antes de terminar. Y esta vez también. No es que fuera gran cosa [...]. No, no creo. Tengo mi propia opinión. Sucedió lo siguiente. Después de hacer varias preguntas sobre varias cosas, hubo algo que me llevó a preguntar a la enfermera en qué lado de la cama solía ponerse el señor Anderton para dar la comida y las medicinas a la señora. Tanto ella como los demás criados coincidieron en que, como el señor era zurdo, siempre se ponía en el lado izquierdo de la cama para poder alimentarla con la cuchara. Con la mano derecha se le daba muy mal. Le costaba tanto manejarla con la derecha como a la mayoría de nosotros con la izquierda. La enfermera dijo que le había visto intentarlo un par de veces, pero siempre se le caía todo. Cuando se lo daba con la derecha, claro está. Con la izquierda, en cambio, lo hacía bien. Cuando me enteré de este detalle, empecé a sospechar que podíamos ir tras una pista falsa. Yo lo vi de la forma siguiente. El guante, como he dicho, estaba en el suelo, junto al lado derecho de la cama, es decir, que la persona a la que se le hubiera caído tenía que encontrarse en ese mismo lado, que es al que se dirigiría cualquiera, porque se encontraba más cerca de la puerta. El papel estaba cerca del guante, justo debajo de la cama, en el mismo lado. Bien, pues vi claramente que el detenido no había dejado el papel ahí a propósito; sin embargo, de haber sido él, se le habría caído sin querer al darle el remedio. Por otra parte, se me ocurre que, para dárselo, habría tenido muchísimo cuidado de no derramarlo y, en tal caso, lo habría hecho con la mano que mejor le funcionaba. En ese caso, el papel se le habría caído en el lado izquierdo de la cama, no en el derecho. De todos modos, como es lógico, es posible que el aire lo

arrastrara hasta el otro lado, o lo empujara, ya puestos, aunque es poco probable, porque la cama era ancha y ocupaba un rincón muy bien protegido de la corriente. Entonces me pareció oportuno echar otro vistazo al dormitorio y, tanteando debajo de la cama, encontré una caja estrecha y alargada en la que, según me dijeron las criadas, se guardaban arcos y flechas y nadie la había movido de allí desde que llegaron ellas a la casa. Era casi tan larga como la cama, unos treinta centímetros menos, y estaba perfectamente centrada en el suelo; incluso se veía la marca que delataba que llevaba mucho tiempo allí. Un papelito como aquel no podría haber llegado al otro lado de ninguna manera sin tocarla, si hubiera soplado una corriente tan fuerte. A partir de ese momento, todo empezó a parecerme muy raro, así que hice que movieran la cama de su sitio. Como el ataúd estaba en medio, primero lo pusimos a un lado y luego sacamos la cama de su rincón. Al levantar el ataúd me pareció ver algo como un papel debajo de la mortaja de franela. No dije nada y esperé a que se fueran los de la funeraria. Cuando me quedé solo, levanté la mortaja y vi un papelito doblado debajo de las manos, que estaban cruzadas sobre el pecho de la difunta. Lo desdoblé y encontré un mechón de pelo; enseguida vi que era del señor Anderton, y tenía escritas unas palabras, que anoté en mi libreta. Después lo dejé todo donde lo había encontrado. En el papel decía: «Ruega por mí, querida, ruega por mí». Reconocí la letra al instante: era la del señor Anderton. Tiene una letra muy peculiar, supongo que porque es zurdo. Bien, eso no demostraba nada, desde luego, pero saqué la idea de que un hombre no haría una cosa así con su mujer nada más haberla matado. Me chocaba, me resultaba antinatural, al menos si tenía la cabeza en su sitio. Terminé con el ataúd y fui a echar un vistazo al rincón de la cama. Tal como esperaba, la tapa de la caja tenía una capa de polvo muy gruesa y estaba claro que el papel no la había tocado en ningún momento. Para hacer una prueba, cogí otro papel del mismo tamaño, lo puse encima y soplé para que cayera al suelo: dejó una marca muy visible y se manchó entero. El que había encontrado la enfermera estaba limpio, bastante limpio. Con todas estas cosas, llegué a la conclusión de que en ningún caso se le podía haber caído el papel allí al señor Anderton. La caja también tenía mucho polvo en los laterales, aunque se veían marcas, como si la hubieran frotado con una escoba o un cepillo. Volví a poner la caja y la cama en su sitio y bajé a interrogar a la criada.^[37] Averigüé que había limpiado la habitación el día en que murió la señora Anderton y que había pasado una escobilla de crin por debajo de la cama, porque había varias cosas caídas por allí. Dijo que estaba segura de que no había quedado ningún papelito, porque se había agachado a mirar debajo de la cama. Probé con la misma escobilla y, para llegar a la caja, había que agacharse, tal como dijo ella. Entonces le pregunté quién

había entrado en la habitación entre el momento de la muerte y el hallazgo del papel. Solo habían entrado la enfermera, el médico, la criada y el barón R. Me propuse llegar al fondo de la cuestión e interrogué a la enfermera y a la criada — disimuladamente, para no levantar sospechas— y me dio la impresión de que no sabían nada más; y cuando apareció el barón R., lo tanteé sobre diversos detalles. Al parecer, ignoraba que el señor Anderton fuera tan zurdo, pero no conseguí sacarle más información. Al principio no entendía hacia dónde se encaminaban mis pesquisas, aunque no es que yo quisiera que lo adivinara, pero, al cabo de un rato, comprendí que se le había ocurrido la misma idea que a mí sobre el sitio en el que se había encontrado el papel, aunque no era mi intención que llegara hasta ahí. Creo que le desconcertó bastante. Incluso me pareció que palidecía, pero estaba sonándose la nariz con un gran pañuelo amarillo y no lo vi bien. No me dijo nada de lo que pensaba, ni yo a él. Prefiero ser discreto en esas cosas, sobre todo con los amigos de las partes. No he podido encontrar más pistas, pero tengo el convencimiento de que hay que hacer algo más con el asunto del papel. Por lo general, reconozco un rastro cuando lo huelo y creo haber detectado uno. No volví a ver al barón hasta la víspera del día en que el señor Anderton se quitó la vida. Esa noche, llegó muy apurado diciendo que quería ver al detenido. Le dije que lo consultaría, pero que no creía que fuera posible, porque el señor Anderton no quería hablar con nadie ni ver a nadie. Entre el agotamiento por haber cuidado a su mujer tanto tiempo y el horror de la acusación de la que era objeto, estaba que daba pena verlo. Era un caballero muy sensible, nunca había visto a nadie tomarse las cosas tan a pecho. Se negó a ver a nadie, ni siquiera a su abogado. Sin embargo, cuando le dije que había venido el barón, dijo que lo vería, y estuvieron juntos media hora o más. No oí nada de lo que hablaron. Cuando el barón salió, me llevó aparte y me dijo que todo marchaba sobre ruedas, que seguro que exculparían al señor Anderton. Añadió que las noticias habían animado mucho a su amigo y me rogó en particular que no lo molestara nadie, porque le parecía que ahora podría dormir. Había dormido muy poco últimamente. Le prometí que no lo molestaría y pasó toda la noche sin hacer el menor ruido. Me asomé un par de veces para asegurarme de que estaba en la cama, pero no le dije nada. Una de las veces noté un leve olor como a melocotones o algo así, pero no le di importancia. Por la mañana, fui a llevarle el desayuno y lo encontré muerto y bastante frío. Tenía en la mano un frasquito vacío de ácido prúsico que, evidentemente, había salido de un botiquín de viaje que había encima de la cama. Di la alarma y mandaron al médico del departamento; pero el detenido estaba muerto. Hacia las nueve, llegó un criado del barón y preguntó si su señor se había dejado allí un botiquín de viaje la noche

anterior. Lo interrogué y, por lo visto, el barón le había dado la lista de los sitios en los que había estado la víspera y el hombre ya había pasado por unos cuantos de ellos. El botiquín que buscaba resultó ser el que había encontrado yo en la habitación del señor Anderton. También encontré sobre la almohada un papel escrito por el señor Anderton, del que acompaño copia.

6. Nota a lápiz hallada en la almohada del señor Anderton

Que no se condene a nadie por lo que voy a hacer. Dios sabe cuánto he luchado por no llegar a este extremo. ¡Querida mía! ¡Amor mío! ¿Acaso no te he visto junto a mi cama día y noche llamándome a tu lado? No mientras quedara una posibilidad. No mientras quedara un rayo de esperanza de librarme de este funesto destino, de esta desgracia aborrecible que me persigue hasta la muerte. No, querida, mi honor: el honor de tu marido ante todo. Se acabó. No hay elección —ni esperanza—: solo ignominia, vergüenza, muerte. Ya voy, mi amor. Tú sabes si soy o no soy culpable de este crimen horrible. Querida mía, mi amor, sonrías solo de pensarlo. Dios te bendiga por esa sonrisa. Y que Dios me perdone por lo que voy a hacer. Y que Dios nos reúna, amor mío.

SECCIÓN VII

1. Declaración del señor Henderson

La última parte de las pruebas cumple un doble objetivo. Primero, exponer ante ustedes los diversos eslabones que conectan las circunstancias hasta aquí especificadas en una sola cadena de hechos; segundo, elucidar la relevancia general de todo ello en el caso particular de la muerte de madame R., en la que es mi deber inmediato indagar. Fue esta conexión aparente con todo el caso lo que me llevó a investigar asuntos que, por lo demás, quedaban fuera de mi competencia; sin la menor duda, después de leer las pruebas, convendrán conmigo en que era lo que tenía que hacer.

Lamentablemente, en esta fase tan importante del caso, tal como sucedió con la no menos importante de las sospechosas circunstancias que concurrieron en la primera enfermedad de madame R. en Bognor, las pruebas que aporta la testigo principal plantean graves interrogantes. No es que en este caso, como en el anterior, se pueda poner en entredicho el carácter moral de la declarante, porque, hasta donde he podido averiguar, tanto la criada como su novio, John Styles, son personas muy respetables; en cuanto a Aldridge, aunque sea un joven alocado y tal vez un tanto disipado, goza de buena fama en la empresa en la que trabaja actualmente. Como verán ustedes, el testimonio de los dos primeros pierde valor a causa de las circunstancias en que se aportó, mientras que el del segundo parece tan inspirado por la animadversión que arroja mayores dudas sobre unas pruebas cuestionables de por sí, y que aún lo son más por otras circunstancias que se verán a continuación.

Como recordarán, fue la carta de este hombre, Aldridge, la que me llevó a la investigación cuyo resultado está ahora en sus manos, y su declaración, que se acompaña a la presente, fue el primer indicio que dio cuerpo a la sospecha de juego sucio por parte del barón y, junto con el descubrimiento de los documentos que se adjuntan, me llevó consecuentemente a ampliar mis pesquisas a los casos del señor y la señora Anderton. Confieso que, a pesar del carácter dudoso de su declaración, sigo inclinado a aceptarla como verdadera en esencia, aunque posiblemente esté teñida de un sentimiento personal contra el barón. Con todo, me ha parecido que tenía suficiente importancia para ocupar una parte considerable de la presente sección del caso, junto con las pruebas que he podido reunir sobre las circunstancias en que finalmente Aldridge fue expulsado; elijan ustedes entre los hechos tal como los cuenta él y la versión del barón R.

En cuanto a la de los otros dos testigos —que, por una de esas singulares coincidencias tan frecuentes en casos de delito, viene a confirmar hasta cierto punto el testimonio de Aldridge—, creo que ofrece menos dificultad. Si bien es cierto que

su presencia en el lugar de los hechos podría tildarse de inoportuna, no se aprecia en sus circunstancias indicio alguno de intención delictiva y, por otra parte, de haberla habido, sería difícil establecer que tal intención hubiera tenido alguna influencia en sus declaraciones respectivas. Y, lo que es más, está claro que no ha habido confabulación de ninguna especie.

En conclusión, solo me queda ya referirme a un papel hallado en las habitaciones del barón en Russell Place y al ejemplar de la revista *Zoïst* que pertenecía al difunto señor Anderton y al que se refirió el señor Morton en su declaración^[38] diciendo que había sido motivo de conversación en casa del señor Anderton la noche del 13 de octubre de 1854. En cuanto al primero, se trata de un fragmento de una carta que me he aplicado a completar en la medida de lo posible. En el supuesto de que lo haya hecho bien y teniendo en cuenta la visita que, tal como he podido confirmar, hizo una señora extranjera al barón «muy temprano por la mañana», inmediatamente después de la muerte de madame R., dicho papel arroja mucha luz sobre las extraordinarias circunstancias de la muerte de madame R. Es posible que la importancia del segundo documento en el caso no esté tan clara. Reconozco sin vacilación que, cuando pensé por primera vez en su relación con los hechos, la deseché enseguida porque me pareció excesivamente absurda para considerarla. Pero tengo que añadir que, a medida que he profundizado en las pesquisas, esta relación aparente se ha ido imponiendo por ser el único indicio que resuelve un laberinto de coincidencias como no he visto nunca en mi vida; y, aunque ni en estos momentos puedo aceptarlo como un hecho, tampoco me es posible prescindir de semejante indicio por completo. Así pues, dejo el asunto en sus manos señalando simplemente, como he hecho antes, en la presentación del presente informe, que, incluso en el caso de que ciertos párrafos que se considerarán hubieran ejercido alguna influencia en el barón y que el plan basado en las sugerencias de estos hubiera dado el resultado apetecido, dicho resultado, por muy extraordinario que parezca, no presupone necesariamente, como podría parecer a primera vista, que admitamos las afirmaciones monstruosas de la revista de hipnotismo en las que se fundamentan.

Hechas estas observaciones, someto ahora a su consideración la última parte de las pruebas, después de lo cual solo me restará hacer un breve repaso de todo el caso antes de dejarlo por fin en sus manos.

2. Declaración de la señora Jackson

Me llamo Mary Jackson. Vivo en Goswell Street (City Road). Soy enfermera y niñera. En junio de 1856 cuidaba a madame R. Me recomendó al barón R. el doctor Marsden, que se alojaba en la misma casa. El doctor me ha recomendado muchas veces. Madame R. no estaba muy enferma. En mi opinión, no tanto como para necesitar una enfermera. Naturalmente, estaba mejor atendida contando con los servicios de una enfermera, como todo el mundo, pero en su caso no era imprescindible. Acudí por deseo del barón. Él estaba un tanto preocupado. El pobre caballero quería mucho a su mujer. Nunca había visto a un marido tan bueno. Estoy segura de que ningún otro habría hecho lo mismo que él, pero ella lo trataba con frialdad. Tengo la impresión de que le importaba un comino. Nunca le dirigía la palabra, a menos que se la dirigiera él. En realidad hablaba muy poco, siempre parecía asustada, sobre todo en presencia del barón. La verdad es que parecía que le diera miedo, pero no sé por qué. Siempre la trataba muy bien. Era el caballero más agradable y mejor educado que he conocido en mi vida. No es que no fuera exigente. Al contrario. Preferiría que todos los hombres casados fueran la mitad de exigentes que él, porque entonces las enfermeras no tendríamos tantas complicaciones. Se hacía todo con la precisión de una máquina. Todas las mañanas me entregaba un papel con lo que había que hacer en el día. Es decir, comidas y medicinas. Una lista completa, con las horas en las que la señora tenía que tomar cada cosa. Todo estaba siempre dispuesto a tiempo y yo se lo daba a su hora. Nadie le daba nada más, nunca. El barón nunca le administró nada personalmente. Nada de nada. De eso estoy completamente segura. Decía que era tarea de la enfermera, y lo es, en efecto. Muchas veces decía que había visto a muchos enfermos y que había aprendido a no entrometerse nunca en la labor de las enfermeras; cuánto me gustaría que todos los caballeros fueran de la misma opinión. Era muy exigente con las medicinas. Las enfermeras siempre podemos quedarnos con los frascos a título de propina. Los pagan a chelín la docena en todas partes, si están limpios. Esto no le parecía bien al barón y me los pagaba igualmente a un chelín la docena, pero los guardaba todos en un armario. Nunca estaban completamente vacíos. El barón siempre procuraba tener un frasco entero antes de que se agotara el anterior. Decía que los guardaba para poder recurrir a ellos en caso de accidente o equivocación. Era un caballero muy cuidadoso. Me ocupé de madame R. todos los días hasta su completa recuperación. Estoy segura de que, en las horas que pasaba con ella, nadie le dio nunca nada, solamente yo.

3. Declaración de la señora Ellis

Me llamo Jane Ellis. Soy enfermera y vivo en Goodge Street (Tottenham Court Road). Hacia finales de julio de 1856 me contrataron como enfermera de noche para madame R. Tal vez no me necesitara, en realidad. Estaba enferma, pero podía asistirse sola. A veces se ponía mucho peor, así que para ella era mucho más cómodo y, además, podía permitírselo. Parecía que el barón R. no escatimaba gastos con ella. Por lo general, se ponía peor por la noche. Solía tener una recaída fuerte cada quince días, en sábado, por lo general. Me turnaba con la señora Jackson. Ella hacía el turno de día y yo el de noche. Yo llegaba a las diez y me iba a la hora del desayuno. No salía de la habitación en todo ese tiempo. El barón lo quería así específicamente. Desde el primer día, me puso la condición de que no me durmiera ni saliera de la habitación en ningún momento. Nunca me había contratado un caballero tan exigente. No tengo absolutamente nada que decir en su contra. Al contrario, siempre era muy educado y agradable, se comportaba con la mayor amabilidad, como tendrían que hacer siempre los caballeros. Estimaba extraordinariamente a la señora, pero no parecía que ella le correspondiera. Estaba enferma, pobre mujer, y era incapaz de corresponder a nadie. Y parecía muy asustada. Cuando el barón entraba en su dormitorio, ella lo seguía con la mirada, como si lo temiera. Nunca le oí decirle nada desagradable. Otras veces, se quedaba muy quieta en la cama, sin decir una palabra, durante horas. Era como si le diera miedo todo el mundo. Si me movía por la habitación, notaba que me seguía con la mirada, sin quitarme la vista de encima. Creo que era cosa de su dolencia. El barón era muy atento. No he conocido a ningún hombre casado tan atento como él. Dormía en la habitación de al lado. Había una puerta entre los dos dormitorios y él siempre la dejaba abierta de par en par. Tenía el sueño increíblemente ligero. Si una de las dos decía algo, se presentaba al momento a ver lo que sucedía. Ni siquiera podía yo andar por la habitación, porque lo oía. Era un hombre increíble. Parecía que pudiera vivir sin dormir. Creo que era por la carne, porque comía muchísima carne. Nunca había visto a nadie comer tanto. Bromeó con lo de la comida cuando empecé a trabajar con ellos. En esos momentos, madame R. no se encontraba tan mal y a veces charlábamos. Me dijo que se debía a que era hipnotizador. Yo no creo en la hipnosis y así se lo dije. Él no contestó, solo se rio. Una noche me dijo que, si quería yo, él podía dormirme. Eso fue cuando ya llevaba una semana en su casa. Le dije que lo intentara, a ver si lo conseguía. Me miró intensamente un rato muy largo e hizo unos movimientos con las manos. Y me dormí. No creo que fuera hipnosis. Desde luego que no lo fue. Creo que fue por mirarle a los ojos, y así se lo dije. Me

dijo que, si quería, lo repetiría. Y la noche siguiente lo repitió. Me quedé dormida casi inmediatamente. Desde luego, sabía que no era hipnosis, pero no pude evitarlo. Ya no volvió a hablar de eso, pero me advirtió de que tuviera cuidado, no fuera a quedarme dormida así sin más. Después, es cierto que me quedé dormida tres o cuatro veces. Pero no tenía nada que ver con lo que el barón pudiera hacer, porque no estaba en la habitación cuando me pasó. Debía de estar en la de al lado. Supongo que la puerta estaba abierta. Siempre estaba abierta. La primera vez que me quedé dormida fue más o menos una semana después de hablar de hipnosis con él. Fue un sábado por la noche, o un viernes, no estoy segura del todo. Fue una de las noches en que madame R. se puso muy mal. Se había ido a dormir hacia las once. Parecía que se encontraba muy bien. Dormía muy tranquila. Supongo que me quedé dormida. Me despertaron sus gemidos, se quejaba en sueños. Sería la una de la madrugada. No tardó en despertarse del todo con mucho dolor y tuvo un ataque tremendo. El barón llegó a la habitación al mismo tiempo que me despertaba yo. Algo lo alertaría, y fue al dormitorio inmediatamente. Me dijo qué era lo que le había despertado: mis ronquidos, según él. Quince días después volví a quedarme dormida de la misma forma. El barón no estaba. Madame R. dormía. Hacía muchas noches que dormía bien. Debí de quedarme amodorrada al oírla dormir tan a gusto. Me despertó el barón. Era sobre la una de la madrugada. El barón estaba muy disgustado. Me dijo que madame R. se había levantado en sueños y podía haberse matado. Dijo que había ido a la cocina. Eso fue lo que dijo, estoy segura. Puedo jurarlo. Me preguntó qué había cenado yo; quedaba un poco de cerveza en mi vaso y la probó. Me pareció que estaba muy enfadado y molesto. Lo lamenté muchísimo y prometí tener más cuidado en adelante. Nunca me había pasado una cosa así y se lo dije. Me dijo que, por esa vez, pasaba, pero que no volviera a suceder jamás. Después se fue arriba. Dijo que la había visto alguien, creo. Madame R. se puso mala otra vez esa noche. Empezó a quejarse cuando estábamos hablando y tuvo un ataque tremendo. El barón dijo que habría cogido frío, y me temo que así fue. Me propuse tener mucho más cuidado a partir de entonces, y así lo hice unos días, sobre todo cuando ella se dormía. Estuvo dos semanas sin poder dormir apenas, pero, cuando se dormía, yo ponía los cinco sentidos. Creo que al final de esa temporada una noche volví a amodorrarme. No me di cuenta. Sé que tuvo que ser así porque, cuando miré el reloj, era dos horas más tarde de lo que creía. Madame R. tuvo otra recaída esa noche. Me irrité conmigo misma. Empecé a pensar que alguien me estaba gastando una broma. Era tan raro que me pasara cada quince días... No se lo conté al barón. Sé que hice mal, pero estaba asustada. Quince días después me puse en guardia. Madame R. se durmió. Yo puse todo mi empeño en no

dormirme. Creía que a lo mejor alguien me ponía algo en la cerveza, así que preferí no tomarla. No cené ni bebí nada más que té verde cargado que me hice yo. Estaba segura de que el té me ayudaría a estar en vela. Pero no fue así. Hacia la una, me desperté muy sobresaltada y vi que madame R. se encontraba mal, como de costumbre. Me preocupaba mucho la situación. Me propuse contárselo al barón si volvía a pasarme lo mismo. Y volvió a pasarme, pero no se lo conté. Madame R. se encontraba tan mal que me asusté de verdad; y, después, no volvió a pasarme más y ella se curó. Sé que tenía que habérselo dicho al barón. Siento mucho no haberlo hecho. Nunca me había pasado nada igual. Como es lógico, me he dormido muchas veces velando a un enfermo, pero no me habían ordenado que no lo hiciera. Pasé unos tres meses allí y me quedé dormida sin darme cuenta unas seis, me parece, aunque no estoy completamente segura. Siempre me pasaba cuando se dormía madame R. Y, después, la señora siempre tenía una recaída. No se lo conté a ella tampoco, ni le dije nada de su sonambulismo. El barón no quería que se lo dijera. Dijo que la pobre se asustaría. Nunca volvió a preguntarme si me había quedado dormida; de lo contrario, se lo habría dicho. En una o dos ocasiones estuve a punto de decírselo, pero siempre pasaba algo que me lo impedía. Juro que nunca me había sucedido nada igual. Seguro que pasaba algo raro que yo no sé. Llevo veinte años cuidando enfermos y tengo las mejores referencias de muchos médicos y pacientes.

[39]

4. Declaración del señor Westmacott

Londres, a 20 de septiembre de 1857

Señor:

Tengo el honor de informarle de que, en respuesta a su solicitud, he examinado y analizado de la manera más escrupulosa y completa el contenido de las tres docenas y siete unidades (47) de ampollas medicinales que me remitió a tal fin.

La cantidad y el contenido de estas ampollas corresponde exactamente a las prescripciones y demás facilitadas por los señores Andrews y Empson^[40], y la

exhaustiva analítica ha dado resultados negativos para arsénico, antimonio o cualquier otra sustancia similar.

Me honro en ser su más sumiso servidor,

THOMAS WESTMACOTT, químico analista

5. Declaración de Henry Aldridge

Me llamo Henry Aldridge. Soy oficinista y trabajo en el despacho de los señores Simpson y Co. (en la City). En el verano de 1856 me alojé en casa de la señora Brown, sita en Russell Place. En principio, no me alojé allí en calidad de inquilino, sino como amigo de su hijo. Nos habíamos conocido en Australia. Los dos trabajábamos en los mismos grandes almacenes de Melbourne y trabamos una gran amistad. No volvimos a Inglaterra en el mismo barco. Eso es un error. Yo volví unas semanas antes y me encontraba en Liverpool cuando llegó él. Creo que vino en el Lighting, pero no estoy seguro. Tenía que ir a recibir tantos barcos que no me acuerdo del suyo. En esa época trabajaba en una compañía de Liverpool y tenía el deber de ir a recibir todos los barcos que llegaban. Accedí a ir con él a Londres. No pude ir inmediatamente, porque tenía que avisar a mis jefes por adelantado, pero iría después. Me pidió que me quedara con él en casa de su madre hasta la boda y acepté. Así fue como llegué a Russell Place. Después, arregló las cosas con su madre para que me diera una habitación como un inquilino más; tenía que pagarle a tanto por semana y un tanto más en cuanto me situara. No tuve noticia de que el barón se opusiera. Lo veía muy poco. Yo dormía en el piso de arriba y siempre tenía mucho cuidado de no hacer ruido para no molestar a madame R. Estaba enferma y me esforzaba por no importunarla. A veces salía hasta tarde. Me he emborrachado alguna vez, pero no muchas. Muy pocas, a decir verdad, y, estando en Russell Place, nunca. Salía con mis amigos cuando me alojaba allí, y tomaba vino y licores, pero nunca en exceso. Puede que me pusiera alegre. No se puede decir que no me achispara un poco un par de veces. Lo que quiero decir es que nunca llegué a beber tanto como para perder el dominio o la conciencia de mis

actos. Estoy seguro de que nunca ocasioné la menor molestia ni la pude haber ocasionado sin saberlo. Puedo jurarlo. Creo que el barón me acusó de eso a la señora Brown. Habló varias veces con ella de esa cuestión, y quería que me echara. Ella decía que nunca había visto nada malo y que no podía echarme sin más, porque era amigo de su hijo. Al final consiguió que me echara. El motivo fue que una noche, a las doce, un policía me encontró sin sentido a la puerta de casa. El policía llamó a la puerta y a la campanilla y despertó a toda la casa, y el barón dijo que yo estaba borracho. Pero estaba perfectamente sobrio. No había tomado nada más que un botellín de cerveza. Las cosas sucedieron como digo a continuación, y estoy dispuesto a jurar que es verdad si me lo piden. Me había quedado en el despacho hasta tarde porque había muchísima correspondencia que atender, y después fui andando a casa con un compañero del mismo despacho —William Wells—, después de tomar únicamente un botellín de cerveza en el pub de High Holborn, porque estaba muy cansado. Wells tomó brandy con agua. Nos separamos en la esquina de Tottenham Court Road. Cuando llegué a Russell Place intenté abrir la puerta con la llave, pero habían echado el pestillo. Entonces tiré de la campanilla, pero no sonó y me quedé con el tirador en la mano, como si hubieran cortado el cable. Probé otra vez con la llave y estaba pensando en irme a otro sitio, porque no quería ponerme a dar golpes en la puerta para no molestar a madame R., cuando la puerta se abrió desde dentro. Di media vuelta para entrar y entonces me arrojaron algo a la cara y ya no me acuerdo de nada más. Debí derrumbarme, inconsciente, en el suelo, y así me encontró el policía. Es la verdad. No pude ver quién abría la puerta. Había una farola cerca de la puerta, pero la persona estaba en la sombra. No sé lo que sucedió. En aquel momento estaba seguro de que había sido una treta del barón para que me echaran. Y sigo pensando lo mismo, pero ahora ya no estoy tan seguro. Es decir, pensándolo bien, no creo que le pueda acusar de eso verdaderamente. Estoy dispuesto a jurar cuanto he dicho. Juraré que estaba sobrio, tanto como lo estoy en este momento. Se lo pueden corroborar mis jefes y Will Wells. No sé por qué tendría el barón tanto empeño en que me echaran. Nunca discutimos por nada. Creo que no hablé con él más que una vez. Es decir, solamente «Buenos días» y cosas por estilo. La vez que hablamos fue cuando escribí a la Compañía de Seguros a raíz de la muerte de madame R. Fue un sábado por la noche. Nos habían dado medio día festivo y me había ido a Putney en barca con unos amigos. Habíamos bebido bastante cerveza, sola y con gaseosa de jengibre, pero no estaba borracho. Estaba sobrio, aunque un poco alegre, tal vez, nada exagerado. Llegué a casa sobre las once. Tenía llave para entrar, pero la cerradura estaba atascada; me abrió la puerta la criada, que estaba en vela, esperándome. Subí sigilosamente para no molestar a

madame R. Al pasar por la puerta de su dormitorio, vi que estaba entreabierta. La de la habitación de al lado estaba abierta de par en par y había una lámpara encendida o algo. Al pasar yo, nadie se movió ni dijo nada. Me quité los zapatos para hacer menos ruido; pero la casa era vieja y no podía subir sin que las escaleras crujieran un poco. Las escaleras hasta el primer piso eran de piedra y no crujían. Llevaba una vela, y la tapé un poco con la mano. Me acosté, pero supongo que estaba tan cansado que no me podía dormir. Hacía una noche calurosa. Llevaba ya un par de horas en la cama y pensé que podía lavarme, a ver si me refrescaba un poco. Me levanté y fui al aguamanil. La jarra estaba vacía. A la criada se le olvidaba llenarla muchas veces. Cogí la jarra y salí al rellano para llenarla en el grifo. Fui con mucho cuidado para no molestar a madame R. Cuando llegué al rellano, vi que salía alguien de la habitación de la señora y me acerqué al pasamanos a mirar. Desde el rellano de mi piso se veía el de abajo. Miré y vi que era madame R. Iba en camisón y sin vela. Fue hasta las escaleras y entonces la perdí de vista. Al pasar por la puerta de la habitación contigua a la suya, distinguí en la pared la sombra de la cabeza y los hombros de un hombre, como si hubiera alguien vigilándola. Me asomé al pasamanos para ver bien a la mujer, el pasamanos crujió y la sombra desapareció inmediatamente. Cuando volví a mirar ya no estaba, y al principio creí que me había equivocado; pero ahora estoy seguro de que vi lo que vi. Solo lo dudé un momento. Fue todo muy repentino. Ahora juraría que sí. Vi la sombra perfectamente. La vi todo el tiempo que tardó madame R. en bajar el primer tramo de las escaleras, de unos doce peldaños. Estaba ya en la esquina cuando me asomé al pasamanos para verla bien. Estaba seguro de que madame R. andaba dormida. Más allá de la esquina, las escaleras estaban a oscuras y ella siguió bajando. Temí que pudiera hacerse daño y bajé hasta la puerta del barón. Estaba dormido, o por lo menos tuve que llamar dos veces a su puerta. Salió y le conté lo que había visto. Se molestó bastante y, sin pérdida de tiempo, cogió la lámpara y bajó. Me quedé mirando por encima del pasamanos y le vi bajar. Desde allí se veía bien hasta la puerta que da a las escaleras de la cocina. Entre esas escaleras y el vestíbulo había un tabique de cristal. Le vi pasar por la puerta y vi la luz a través del cristal a medida que seguía bajando por las escaleras. Después volvió a subir y sujetó la puerta para que pasara madame R., que venía detrás de él; ella siguió subiendo y él iba detrás. Al verla subir, volví a mi rellano y seguí mirando. Ella entró en su habitación sin haberse despertado, me pareció, y él entró a continuación. Oí murmullos en la habitación y después el barón subió a verme. Me dio las gracias por haberle avisado y dijo que madame R. había bajado a la cocina y ya salía cuando llegó él abajo del todo. Me rogó encarecidamente que no se lo contara a nadie, porque ella podía llegar a enterarse y

tal vez se asustara; y nunca se lo he contado a nadie hasta el momento en que escribí a la Compañía de Seguros. Prácticamente se me había olvidado todo, pero me acordé otra vez al ver que la pobre madame R. se había quitado la vida en un ataque de sonambulismo. Entonces lo escribí. No tenía malas intenciones contra el barón ni las tengo ahora. Sigo sin saber por qué quiso que me echaran. Supongo que creía de verdad que yo molestaba a su mujer. La quería mucho y me atrevería a decir que estaba muy preocupado por ella. En aquel momento me enfadé, pero, al pensarlo después, supongo que lo juzgué con demasiada severidad. Nunca me pareció que me guardara rencor por lo que había visto. Al contrario, siempre decía que me lo agradecía muchísimo. No sé nada más de esta cuestión y estoy dispuesto a jurar cada una de las palabras que he dicho. Estoy completamente seguro de que dijo que madame R. había ido a la cocina.

6. Declaración de Miles Thompson

Soy agente de policía. En agosto de 1856 me tocaba el turno de noche en Russell Place. Recuerdo que una noche, el barón R. habló conmigo y me pidió que echara un vistazo a su calle tan a menudo como pudiera con el fin de que no hubiera jaleo. Me dio cinco chelines por el trabajo. Una noche estaba haciendo la ronda cuando, hacia las doce de la noche, vi un bulto en los escalones de la entrada de la casa del barón. Era un caballero joven; al principio creí que estaba muerto, pero después comprobé que solo estaba inconsciente. Lo incorporé y lo apoyé en la balaustrada; iba a tirar de la campanilla cuando vi que tenía la llave en la mano. Probé a ver si abría la puerta y, en efecto, se abrió enseguida y metí al joven en el vestíbulo. Después llamé a la puerta y a la campanilla hasta que bajó alguien. La campanilla funcionaba perfectamente. Bajó el barón, en batín, y dos o tres personas más. Les dije que, si querían, podía ir a avisar a un médico, pero el barón dijo que el joven solo estaba borracho. Los ayudé a subirlo a su habitación y a meterlo en la cama. El barón me dio media corona por las molestias. Me pareció que estaba muy irritado, como es natural, y me dijo que habría preferido que me lo llevara a la comisaría. Personalmente, creo que estaba borracho. Olía un poco a cerveza, pero no mucho.

Los ayudé a meterlo en la cama y me fui. Y no sé nada más.

[*Nota bene:* Según cartas de los señores Simpson y Wells, es cierto que el señor Aldridge estaba sobrio hasta el momento en que el señor Wells se despidió de él en la esquina de Totteham Court Road, no más de media hora antes de que el agente de policía Thompson lo encontrara en las condiciones antedichas. R. H.]

7. Declaración de John Johnson

para

el señor enderson señor tal como me pidió He xaminao el timbre de campanilla de russle pleis y en mi umilde opinion el cable lo abia manipulao un chapuzas que saco el cable de su sitio y luego lo puso otra bez duna manera que abergonzaria a cualquier profesional que se precie. Queda a sus ordenes su mas umilde serbidor

JON JONSON FONTANERO Y INSTALADOR DE TIMBRES

TOTTUNMCORT RODE LUNDON

8. Declaración de Susan Turner

Me llamo Susan Turner. En agosto de 1856 trabajaba de criada para todo con la señora Brown en Russell Place. Recuerdo la noche en que madame R. bajó de su habitación. Estaba yo esperando despierta para abrir la puerta al señor Aldridge, porque la cerradura se había estropeado. La había estropeado la señora por la tarde. Supongo que el barón no sabía nada. El señor Aldridge llegó bastante tarde, pero no

puedo decir la hora exacta. El señor Aldridge estaba bien, es decir, sobrio. Se fue directamente a la cama. Yo no, porque mi novio estaba en la cocina. Es un joven muy respetable que trabaja en el ferrocarril, no sé en qué estación; solo sé que a veces va a Escocia con su máquina. Es lo que llaman un fogonero. Aquella noche tenía que llevar un tren de mercancías no sé a dónde, muy tarde, y vino a verme. La señora no sabía que estaba en casa. Vino después de que ella se acostara. Mi novio tenía que empezar a las dos y nos quedamos allí hasta la una. Justo cuando se iba a marchar, estábamos en la puerta de la cocina cuando oímos a alguien en el vestíbulo. Dije: «¡Ay, Dios! ¡Es la señora!». Él dijo: «Vendrá a buscarte», y me dijo que saliera yo a su encuentro mientras él se iba por el otro lado. Le dije que no, que lo vería, porque el tabique es de cristal y arriba, en las escaleras, había una lámpara de gas.^[41] Nos fuimos hasta el trastero, que está detrás de la cocina y la bodega. Hay cajas viejas y trastos, pero nunca va nadie. Me pareció que a la señora no se le ocurriría mirar allí. Justo cuando llegamos a la puerta vimos que alguien bajaba del vestíbulo por las escaleras. En voz baja, le dije a John: «¡Ahí va! ¡No es la señora, es madame!». Mi señora era muy alta y fuerte, y madame R. era bajita y delgada. La vi cuando cruzó la puerta porque en el vestíbulo había luz. Bajó las escaleras sin detenerse y pasó por delante de nosotros. Siguió andando directamente hacia el cuarto en el que el barón tiene todos sus frascos y cosas. No entró en la cocina. No, para nada. Puedo jurarlo. Se fue al cuarto del barón. Es el laboratorio, diría; no sé. Era donde tenía los frascos. John y yo nos acercamos a mirar por la ventana. La ventana del trastero da a la del cuarto de atrás, donde están los frascos. Se veía todo perfectamente. La luna brillaba mucho aquella noche y, además, encima de la ventana del cuarto de atrás hay como un espejo de hojalata que refleja la luz. Vimos entrar a madame y coger un frasco de un estante. Se sirvió un vaso y se lo bebió todo. Luego dejó el frasco en su sitio, el último del segundo estante. Después salió del cuarto y, cuando dimos media vuelta, una luz que venía de las escaleras de la cocina alumbró el cuarto. La luz no se movió hasta que madame pasó otra vez por delante de nuestra puerta, y después volvió a subir. Cuando la luz llegó a lo alto de las escaleras me asomé a mirar y vi que era el barón. Madame iba detrás de él. Le dije a John: «¡Mira, John! Es el barón». Y él dijo que suponía que habría bajado a buscar a su mujer. Cuando se fueron, John y yo fuimos al cuarto de los frascos. Vimos el vaso encima de la mesa. Todavía quedaban unas gotas al fondo. Lo oímos y parecía simplemente vino. Y sabía a vino. Después buscamos el frasco. Estaba al final del segundo estante. Tenía dentro un líquido que parecía vino, y estaba medio lleno. El frasco tenía una etiqueta con letras doradas, pero no sé lo que decían, una palabra era «vin» o algo parecido. Lo sé porque dijimos que debía de querer decir

«vino». Creo que reconocería todas las palabras si las viera. [Aquí se le enseñaron varias etiquetas y la testigo eligió una que decía lo siguiente: «Vin. Ant. Pot. Tart», que significa «vino antimonial, mezcla de oporto y tártaro emético».] Estoy segura de que era esta. Me acuerdo porque eran unas palabras muy raras y nos pusimos a decir bobadas sobre «potes y tartas». Lo que había en el frasco olía a vino. Olía exactamente a oporto, pero no lo probé. John no me dejó. Dijo que no sabíamos lo que era y que a lo mejor me envenenaba. Dejamos el frasco en su sitio y después John se fue. No se lo conté a nadie. Ni siquiera cuando madame se puso enferma esa noche. No me atreví, por lo de John. Nunca le he dicho una palabra a nadie, hasta hoy, porque me preguntaron. Y mucho menos al señor Aldridge, ni él a mí. Juraré que todo lo que he dicho es verdad. Estoy segura de que la señora no fue a la cocina en ningún momento. Estoy segura de que el barón tuvo que verla salir del cuarto de los frascos. Estaba esperándola en las escaleras con la vela en la mano. Puedo jurarlo.

[*Nota bene:* La declaración del «novio» al que se refiere confirma completamente la presente declaración. El plano que se acompaña (véase frontispicio) puede ilustrar aspectos de la declaración de la testigo. R. H.]



La vi cuando cruzó la puerta porque en el vestíbulo había luz. Bajó las escaleras sin detenerse y pasó por delante de nosotros.

9. Copia de una carta de un destacado hipnotizador al recopilador, a propósito del poder que los inductores de hipnosis dicen tener sobre los sujetos que se someten a su influencia

Dorset Square

Apreciado señor:

[...] En muchas ocasiones, después de poner a Sarah Parsons en estado de hipnosis, la he inducido a ir a una habitación oscura a buscar un alfiler o cualquier otro objeto pequeño, aunque en estado normal habría sido incapaz de hacerlo. Con mi influencia y mi poder siempre era suficiente. Por otra parte, el señor L., paralítico, bajo mi influencia y sin perder la conciencia ni experimentar ningún cambio visible, ha sido capaz de subirse a una silla normal de comedor y volver a bajarse muchas veces con su pierna coja. Naturalmente, esto es toda una obra maestra del arte de la manipulación hipnótica. Me gustaría poder escribir más y mejor, pero los ojos me lo impiden.

Con mis mejores deseos, sinceramente suyo,

D. HANDS

10. Fragmento de una carta hallada en la habitación del barón después de la muerte de madame R.

[FACSIMIL]

pour Philippe
enfant, en France
les rois regardent
est ce pas Philippe
et ne s'aventent
l'enfant je te
est bien de France

13, le 15 de France
archevêque tout est
à trouver seul, tu
as au monde
pas bien le monde
le Philippe je te
is tu ce que
l'ame je

[TEXTO DEL FRAGMENTO]

... pendrait n'e...
... ouvre philippe? E...
... t enfant, ce pauvre...
... ui nous regarde du...
... est ce pas philipp...
... us ne reverrons ja...
... t enfant je te le j...
... core une fois, aujo...
... 23, le 15, de grand...
... rai chez toi; il fa...
... e trouve seul, tu l...
... ul au monde! n'...
... pas bien le moy...
... h! philippe je t'ai...
... is tu ce qu...
... emme ja...

[RECONSTRUCCIÓN DEL TEXTO]

... On (?)
te... pendrait n'e...st ce pas mon p...ouvre philippe ? E...h bien par ce...
t'enfant, ce pauvre... petit ange (?) q...ui nous regarde du... haut du ciel,
n'...est ce pas philipp...e et que no...ous ne reverrons ja...mais, par ce...t
enfant je te le j...ure. Tu m'en sa...is bien capable j...e crois. En...core une
fois, aujo...urd'hui c'est le... 13, le 15, de grand... matin je se...rais chez
toi; il fa...ut que je t...e trouve seul, tu l... ne comprends ; se...ul au monde!
n'...en sais tu... pas bien le moy... en ? O... h! philippe je t'ai... me (je
t'aime ?) sa... is tu ce qu... e c'est qu'une f...emme ja... louse?

[TRADUCCIÓN]

(Ellos) te colgarían, ¿verdad, mi pobre Philip? Bueno, por esa criatura, ese pobre (angelito) que ahora está, ¿verdad, Philip?, mirádonos desde el Cielo y al que no volveremos a ver nunca más: por esa criatura te lo juro. Una vez más. Hoy es día 13. El 15, a primera hora de la mañana, estaré en tu casa. Es necesario que estés solo... ya me entiendes, ¡solo en el mundo entero! ¿Acaso no sabes bien cómo hacerlo? ¡Oh, Philip, te quiero! (¿Te quiero?) ¿Sabes lo que es una mujer celosa?

11. Extractos de la revista Zoïst, número XLVII, de octubre de 1854

LA HIPNOSIS SANA A UNA MUJER QUE LLEVABA DOCE AÑOS POSTRADA EN LA CAMA CON DOLORES TERRIBLES

Por el reverendo R. A. F. Barret, licenciado en teología, miembro del King's College de Cambridge.

En enero de 1852 había ido de visita a casa de ...; me dijo que sufría grandes dolores desde hacía quince días; que lo único que la aliviaba era la hipnosis; pero el amigo que la hipnotizaba se había ido [...].

Seguí hipnotizándola de vez en cuando durante unos meses [...].

21 de abril. La tuve dormida una hora y cuarto por la mañana y lo mismo por la tarde. Dijo^[42] que tenía la garganta reseca y febril; a petición suya «comí un puré de grosellas negras que, según manifestó, le refrescó la garganta» [...]. Dijo: «Antes de que comiera usted, tenía el estómago contraído y bañado en una humedad rara; ahora se ha distendido hasta su tamaño normal y no está encogido, y parte de la humedad ha desaparecido».

Yo: Pero ¿ha extraído algo de alimento de esta forma?

A: Sí, he extraído todo lo que necesita el organismo.

26 de abril. Por la noche la tuve dormida una hora y tomé té en su lugar.

27 de abril. [...] Comí y ella cobró fuerzas.

La dormí dos horas y cuarto por la mañana y una hora por la tarde, y comí en su lugar como de costumbre.

SECCIÓN VIII. CONCLUSIÓN

Y, por último, solo me resta, en conclusión, resumir lo más breve y sucintamente posible las pruebas que se desprenden de las declaraciones que acabo de presentar. Para ello será necesario adoptar un orden un poco distinto al que hemos seguido hasta ahora. Cada apartado de la recapitulación irá acompañado de una referencia entre paréntesis a la declaración concreta en la que se base.

Así, pues, en primer lugar, los aspectos preliminares de las pruebas. (I) Aquí solo será preciso recordarlos escuetamente. Consisten casi por completo en cartas, cedidas por gentileza de un familiar cercano de la difunta señora Anderton, y dicen lo siguiente: hace unos veintiséis o veintisiete años, la madre de la señora Anderton —lady Boleton— dio a luz dos niñas mellizas en unas circunstancias particularmente tensas y agitadas y falleció a raíz del parto. Tanto sir Edward Boleton como la señora eran de temperamento nervioso, y el efecto de estas dos herencias combinadas se refleja en la susceptibilidad y nerviosismo de las niñas huérfanas, así como en la empatía mórbida que las caracteriza, por la que cualquiera de ellas padece cualquier dolencia que pueda aquejar a la otra. De todas las cartas que he sometido a su consideración, son varias las que se refieren claramente a esta notable empatía y obran en mi poder muchas más que, en caso de que se consideren insuficientes las primeras, despejarán toda las dudas que un hecho tan insólito pueda suscitar. Es imprescindible que tengan en cuenta esta condición de las mellizas a lo largo de todo el proceso.

Casi desde el momento de la muerte de la madre, las niñas quedaron en Hastings, a cargo de una mujer humilde pero respetable. Parece ser que allí, la menor, que, por lo visto, era en principio mucho más fuerte que su hermana, mejoró rápidamente y, gracias a eso, llegó a dominar hasta cierto punto la empatía mórbida a la que me he referido, mientras que en el caso de la hermana mayor no se registró mejoría. Tenían aproximadamente seis años cuando la pequeña desapareció —no hace al caso si fue o no fue por negligencia de la mujer que las cuidaba— un día que salieron de excursión por los alrededores. Cumplimentadas todas las pesquisas necesarias, se llegó a la conclusión de que se la habían llevado unos gitanos, que a la sazón infestaban todo el país; nunca se encontró el menor rastro de la pequeña.

A partir de entonces, se redobló el celo con el que se cuidaba a la mayor, que se había quedado sola. En los años que siguieron a la desaparición de la señorita C. Boleton no he hallado nada directamente relacionado con el caso que nos ocupa y, por lo tanto, he limitado los extractos de la correspondencia que se me confió a dos

o tres cartas de la señora que la cuidaba en Hampstead, más una de una antigua amiga de su madre, en la que se hace referencia a la boda de la joven. En esta última se destaca notablemente el temperamento nervioso y muy sensible del joven marido de la señora, el difunto señor Anderton, al que más adelante tendré ocasión de referirme en particular. La primera demuestra un hecho muy importante, a saber, la propensión de la señorita Boleton a enfermedades inexplicables e incontrolables, idénticas a las que padecía de pequeña por empatía con las dolencias de su hermana, y, por lo tanto, probablemente atribuibles a una causa similar.

Esto es todo por lo que hace a la primera parte de las pruebas. La segunda sección (II) nos revela determinadas peculiaridades de la vida matrimonial de la señora Anderton, aunque el principal objetivo es elucidar la relación entre las partes cuyos antecedentes hemos seguido hasta ahora y el barón R., de quien nos interesa sobre todo el proceder.

Así pues, resulta que la vida matrimonial del señor y la señora Anderton era a todos los efectos particularmente plena. A pesar de la vida retirada y a menudo nómada, por así decir, que llevaban, así como las limitaciones propias de esta clase de vida para la consolidación de un círculo de amistades, el afecto que sentían el uno por el otro queda arrolladoramente demostrado. Estoy en posesión de nada menos que treinta y siete cartas de varios remitentes que hacen más o menos hincapié en este particular, pero me ha parecido preferible seleccionar unas pocas —de entre tantas, aunque suficientes— a cargar el caso con repeticiones innecesarias. La felicidad de este matrimonio era completa menos en un detalle. Como observa la señora Ward, fue una lástima que la elección de la señorita Boleton recayera en un caballero que, a pesar de reunir las condiciones deseables en todos los demás sentidos, por culpa de su temperamento extremadamente nervioso, resultara tan poco idóneo para unirse en matrimonio con una señorita de características tan semejantes. Y así, esta unión dio los frutos que eran de esperar: la debilidad de ambos iba en aumento y pasaban la vida en una búsqueda de la salud casi continua. Entre los muchos experimentos que probaron con este objeto, llegaron a recurrir a la hipnosis, y así se confiaron a los cuidados del barón R., un famoso maestro de esta clase de manipulaciones y otras semejantes.

Poco después de que la señora Anderton se pusiera en sus manos, y ante la insistencia de algunos amigos, el barón dejó de someter directamente a la señora a sus manipulaciones, pero siguió transmitiéndole el «fluido hipnótico» a través de una tercera persona. Madame Rosalie, la «médium» a la que se recurrió a tal efecto, era una joven con la que contaba regularmente el barón R. para estos menesteres, y es necesario decir aquí algunas cosas a propósito de ella.

Al parecer, era de la misma edad que la señora Anderton, aunque tal vez pareciera un poco mayor de lo que era; de tipo delgado y pelo y ojos oscuros, respondía en todos los aspectos a la descripción de la hermana perdida de la señora; en todos menos uno: la única diferencia a la que nos referimos, la de los pies, anchos y grandes, está perfectamente justificada por la clase de trabajo que había desempeñado hasta entonces. Había ejercido varios años de bailarina y equilibrista en la cuerda floja, contratada por el propietario de un circo ambulante, quien, por su parte, había comprado a la niña a unos gitanos en Lewes por una cantidad irrisoria, precisamente en la época en que la menor de las hermanas Boleton desapareció con unos gitanos que se sabe que viajaban hacia el oeste y pasaron por Lewes. Al propietario del circo se la compró el barón, que, al parecer, ya desde el principio ejercía una gran influencia en ella, pues, bajo el poder de su mirada, se cayó al suelo durante una actuación porque la conminó a detenerse en seco en plena ejecución de su número. Creo que no cabe la menor duda de que la niña Rosalie era en realidad la hermana perdida de la señora Anderton, y veremos que este dato no tardó en llegar a conocimiento del barón R.

No parece que la primera vez que las hermanas se encontraron el barón tuviera idea de la relación que las unía. Es más, ignoraba por completo la vida anterior de ambas. Por lo tanto, es probable que el barón atribuyera a la «conexión hipnótica» la extraordinaria empatía que se manifestó inmediatamente entre ellas y que no descubriera casualmente su verdadero origen hasta unas semanas después de haber empezado el tratamiento de la señora Anderton. Por otra parte, tampoco parece que esta singular empatía —que se manifestaba entre ellas exactamente de la misma forma que años antes, cuando eran pequeñas— levantara las sospechas de la señora Anderton ni de su marido sobre su verdadero origen. Y, lo que es más, siempre se había procurado por todos los medios no recordar los años de infancia a la señora Anderton, hasta el punto de que casi se le había olvidado el incidente, si es que no lo había olvidado por completo; por otra parte, dicho incidente no era para su marido más que una anécdota que había perdido todo el interés hacía mucho tiempo.

Así pues, las hermanas estuvieron en contacto íntimo varias semanas —y no se sabe si la supuesta conexión hipnótica entre ellas favoreció o no favoreció los efectos de esta proximidad— antes de que nadie sospechara su verdadera relación. Sin embargo, estamos en condiciones de afirmar sin ningún género de duda que una noche —que, por determinadas circunstancias peculiares sabemos que fue el 13 de octubre de 1854— el barón cayó en la cuenta. Ahora les ruego que presten mucha atención a las circunstancias que llevaron al barón a este descubrimiento.

Por lo visto, aquella noche la conversación giró con naturalidad en torno a un

caso extraordinario que, hacía unos días, había publicado la *Zoïst Mesmeric Magazine*. El supuesto caso trataba de una señora que padecía un trastorno interno que le impedía tragar cualquier clase de alimento, y que se nutría mediante la empatía hipnótica que se había establecido con una tercera persona que «comía en su lugar». De tan extraordinario relato, la conversación derivó lógicamente hacia otras manifestaciones de empatía congénita y, para ilustrar el caso, el señor Anderton contó la anécdota de la hermana perdida de su mujer y el vínculo tan singular que había entre ellas (II, 2). Al parecer, siguieron hablando y, en el curso de la conversación, alguien hizo un comentario jocoso aludiendo a la circunstancia de comer por delegación, y me inclino a creer que esto fue el detonante de este enrevesado y terrible asunto.

«Dije —declara el señor Morton— que la joven tenía mucha suerte de que el tipo no comiera nada malo.»

Parece ser que, desde el momento en que se pronunciaron estas palabras, el barón dejó de participar en la conversación. Y, lo que es más, entró en un estado visible de gran preocupación y trastorno mental. El señor Morton habla también de su peculiar proceder: dejó que se le apagara el puro entre los dientes y le temblaban tanto las manos que, cuando intentó encenderlo otra vez, solo consiguió estropear el de su amigo. Creo que no cabe la menor duda de que, a partir de ese momento, creyó a pies juntillas que Rosalie era la hermana perdida de la señora Anderton. En cuanto a otras ideas que le inspirase la conversación, debemos remitirnos a las pruebas que siguen.

La mañana del día siguiente al de la noche en la que descubrió la verdadera identidad de Rosalie encontramos al barón R. en el Colegio-Residencia de Notarios (II, 5) interesándose por los detalles de un testamento en el que, con determinadas condiciones, se legaban 25.000 libras a las hijas de lady Boleton. Según las provisiones de dicho testamento, la niña Rosalie era, junto con su hermana y el señor Anderton, heredera del legado. Creo que no hallaremos el menor escollo en relacionar el conocimiento de este dato con los pasos que lo siguieron inmediatamente. Sin tardanza, el barón informó al señor Anderton de su inminente partida al continente y, tres semanas después, se despidió y aparentemente inició el viaje. Sin embargo, lo cierto es que sus planes eran muy otros. En las tres semanas que transcurrieron entre la visita al Colegio-Residencia de Notarios y el día en que se despidió del señor Anderton, se publicaron en la iglesia parroquial de Kensington las amonestaciones de la boda con su «médium» Rosalie, aunque no, lógicamente, con los apellidos por los que se los conocía en general, que probablemente habrían llamado la atención, sino con el auténtico del barón —si es

que lo era— y el que llevaba Rosalie cuando estaba en el circo ambulante. Ahora no vienen al caso los medios que pudo haber empleado para convencer a su víctima de dar semejante paso. A juzgar por el sentido general de las pruebas subsiguientes, se percibe con claridad que tuvo que darse bajo coacción y, lo que es más, se diría que la infortunada muchacha estaba sometida a su voluntad por algún medio que desconocemos.

Una vez celebrado el matrimonio en secreto, el barón y su mujer se van de la ciudad, pero no al continente, como se le había anunciado al señor Anderton, sino a Bognor —una pequeña y apartada localidad marítima de la costa de Sussex que solo se llena de gente la semana de las carreras de Goodwood—, en la que, en esa época del año, era difícil que se encontrara con alguien que lo conociera. Antes de adentrarnos en la investigación del motivo de tanto misterio es necesario recordar un hecho importante:

Entre el legado de 25.000 libras del señor Wilson y la mujer del barón únicamente se interponían la vida del señor y la señora Anderton.

Al parecer, el barón dedicó los primeros días de su estancia en Bognor a buscar criada, insistiendo, además, en procurarse una por su cuenta y alojarla en la casa en la que se hospedaba. Es digno de mención que la que eligió en última instancia, debido a su modo de ser, se encontrara en unas circunstancias que la dejaban por completo a merced de su señor. Es una lástima que el peso de la declaración de dicha fuente se vea forzosamente menguado debido a ese mismo defecto de carácter. No obstante, debemos tenerlo en cuenta por si sirviera de algo, sin olvidar al mismo tiempo que la declaración se hizo sin ningún otro motivo aparente que el de contar la verdad.

De su relato se desprende que el barón, después de intentar por todos los medios que la criada recayera en la tentación de repetir su falta, aprovechó el pretexto de haberla sorprendido probando la mermelada del desayuno con el dedo para amenazarla con hundirla inmediatamente y para siempre. Solo le dejó una escapatoria posible. Como no podía ser menos, la alternativa se disfrazó con gran ingenio y delicadeza so pretexto de dar un motivo plausible para despedirla; pero, en realidad, no fue más que lo siguiente: ella, a condición de que la supuesta falta no fuera utilizada en su contra, reconocería haber cometido otra en la que no tenía absolutamente nada que ver.

La falta de la que debía reconocerse culpable fue: la noche siguiente al día en que cometió la falta de la que, por así decirlo, era culpable en realidad, madame R. se puso enferma de repente. Los síntomas eran de envenenamiento por antimonio.

Se demostró con claridad la presencia de antimonio en el estómago. En presencia del médico al que se llamó, el barón acusó a la criada de haber administrado a madame R. una dosis de tártaro emético a escondidas; la criada, respondiendo a una señal inequívoca de su señor, confesó haberlo hecho y, por consiguiente, fue despedida con una carta de recomendación en todos los demás aspectos. Ahora, libre de temor a ser delatada, lo niega todo tajantemente, tanto haber administrado el veneno como la disputa que supuestamente la había impulsado a hacerlo, y debo añadir que, considerando las pruebas internas y externas, creo que su declaración es digna de crédito.

Con todo, no hay duda de que el veneno se administró. ¿Quién lo hizo?

Cui bono?^[43] Se diría que al barón no, ciertamente, pues, al menos hasta que murieran el señor y la señora Anderton, su único interés era, sin duda, que su mujer siguiera viva. Por lo tanto, no debemos suponer bajo ningún concepto que intentara envenenarla antes de que se produjeran dichas muertes. Parece ser que la solución a este misterio debemos buscarla en otra parte.

Por lo tanto, volvamos de momento al señor y la señora Anderton. En esos momentos, la señora Anderton también ha caído enferma. Si comparamos su diario y la declaración de su médico con la que atañe a madame R. (III), comprobaremos que los síntomas eran idénticos en todos los aspectos, con la única e importante salvedad de que, en el último caso, dichos síntomas no se debían a ninguna causa aparente ni se hallaron restos de veneno. Si ahondamos un poco más, encontramos otra coincidencia misteriosa.

Se sabe por experiencia universal que, en la práctica, el peor enemigo del delito es el exceso de precaución. En este caso en particular, las precauciones que tomó el barón R. parecen dictadas por una habilidad y un sentido de la previsión casi sobrehumanos y fueron tan admirablemente aplicadas que es casi imposible detectar en ellas motivo siniestro alguno, salvo en un caso: ocultar su matrimonio. Su proceder respecto a la criada, a pesar de responder, como creemos, a los designios más criminales, aparece dictado por los motivos más filantrópicos que puedan darse. Incluso el ocultar su matrimonio, dando por hecho —como creo que podemos hacer— que un matrimonio en esas circunstancias pudiera ocultarse sin levantar sospechas de mala intención, las medidas que tomó fueron también muy sencillas, eficaces y perfectas. Consistieron simplemente en utilizar el nombre y apellido verdaderos de las partes contratantes, en vez del artístico, así como en evitar cualquier motivo de escándalo alquilando otro alojamiento para que, antes de la boda, la dirección postal de los contrayentes no fuera la misma. Por otra parte, durante la enfermedad de madame R. en Bognor, nada tan esclarecedor como el

comportamiento del barón. Proclama que sospecha que se trata de envenenamiento, llama a un médico eminente, corrobora las sospechas, administra los remedios apropiados y despide a la criada que lo ha perpetrado. Considerándolo con suspicacia, ciertamente hay algo en la elección del médico que da que pensar. ¿Por qué no quiso avisar a cualquiera de los médicos del lugar, cuando ambos caballeros gozaban de buen nombre profesional, e insistió en buscar a un forastero que dejaría la localidad al cabo de muy poco y probablemente no volvería jamás? La respuesta inmediata y verosímil: por desconfianza en los médicos rurales y preferencia manifiesta por el saber de Londres. Sin embargo, esto no significa que podamos excluir la posibilidad de que, hasta cierto punto, también influyera en la decisión la facilidad con que podían perderse las pruebas de lo sucedido. Sea como fuere, esta precaución, tanto si se tomó con buena intención como si fue por motivos más retorcidos, nos ha permitido establecer con certeza una cuestión muy importante:

La señora Anderton no solo cayó enferma con los mismos síntomas que madame R., sino además al mismo tiempo.

Antes de repasar los acontecimientos subsiguientes, es preciso insistir en un par de aspectos de la historia de la enfermedad de las hermanas. Todavía no entendemos con claridad el efecto de esos tóxicos metálicos entre los que se encuentra, como sabemos, el antimonio. No obstante, según el profesor Taylor,^[44] sin duda y con diferencia la primera autoridad inglesa en el tema, sabemos que la constitución de cada cual, la llamada «idiosincrasia», favorece o dificulta en gran medida el efecto de dichas sustancias según los casos. Al parecer, la constitución de madame R. resultó favorable a los efectos del antimonio. No cabe la menor duda de que el efecto del veneno en su organismo fue mucho mayor del que cabía esperar en circunstancias normales por una dosis semejante. Por lo tanto, quienquiera que le administrase el veneno *no tenía intención de matarla*, aunque a punto estuvo de lograrlo debido a la constitución particular de la señora.

La gravedad de la reacción de madame R. debió de sorprender al barón y ponerlo en guardia para acciones futuras. Es imposible decir con seguridad si sabía o creía que su mujer podía estar expuesta a alguna influencia peculiar que pusiera su vida en peligro con mayor facilidad que la de su delicada e inválida hermana. De lo que no cabe duda es de que, si ella moría antes que la señora Anderton, se vendría abajo la perspectiva de que las 25.000 libras llegaran a sus manos y, en consecuencia, procedió a tomar las medidas pertinentes para asegurarse contra tal eventualidad. Lo más obvio, y ciertamente lo que aconsejó enseguida el doctor Jones, era un seguro de vida y, por tanto, esa fue la siguiente medida que tomó, no

sin antes viajar unos meses para devolver a su mujer a un estado de salud aceptable para las aseguradoras. Por lo tanto, las pólizas que nos ocupan se firmaron a raíz de la primera administración de veneno a madame R., que le produjo una enfermedad mucho más grave de lo previsto y acompañada por exactamente los mismos síntomas que en el caso de su delicada hermana, la señora Anderton, la cual, *si moría antes que madame R.*, le haría a él heredero de más del doble de la cantidad esperada.

En resumen, entre él y la cantidad de 25.000 o 50.000 libras se interponían ahora tres vidas, las del señor y la señora Anderton y la de su mujer, madame R., y la cantidad que llegara a percibir por estas defunciones dependería del orden en que sucedieran. Si el señor Anderton moría antes que su mujer, siempre existiría la posibilidad de que esta se casara en segundas nupcias, con lo que podría surgir la cuestión de quién tenía derecho a heredar en primer lugar; si moría madame R. antes que el señor o la señora Anderton, no tendría ninguna posibilidad de reclamar la cantidad mayor. El barón solo tendría todo el derecho a reclamar la cantidad mayor en el caso de que muriera primero la señora Anderton, después su marido y por último su hermana.

Estas tres vidas cayeron en el lapso de un año a partir del momento en que las cosas llegaron a este estadio, y exactamente en el orden en el que mayor beneficio reportaría al barón.

Procedamos ahora a analizar las circunstancias en que fallecieron.

Nada más volver a Inglaterra y, por lo visto, antes de terminar las gestiones de las pólizas de seguros, encontramos al barón de visita en casa del señor Anderton e, indagando discretamente, le sonsaca toda la información sobre el ataque que había sufrido la señora Anderton unos meses antes. Por lo tanto, suponiendo que dicha información revistiera un interés práctico, el barón, no obstante, comprobó la similitud perfecta, tanto en el tiempo como en los síntomas, entre el caso de su mujer y el de la hermana de esta. Es muy importante no olvidar este dato.

A continuación (V) se aloja en Russell Place, en una casa en la que está completamente solo cinco días a la semana y todas las noches. Solo hay otro inquilino, el médico, que únicamente va a la casa unas horas dos días a la semana y que vive excesivamente lejos para que lo puedan llamar en caso de emergencia. En dicha casa, se instala en los pisos primero y segundo y monta un laboratorio en una pequeña habitación separada del piso bajo, donde puede hacer sus experimentos sin molestar al resto de la casa. Es esencial tener en cuenta la situación de este laboratorio, porque cumple una función de suma importancia en lo que sigue.

En este alojamiento, madame R. recae en la enfermedad anterior, aunque los síntomas son mucho más leves que en Bognor. Con todo, aunque los efectos inmediatos del ataque son esta vez mucho menos violentos, este se repite a intervalos regulares de unos quince días y con características similares. Y ahora llegamos a la parte más significativa, extraordinaria y discutible de todas las pruebas que hemos podido reunir.

Al parecer (VII), una noche de agosto, un joven llamado Aldridge, a quien se dio alojamiento como favor especial cuando el barón ya estaba en la casa, vio a la señora R. salir de su dormitorio y, aparentemente dormida, bajar las escaleras a oscuras hasta el piso bajo de la casa. El dormitorio del barón estaba al lado del de madame R. y, al pasar esta por delante, el joven vio, proyectada en la pared de dicho dormitorio por la lámpara que ardía en la mesita noche, lo que parecía la sombra de un hombre que miraba a la mujer. Cuando volvió a mirar, la sombra ya no estaba: desapareció tan deprisa que al principio creyó haber visto visiones, y tuvo que pensarlo con cuidado para concluir que, en efecto, había visto la sombra. Bajó a la habitación, pero el barón estaba dormido, o lo fingía. Le dijo lo que había hecho madame R. e inmediatamente el barón fue a buscarla. Aldridge esperó hasta que el barón bajó las escaleras de la cocina y volvió, seguido de cerca por la sonámbula. Después el joven regresó a su habitación, en la que, poco después, se presentó el barón para darle las gracias por el aviso y para decirle que madame R. *había ido a la cocina* medio dormida.

Hasta aquí, todo es muy sencillo. No tiene nada de extraordinario que una mujer enferma y nerviosa sufra un repentino episodio de sonambulismo y baje a la cocina de una casa que ni siquiera es la suya. La reacción del barón fue —en todos los sentidos, menos en el detalle de la sombra vigilante— la que cabe esperar de un marido afectuoso y sensato. Tampoco sería difícil, incluso prescindiendo de toda mala intención, considerar que el detalle de la sombra fuera un mero producto de su imaginación y, por tanto, desechable, máxime cuando el propio joven reconoce que, aunque «no estaba borracho», tal vez estuviera un poco «achispado» porque había «bebido bastante cerveza sola y con gaseosa de jengibre». Sin embargo, las pruebas no terminan aquí.

Por una de esas extraordinarias coincidencias de hechos cotidianos que a veces echan por tierra los planes criminales mejor urdidos, además del joven Aldridge, había en la casa otras personas que vieron los movimientos de barón y de madame R. Sucedió que, aquel día en particular, por la tarde, la dueña de la casa había estropeado la cerradura de la puerta por la que solía entrar Aldridge y, como esto sucedió por la tarde, es muy probable que el barón no lo supiera, del mismo modo

que tampoco sabía que la criada, Susan Turner, se había quedado en vela para abrir la puerta al joven cuando llegara. Dicha criada, por lo visto, tenía un novio — fogonero de una línea del norte— al que había invitado a hacerle compañía mientras esperaba. Aldridge llegó a casa y se fue a la cama, pero el novio —que entraba de servicio en su máquina a las dos y que sin duda vería interrumpida una conversación muy interesante por la llegada del inquilino— se quedó un rato más en la cocina, y estaba a punto de irse cuando madame R. bajó las escaleras. Al principio, Susan creyó que se trataba de la dueña de la casa y, temiendo que la luz de la farola de la calle, que llegaba hasta el tabique de cristal, revelase la presencia de su «novio», se lo llevó al cuarto trastero, en el que, al parecer, hay una ventana que da a un patio de luces que se abre entre la casa y las dos habitaciones construidas en la parte de atrás, separadas, cosa bastante normal en las casas londinenses. A este mismo patio, y justo frente a la ventana del cuarto trastero, da la de la habitación de atrás, o laboratorio, que tiene lo que la testigo denomina «un espejo de hojalata», pero que en realidad es un reflector metálico de los que se usan normalmente para aumentar la luz de las habitaciones situadas de esa manera. La distancia entre una y otra ventana es de unos dos metros y medio. Hacía una noche clara, de luna llena de finales de verano; los rayos de la luna llegaban al reflector, que iluminaba perfectamente la parte del interior del laboratorio, que se veía desde la ventana del cuarto trastero. La puerta de este último estaba abierta y las escaleras quedaban iluminadas por la lámpara del barón, que se acercaba. La pareja que estaba escondida en el cuarto trastero vio perfectamente todo lo que hicieron el barón y madame R. desde el momento en que Aldridge los perdió de vista hasta que volvió a verlos salir.

Y esto fue lo que vieron:

Madame R. no fue a la cocina en ningún momento; fue directamente al laboratorio; el barón esperó a que saliera.

Una mirada a la distribución de estas dependencias bastará para comprender la importancia de esta declaración y demostrará que es imposible que el barón (que, aunque no hubiera ido nunca a la cocina, al menos debía de conocer perfectamente el lugar que ocupaba su laboratorio) cometiera un error en este aspecto.

Entonces ¿qué motivos tenía para dar a Aldridge, cuya intervención tanto le agradeció personalmente, una información falsa sobre el sitio al que había ido madame R.?

No parece que exista ni la más remota sospecha que pueda poner en duda la declaración de estos dos testigos. Su relato de los hechos es sencillo y coherente. No se aprecia animadversión contra el barón ni confabulación con Aldridge, en

cuyo caso se supone que existe cierta animadversión. El único punto que puede restarle valor es que ninguno de los dos tenía por qué estar allí en aquel momento; pero, en realidad, al reconocer esta circunstancia, el testimonio que de ella se desprende, lejos de perder valor, se refuerza. Por tanto, no debemos buscar la clave en los motivos de estos dos testigos, sino en los del barón. Tal vez hallemos una explicación en lo que llevó a madame R. a emprender su insólita excursión. ¿Qué hizo en el laboratorio?:

Bebió algo de un frasco; olía y sabía a oporto. Tenía una etiqueta de decía VIN. ANT. POT. TART. Esa etiqueta designa vino antimonial, que es tártaro emético con vino de Oporto.

Veamos si desde aquí podemos recorrer el camino a la inversa, por así decir, hasta el motivo del ocultamiento. Como sabemos, madame R. era titular de unos seguros de vida por una cantidad muy elevada. Su vida ya había corrido un grave peligro precisamente por los efectos de la misma sustancia que esa noche la vieron tomar. Si el barón conocía o sospechaba el motivo de su excursión al laboratorio, tenía motivo suficiente, aunque tal vez no muy encomiable, para ocultar un hecho que, de saberse, muy probablemente conllevaría dificultades para cobrar la póliza en caso de fallecimiento.

Pero ahora topamos con otro obstáculo. El incidente que nos ocupa sucedió hacia la mitad del período que duró la larga enfermedad de madame R. Dicha enfermedad consistió en una serie de ataques que se repetían a intervalos de quince días aproximadamente, y con los mismos síntomas del veneno que acabamos de ver que tomó. Uno de estos ataques comenzó muy pocas horas después de los hechos que estamos analizando. ¿Solo sucedió esa vez?

La declaración de la enfermera de noche es crucial en este momento. Tenía órdenes expresas de no cerrar los ojos bajo ningún concepto. Su turno de guardia era corto y, como podía descansar todo el día, no había ningún motivo para que se adormeciera sin querer. Los informes de veinte años de ejercicio dan fe constante de su capacidad y fiabilidad. Y, sin embargo, un sábado sí y otro no en ocho o diez, o tal vez incluso doce semanas seguidas, se queda dormida a una hora determinada. En vano vigila y lucha contra el sueño: en vano incluso, sospechando que «alguien le ponía algo en la cerveza», en una ocasión se abstiene totalmente de comer y no bebe nada más que una decocción que sirve especialmente para no dormirse: té verde fuerte. Pasa todas las demás noches en vela sin la menor dificultad, pero indefectiblemente, cuando llega el sábado fatídico, sucumbe de nuevo y, cuando el sueño la vence, se reproducen los síntomas que ya reconocemos claramente. No encuentra ninguna explicación a tan extraordinaria fatalidad. Está convencida de que

nunca le había ocurrido una cosa así. Tampoco nosotros sabemos qué pensar. Solo nos cabe reparar en que, en dos ocasiones, antes de que empezara el adormecimiento periódico, el propio barón la indujo irresistiblemente a dormir mediante sus supuestos poderes hipnóticos. Entonces nos viene a la memoria la mujer que se acostumbró a esa clase de control y nos acordamos de la afirmación del señor Hands: «Muchas veces la he inducido (a S. Parsons) a ir a una habitación oscura a buscar un alfiler o cualquier otro objeto pequeño».

Y a continuación recordamos de nuevo la sombra vigilante de la pared.

Y, sin embargo, a fin de cuentas, ¿adónde hemos llegado? Pongamos que el barón sabía lo que iba a hacer su mujer al laboratorio; que el poder singular — llámese como se quiera— mediante el que anteriormente había dormido a la enfermera se utilizó para que la sonámbula pudiera burlar su vigilancia. Pongamos que incluso esos poderes de los que alardea el hipnotizador son ciertos y que madame R. obedecía su voluntad directa cuando hizo lo que hizo; ni siquiera así nos acercamos más que antes a una solución posible.

Al barón no le interesaba que su mujer falleciera.

Por tanto, tenemos que indagar más para encontrar alguna explicación a este enigma terrible. Veamos cómo afectaba a la señora Anderton lo que sucedía en casa de su hermana en esos días.

Parece que aquí (III y V) encontramos otro ejemplo de cómo las más cuidadosas precauciones se vuelven a menudo en contra de quienes las toman. Suponiendo que en realidad se indujera la enfermedad a madame R. por medios ilícitos, nada mejor que tomar la precaución de elegir, para someterla a la primera prueba, una noche en la que poder hacerlo sin temor a ser visto. Sin embargo, esta misma circunstancia nos permite fijar una fecha de la mayor importancia que, de otro modo, había sido insegura. Madame R. cayó enferma el sábado, día 5 de abril. Esa misma noche, a la misma hora según los cálculos más aproximados, la señora Anderton sufría un ataque inexplicable semejante al suyo en todos los aspectos. E igual que en su caso, los ataques se repetían cada quince días. Por consejo del barón se le administró determinada medicina unos días, con buen resultado al principio. En esa misma fecha, el doctor Marsden consigna en su diario una mejoría semejante de los síntomas en madame R. En ambos casos la mejoría dura poco y la enfermedad continúa su curso. El resultado en ambos casos es de agotamiento total. En el caso de madame R., la deja casi a las puertas de la muerte; en la *constitución más débil* de su hermana, termina con la muerte. Se hacen las pruebas necesarias. El estado en que queda el cadáver, así como los síntomas que sufría en vida, responden al

envenenamiento por antimonio. Sin embargo, no se encuentran rastros de dicha sustancia; y esta circunstancia, junto con otras más, dan como resultado el veredicto de «muerte por causas naturales». Así pues, la historia de la señora Anderton termina el 12 de octubre.

La recuperación de madame R. comienza en esa misma fecha.

Ha sido eliminada la primera de las vidas que se interponía entre el barón R. y la cantidad total de 50.000 libras. Consideremos ahora las circunstancias del lapso de tiempo que transcurre hasta la segunda. Nuevamente, unos acontecimientos que, tomados individualmente, resultan sencillos y naturales se combinan para formar un todo sumamente sospechoso. Me he referido a la investigación que se hizo después de la muerte de la señora Anderton. Esta investigación se originó en unas circunstancias que hicieron recaer todas las sospechas de asesinato sobre su marido. ¿Es posible seguir el rastro de cada una de estas circunstancias hasta el elemento que —si directa o indirectamente, voluntaria o involuntariamente sería una cuestión para resolver más adelante— las originó? El señor Anderton insiste en ser la única persona que administre alimento y medicinas a la paciente. El barón aplaude y anima un proceder *diametralmente opuesto al suyo* y que cimienta las sospechas que puedan recaer sobre su amigo mejor que cualquier otra circunstancia. Se aconseja un remedio que apunta directamente a la idea del envenenamiento, y ese consejo proviene del barón. Se encuentran dos papeles: uno tiene parcialmente escrito el nombre del veneno sospechoso, el otro lo tiene completo. El primero lo saca a la luz el propio barón, el segundo se encuentra en un sitio en el que acaba de estar él, y lo encuentra una persona a la que él ha mandado allí a buscar otra cosa. Llama la atención una y otra vez sobre las atenciones que la enferma recibe exclusivamente de su marido, y de las que emana la principal sospecha. Con respecto a la recomendación del antídoto antimonial, responde al doctor Dodsworth de tal modo que se confirma la peor interpretación a la que ha dado lugar e, incluso cuando se descubre el segundo papel, recomienda a la enfermera que lo destruya, pero de una forma que se asegure el efecto contrario, es decir, que, lejos de destruirlo, lo utilice inmediatamente del modo más peligroso para su amigo.

Las pruebas fallan. ¿Qué relación tiene el barón con la catástrofe que sucede después? Conoce perfectamente la ansiedad nerviosa que produce en el acusado la menor mácula sobre su nombre. Alegando su preocupación de amigo, se entera de los primeros indicios de que lo absolverán. Entra en la habitación del amigo para darle la buena noticia. Antes de irse toma medidas para que nadie lo moleste ni entre en toda la noche. Por la mañana, el señor Anderton es un cadáver y se halla en su

almohada la ampolla que contenía el veneno y una nota sobre la decisión desesperada que ha tomado por haber perdido la esperanza de que lo absuelvan. ¿Qué accidente maravilloso fue capaz de lograr que la esperanzadora noticia de las conclusiones de la investigación química se malinterpretara hasta ese punto? ¿Qué acto de negligencia o connivencia puso la sustancia fatal a su alcance? Solo sabemos una cosa:

Fue el barón quien le llevó la noticia. El veneno procedía del botiquín de viaje que el barón dejó al alcance del enfermo.

Así cayó la segunda de las dos vidas que se interponían entre el barón y la cantidad total de 50.000 libras. De dicha cantidad, las 25.000 libras procedentes del parentesco existente entre la señora Anderton y madame R. es suya tan pronto como la reclame, pero no hay necesidad inmediata para dar preferencia a la reclamación. Tal vez le pareciera más prudente esperar a que pasara la gran sensación que ocasionó la doble muerte, gracias a la cual él ha heredado. O tal vez se limitó sencillamente a poner en marcha una historia plausible que justificara que no hubiera proclamado hasta entonces un hecho del que tenía conocimiento desde hacía al menos un año. Sea cual fuere el motivo, lo cierto es que dejó pasar varias semanas desde la muerte del señor Anderton antes de dar el primer paso para formalizar la reclamación de la herencia, y en ese tiempo madame R. fue recuperando la salud lentamente pero sin recaídas.

Pero (VII), aunque la prudencia aconsejaba retrasarlo todo, el curso irresistible de los acontecimientos precipitó la crisis. Llega una carta que rezuma amenazas de venganza de un amor celoso si no se enmienda la causa esa misma noche. Solo se conserva un fragmento de dicha carta, pero su significado es suficientemente claro. Se amenaza con revelar un delito capital si no se pone fin a la relación que existe entre el barón y madame R.

N'en sais-tu bien le moyen?

Esa noche se cumple la condición. Una vez más, la señora dormida hace su viaje de medianoche hasta el laboratorio de su marido. Una vez más, con mano inconsciente, sirve la bebida mortal. Pero esta vez no toma un veneno de acción lenta. Toma un ácido potente y abrasador que, en el mismo momento en que la despierta del trance, la contrae en una muerte instantánea y horrible. Un grito desgarrador que muere enseguida alarma a los residentes de la casa y, cuando llegan al lugar, solo encuentran el cadáver desfigurado que yace, descalzo y con el camión revuelto, en la oscuridad de la tormentosa noche de noviembre, sujetando todavía en la mano el vaso fatídico.



Un grito desgarrador que muere enseguida alarma a los residentes de la casa y, cuando llegan al lugar, solo encuentran el cadáver desfigurado que yace, descalzo y con el camisón revuelto, en la oscuridad de la

tormentosa noche de noviembre, sujetando todavía en la mano el vaso fatídico.

Hasta aquí mi cometido. Con las pruebas que he puesto a su disposición, el resultado de su juicio será tan válido como el mío. Ahora disponen ustedes de la cadena completa, eslabón a eslabón. ¿Es una cadena de puras coincidencias accidentales o señala con terrible certeza una serie de delitos excesivamente horrible de considerar por su naturaleza y su modo de ejecución? Esta es la primera pregunta que deben hacerse, y confieso que yo soy incapaz de responderla. La segunda es más extraña y quizá más difícil aún. Suponiendo que la anterior sea cierta, ¿se pueden aportar pruebas fehacientes de un delito de estas características? O, aunque se demostrara, ¿son pruebas por las que se pueda imponer una pena al delincuente?

Notas

[1]. Véase, para mayores precisiones, la introducción de Ana Useros a la antología *Cuentos de detectives victorianos* (Alba, Barcelona, 2014, pp. 9-16). [N. del E.] <<

[2]. Según otras fuentes, la identificación la hizo en 1952 el filólogo inglés William E. Buckler. *[N. del E.]* <<

[3]. Tía abuela de la difunta señora Anderton. Más adelante se verá el motivo de retroceder tanto en el tiempo. <<

[4]. Tachado. <<

[5]. Residencia de sir Edward Boleton. <<

[6]. Carta omitida por irrelevante. <<

[7]. La difunta señorita Boleton. <<

[8]. Sección I, número 12. <<

[9]. Más adelante se adjunta un recorte de la mencionada revista. <<

[10]. Encontrar a esta testigo a través de la leve pista suministrada por la declaración del señor Morton resultó muy dificultoso y fue causa de un gran retraso. <<

[11]. Sección II, número 1. <<

[12]. Sección II, número 1. <<

[13]. *Macbeth*, acto V, escena VIII, según traducción de Agustín García Calvo. [N. de la T.] <<

[¹⁴]. *Enrique III*, acto I, escena III, según traducción de Luis Astrana Marín. [*N. de la T.*] <<

[15]. Compárese con Sección II, 2 y 5. <<

[16]. ¿Te preocupa algo? <<

[17]. Farsa en tres actos de John Poole (1786-1872). [*N. de la T.*] <<

[18]. Se refiere al diario, que está encuadernado en piel rusa de color marrón. <<

[19]. Antiguo dicho inglés que se aplica cuando se tiene un escalofrío repentinamente, sin causa visible. [*N. de la T.*] <<

[20]. Escrito a lápiz; las letras son apenas legibles a causa de la debilidad. <<

[21]. Véase página siguiente. <<

[22]. Compárese con Secciones II, 2 y 5, y III, 1. <<

[23]. Compárese con la entrada del diario de la señora Anderton correspondiente al día 9 de diciembre (Sección III, 1). <<

[24]. Lo investigué y resulto ser la decocción de quina. <<

[25]. Compárese con Sección III, 2. <<

[26]. Peso de un grano regular de cebada, medio gramo aproximadamente. [*N. de la T.*] <<

[27]. 1856. R. H. <<

[28]. Efectivamente. El barón se encontraba en Dublín el 25 de febrero. R. H. <<

[29]. Esta parte de las pruebas de la señora Brown afecta particularmente a los aspectos del caso a los que nos referimos más adelante, en la Sección VII; pero me ha parecido mejor dejarla intacta. R. H. <<

[30]. Compárese con las entradas del diario de la señora Anderton correspondientes a los días 25 de mayo y 10 de junio. Véase Sección III, 3. <<

[31]. Naturalmente, estos extractos son de interés sobre todo para los profesionales de la medicina; el lector común puede pasarlos por alto. Se han excluido necesariamente algunos detalles. Se omiten por irrelevantes y, por tanto, farragosas las notas sobre el tratamiento aplicado por el doctor Marsden, que no afectan al asunto que nos ocupa, es decir, los síntomas del trastorno. <<

[32]. 7 de junio. R. H. <<

[33]. Compárese con la Sección III, 3, etc. <<

[34]. Véase Sección III, 3. <<

[35]. William Palmer (1824-1856), nacido en Rugeley (Staffordshire), envenenó con estricnina a su amigo John Cook, y su proceso fue famoso en la época [*N. de la T.*].

<<

[36]. Se acompaña el testimonio del sargento Walsh, pero se limita a corroborar la presente declaración. R. H. <<

[37]. La declaración de la criada corrobora esta parte del testimonio. <<

[38]. Sección II, 2. <<

[39]. Así es, efectivamente. <<

[40]. Los boticarios que vendían los remedios al barón. R. H. <<

[41]. La ilustración del frontispicio corresponde a la distribución a la que se refiere la criada. El tabique interior es todo de cristal, mientras que los muros exteriores tienen una cenefa de grandes paneles por la parte superior. R. H. <<

[42]. En un párrafo anterior del caso se nos dice que esta paciente era «vidente» y podía ver el estado de funcionamiento en que se encontraba su organismo. <<

[43]. ¿A quién beneficia? [*N. de la T.*] <<

[44]. Taylor, *On Poison*, 2^a edición, p. 98 *et infra*. <<